

36940

REVISTA CONTEMPORÁNEA

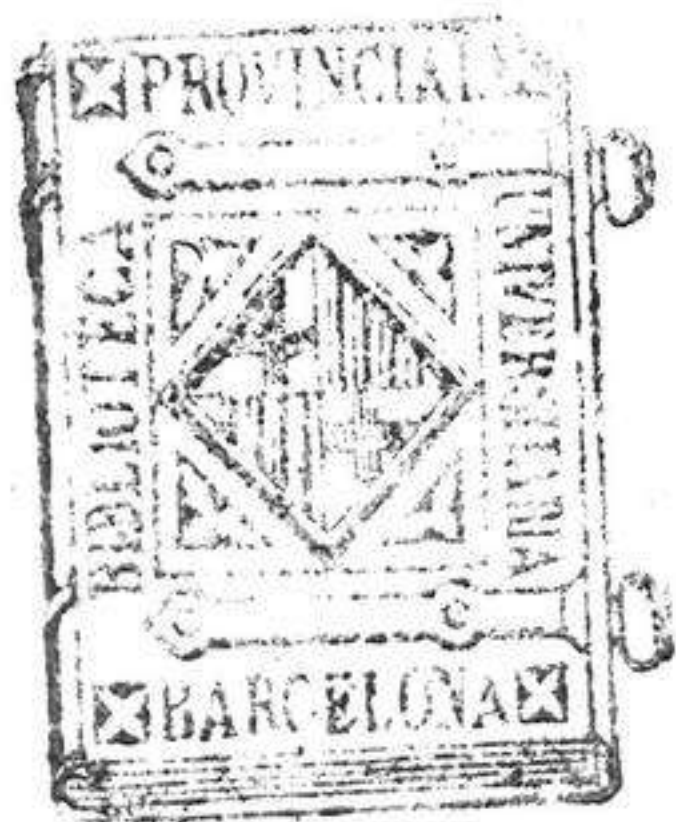
DIRECTOR Y PROPIETARIO

DON JOSÉ DE CÁRDENAS

AÑO XXIX—TOMO CXXVII

DE JULIO Á DICIEMBRE DE 1903

(DERECHOS RESERVADOS)



ADMINISTRACION
PIZARRO, NÚM. 17, PRINCIPAL
MADRID

B. P. U.
GOBIERNO

MADRID, 1903

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

EL SATANISMO Y EL MODERNISMO EN EL ARTE ⁽¹⁾

El formalismo vacío de los que persiguen la filigrana de la factura y lo habilidoso de un efectismo momentáneo, acepta el absurdo de que la emoción estética ha de prescindir de toda verdad, de todo lo real y aun de lo útil.

Por tan ancho cauce se deslizan las más vigorosas energías de la vida, diluyéndose en el gongorismo de las sensaciones de un Baudelaire ó de un Verlain.

Aparece entonces el satanismo, el arte refinado, el de los elegidos, *esprits-forts* que se dan por desequilibrados, ostentando apariencias de religión inaccesible, con sus ribetes de ocultismo. Bordan su inspiración con una ironía amarga y cínica, transparentan un nihilismo escéptico, y proclaman que es más fácil tejer una corona que encontrar una cabeza digna de llevarla: limbos tormentosos, movidos por vientos de fronda y agitados por dolores que repercuten en el medio social.

Si el arte brota de un excedente de vida, de un lujo de fuerzas, por cuya razón atribuyen algunos su origen al juego, y otros á la observación bien sencilla de que el salvaje antes se adorna que se viste, será preciso estimar el escape de tales energías, esterilizadas por carecer de objeto al cual aplicarse (extremando la finalidad sin fin) como superfetaciones fértiles, pero no fecundas de ciertas anomalías estéticas. Es el eterno manto del cínico, á través de cuyos agujeros se vislumbra el orgullo dogmático del que quiere y no puede...

No peca de sutil quien aprecie el fruto en agraz de estas últimas manifestaciones de una bohemia rediviva, ó mejor galvanizada, como estímulo para nuevas orientaciones que

(1) Del libro *Literatura del día*, próximo á aparecer, editado por la casa Henrich, de Barcelona.

han de fecundar fuerzas que luchan por lo bello, porque lo sienten como un aspecto de lo justo.

Echar por la calle del medio, precipitando el juicio y estimando sin más, según se hizo antes con el arte naturalista (1), el satanismo como retórica del alcantarillado, es olvidar que también existe oro en las escorias y que no detiene al que busca perlas el fango donde las encuentra.

Orienta hacia algo nuevo el propio Satanismo. Dentro de él ha habido poetas como Verlaine. Y los tonos grises y los acentos melancólicos reales ó fingidos de sus partidarios, hacen presentir que no merece el nombre de artista aquel á quien no atormenta la necesidad de lo desconocido y á quien no agita la pasión de imprimir á la materia de la vida la forma siempre renovada de su sueño.

Tal inquietud y zozobra, especie de equilibrio inestable, aurora de la inspiración artística, fustiga la pereza del sentimiento, que llega á ser fuente perenne de inconsecuencias, lo mismo en la historia que en la vida del individuo. Es la necesidad á que obedecía Flaubert, cuando confesaba que pensaba como un Dios y vivía como un burgués.

Puede llegar el pensamiento lógico en un momento á exigencias ó postulados evidentes, que no se verán realizados ínterin el arte no provoque y consiga la lenta revolución de la vida afectiva; ya lo presumía Cicerón, cuando invocaba y á la vez se burlaba de la divinidad de los pollos augures; ya lo sabe la crítica histórica que usa con gran circunspección del criterio de la contradicción lógica y que investiga, con la pacientísima labor de un benedictino, los sentimientos reales que en cada paso particular retrasan ó aceleran la evolución social.

Pero el sentimiento, y por tanto el arte, que no es fuente de conocimiento, formula problemas y nos invita á formularlos, aunque no los resuelva; porque la vida colectiva es una armonía que admite muchas disonancias. *Rerum concordia discors* (2).

(1) V. nuest. *Cuestiones contemporáneas* (1883), pág. 127.

(2) Disonancias que requieren superior concierto es la cantera donde ha encontrado el incomparable Campoamor el pensar alto y sentir hondo de sus burlas serias.

Si rebaja el satanismo la nobleza de la condición humana, estimula á simpatizar no sólo con los hombres, pues no tolera su endiosamiento, sino con los animales, con las plantas y con todo el universo. La sensibilidad difusa y hasta enferma llega á convertir las emociones en transparentes y luminosas.

Mientras la ciencia percibe relaciones exteriores y mecánicas, el arte llega con su poder intuitivo y evidente al corazón de las cosas y, acentuando discordias entre ellas, anhela una concordia más amplia, que nos emancipa del egoísmo y nos infunde el sentimiento de nuestro entronque y parentesco con el universo, *microcosmos*.

Aspira el arte que aparece como desequilibrado á la *fraternidad cósmica*, y aunque muchos sólo revelen la pequeñez de sus medios para tan gigantesca empresa (cretinos), ¿hemos de negar el mérito del intento?

La exigencia brota mejor ó peor formulada hasta de las salidas de tono, incoherencias y ecolalias de los mismos degenerados, pero ¿quién satisfará necesidad tan vivamente sentida?, ¿será obra de un genio superior, milagro de equilibrio?, ¿surgerà de un esfuerzo común de pensar y sentir al unísono?

El porvenir y la evolución del arte habrán de decidirlo. En tanto, bien se puede afirmar que unos en penumbra más ó menos densa, otros en sentimiento más ó menos hondo y sincero, todos, los inquietos y descontentos, los sedientos de ideal, se orientan hacia la sugestiva y hermosa previsión de Leibnitz, cuando decía: «El pensamiento duerme en el mineral y en la planta, sueña en el animal y se despierta en el hombre». Á despertarlo contribuyen todas las manifestaciones del arte literario como reflejo exacto del carácter transitorio y de honda renovación de la cultura actual.

El vaivén incesante de teorías y escuelas, que triunfan y gozan la victoria para caer en seguida en olvido; la oscilación continua del impresionismo al naturalismo; la rápida facilidad con que se salta, en movimientos peristálticos, del verismo al simbolismo y prerafaelismo; la declinación repentina del drama social en simbolismos fabulosos ó en melodramas anticuados, ofrecen un cuadro de producción artística semi-neurótica, que ha juzgado (quizá sin explicar suficientemente su

génesis) Nordau en su conocida obra *Dégénérescence* como síntoma de un desequilibrio, rayano en la insania. Algún correctivo impone á tales audacias é inducciones precipitadas G. Simmel en su *Estética sociológica* (1896). Pero uno y otro dejan preteridos ó desconocidos elementos y factores, que en parte constituyen base explicativa de los estados de alma, aparentemente contradictorios, de lliterato en estos últimos años.

Como G. Sand, que sintió á los tres años de edad, ante golpe contra la esquina de una estufa, despertar su inteligencia al sentido real de la vida, el artista, niño eterno de la historia, convierte el dolor en aurora del pensamiento, agranda el contraste, ve surgir el instinto artístico y recoge en su emoción personal el cambiante indefinido de matices y colores de cuanto le afecta é impresiona.

La movilidad de las emociones y lo momentáneo de sus efectos privan al pensamiento (sugerido siempre por impresiones encontradas) de la fijeza y precisión, que anhela para calmar el instinto de la curiosidad. Aun nutrido de cultura enciclopédica, consigue, si acaso, alejar, pero no suprimir, el encanto del misterio. Ante él crece la idea en sus exigencias y mengua proporcionalmente la eficacia de los medios, que, suministrados por la emoción, han de satisfacer tales exigencias

Del desacuerdo inevitable entre nuestras necesidades como hombres cultos y la realidad de las causas exteriores resulta el fastidio, *tedium vitæ* ó melancolía. Dentro de su horizonte gris, la ictericia moral empaña la transparencia del pensamiento, que oscila entre polos extremos, la hiperestesia y la insensibilidad. Eco de ellos los ensueños heroicos y las tristes realidades de infantilismos persistentes, obligan al pensamiento, más aún, á toda la mentalidad del artista, á gravitar hacia lo paradójico, no por capricho, ni por moda, sino por imposiciones ineludibles de una complejidad creciente en la vida e nocional. Los más reflexivos y cautos se sienten obligados a canalizar su inspiración, revistiendo sus más preciadas creaciones de un carácter social, y presumen que, en vez de evitar lo contradictorio, la vida colectiva es una armonía que admite muchas disonancias.

Agotado el viejo recurso del efectismo, cuyos efímeros triunfos no satisfacen al atormentado por el ansia de la gloria, el artista, sediento de prosélitos, se hastía de la admiración de los convencidos y amplía, para aumentar el coro de los que le ensalzan, su perspectiva á distancia, cambia de manera ó de técnica, busca lo nuevo, desea sugestionar al mayor número.

Ya en tal camino, no le detiene, antes le atrae, el riesgo de la paradoja, ni le intimida, sino que le anima, el peligro de la contradicción (ya que él no es primeramente científico); porque reconoce que el odio instintivo á lo paradójico es prueba de la vulgaridad del pensamiento, en que cayeron los que por contradictorias rechazaron la teoría de Copérnico, la convicción de Colón y cuantas ideas nuevas (ó con apariencia de novedad) se distancian de la opinión corriente.

Si siente que se agrieta el suelo, sobre el cual ha de apoyarse (anarquismo teórico) y que se abre ante él la sima de lo desconocido, seguirá adelante para precipitarse, intoxicado por la incertidumbre, en el abismo del descreimiento egoísta, que implica indiferencia por la verdad, inercia mental y frialdad del corazón, sin hallar más notas que exterioricen su mentalidad que las de la ironía y la sátira, ó para afrontar, con el tónico de la duda, el escepticismo activo de que habla Goethe, escepticismo cuya base es una fe viva, profunda y generosa en la verdad que entrevé, en la justicia que espera y en la belleza que le impresiona. Con tales acicates estimula la ambición nobilísima, que representa fugas hacia lo ideal.

Huye con honda melancolía de la fe perdida, y emprende la marcha hacia *terra incognita* con la esperanza moral del nuevo Mesianismo, que voces sordas denuncian por todos los ámbitos del horizonte, con sed insaciable del ideal, y llega á ser místico secularizado y heterodoxo ó *ateo por bondad*, como decía el inolvidable Campoamor.

Que se aproxima, que toca ya de cerca la realidad del sueño que le atormenta y, como el niño cuando cree alcanzar su sombra, ve que se disipa y se aleja; pues aun en tal caso no tiene derecho (aunque de momento se lo apropie y ejercite) al pesimismo.

Para pronunciarse contra el valor de la vida, contra su sentido real-ideal, necesitaría el artista conocerla en todas sus manifestaciones. Entre tanto, le basta enfocar en su pupila y proyectar al exterior lo que contempla dentro de sí, sus estados de alma, nutridos de una realidad fecunda, que no agota sus seculares observaciones, é interpretados por una idealidad perdurable, siempre nueva y siempre bella, cuando es sinceramente sentida. Y la sinceridad, en los labios de un hombre honrado, es un homenaje á la virtud.

*
* *

Se condensa el cúmulo de negaciones y protestas del arte contra las cuadrículas consagradas por el tiempo en lo indefinidamente apellidado el modernismo.

Con muy vagos contornos se destaca en la cultura general, en el arte y en la vida lo que genéricamente se denomina modernismo».

No es escuela cerrada, ni dirección con cánones fijos, ni aspiración concreta; es una resultante de lo ya vivido, es un estado de alma que, al menos en los sinceros, revela una zozobra é inquietud, traducidas en la poesía, en la novela, en la pintura, en el mobiliario y en todo lo que es susceptible de ostentar tendencia hacia lo nuevo y desvío de los hábitos que han canalizado el pensar y sentir de la generalidad.

En la incoherencia de sus anhelos, la nueva orientación, salvo las vicisitudes que la reserve el destino, impulsa al arte á convertirse en social y trascendente como factor que retrasa ó apresura la evolución general de la vida, al considerar la belleza un ahorro de utilidad.

Con su espíritu de protesta combate á sangre y fuego la lógica, da por muerta la formalista y escolástica, rechaza la lógica romántica y retórica que fascina, y duda, más aún, niega la lógica real que, si no crea, impone el orden á la evolución del mundo.

Ni las escuelas adoctrinan, ni el universo que nos rodea tiene subsistencia más que en la individualidad que con un *egocentrismo* avasallador pretende que se compaginen la vida

superior y la vida sensual (apoteosis de la vida bohemia y maridaje de la elegancia y distinción con el flamenquismo), sin reparar que la consecuencia inmediata de la última es agostar (vejez prematura) las fuentes mismas de la vida.

La obsesión del subjetivismo, con la vanidad que implica, arrastra á los modernistas, víctimas de la contemplación propia, á la investigación de lo absoluto, sin negarlo virilmente, ni adherirse por completo al criterio subjetivo sin renegar del espíritu científico, ni conseguir con ertarlo con el sentido estético. Oscilan entre su escepticismo, que desean convertir en piedra de escándalo, y un misticismo cerebral, escape de energías esterilizadas por un artificioso tinte emocional, especie de poema vivido en el aislamiento. Prefieren á las ideas falsas las ideas falsificadas, consecuencia de un verbalismo ó carencia de probidad del lenguaje (sinceridad), que se denuncia en la afectada brillantez del estilo. Odian la rutina, la imbecilidad y la indiferencia, fases negativas de la conciencia social, sin lograr sustituirlas con nuevas afirmaciones. Sus sentimientos antisociales (rebelión y negación), fruto ó excrecencia de la propia vida social, son divinidades sombrías que agitan los tenebrosos limbos del alma de las multitudes y que repercuten como preñez de auroras en las intuiciones de artistas y pensadores colocados en la vanguardia de la mentalidad humana.

Fijemos concisamente los caracteres de estado de alma tan contradictorio.

En la vida emocional ó afectiva se señala un odio inextinguible al gregarismo y dentro de él á las estimables medianías que, sin sentirse satisfechas, ni aspirar á genios, ni pretender ser héroes, acometen, con audacia templada por la prudencia, la modesta empresa de hallar equilibrio inestable para no amargar la vida, vigorizando sus energías cuando es preciso con el sano precepto de los estoicos: *Sustine et abstine*. Á la vez la vida emocional del modernista marcha impulsada por una impresionabilidad excesiva y abstracta, más que intensa y duradera, en especie de embriaguez cerebral con el aperitivo agridulce de las contradicciones violentas propias del medio social que, influido por el fecundo principio de la tolerancia,

no reconoce el papel de mártir á todo aquel que gratuita y cómodamente se lo atribuye.

La vida intelectual, desbordada por la corriente avasalladora del aumento exagerado del índice de refracción mental (exaltación de la individualidad), acepta dogmáticamente la afirmación de Schopenhauer «el mundo es mi representación», menosprecia toda base objetiva (olvidando que el mismo Schopenhauer apunta que sujeto y objeto son desdoblamiento de una misma realidad), hace gala ostentosa del poder de disociación, favorecido por la cultura enciclopédica de los unos ó formada de oídas por otros, no le satisface el contraste, le seduce la paradoja y declara su fruto máspreciado los juegos malabares de la ironía y del humorismo, dulces ó amargos, fingidos ó reales, naturales ó forzados, ya disloquen el pensamiento, ya trituren el genio de la lengua. Consecuencia del predominio de la disociación, el modernista abusa del razonamiento analógico, del más fácil y pueril, y declina con un infantilismo, contradictorio de la pretendida superioridad, en simbolismos tan envueltos de penumbras que sus obras semejan á veces textos breves (aforismos) que requieren infolios de comentarios. Con error de perspectiva se opone á cuanto hay de apacible y alegre en la vida, imagina cerrazón de horizonte, gris y sombrío en los tonos de luz y en las filigranas del estilo y se cree autorizado con Nietzsche á invocar la célebre *trasmutación de valores*, que convierte lo feo en bello, lo inmoral en moral, etc. Y todo ello, según la sagaz observación de Anatole France, *pour épater le bourgeois*.

Repercuten los caracteres de lo afectivo y de lo mental en la vida práctica, anulada por el descontento y pesimismo social, el ascetismo, el orgullo irritable ó el amoralismo. Con tales negaciones quiere el modernista combatir las que le desequilibran, rutina, imbecilidad é indiferencia, y declara muerto el ideal ya vivido y en el cual no puede cristalizar la existencia, pero sin lograr sustituirlo con las negaciones á que entona ditirambos sin cuento.

¿Ejercen ó ejercerán, sin embargo, los modernistas influencia en la evolución social del arte y de la cultura?

Si son sinceros, su virtualidad ideal (en parte retenida por

su impotencia en la práctica) y su prurito de la acción (malograda porque su decantada energía no se inicia en la labor lenta de suministrarse medios para fines) les enseñará que no es posible provocar bruscamente la aceleración del movimiento de la vida, ya que no se vive de negaciones, sin el punto de apoyo de un nuevo ideal, que se nutra de afirmaciones.

En el ínterin, el modernismo aparece, por lo menos hasta ahora, tan rico en promesas cuanto pobre en frutos.

¡Quién sabe si semejante falta procede de que, como decía Goethe, «la verdadera emancipación de la inteligencia exige proveerse de medios para dominar el carácter!»

U. GONZÁLEZ SERRANO.

El presente documento tiene como objetivo
informar a los interesados sobre el proceso
de inscripción de los candidatos para el
cargo de Jefe de la Oficina de
Asesoría y Estudios de la
Presidencia de la República.
El proceso de inscripción se realizará
del 15 de mayo al 31 de mayo de
2008, en la Oficina de Asesoría y
Estudios de la Presidencia de la
República, ubicada en la
Avenida de la Constitución, No. 100,
Ciudad de Panamá, República de Panamá.
Para más información, consulte el
folleto informativo que acompaña a
este documento.

LA LINGÜÍSTICA

COMO CIENCIA DE OBSERVACIÓN (1)

Todavía cabe una reflexión. Si no admitimos la posibilidad de la creación del lenguaje por el hombre, nos veremos reducidos á sostener que Dios le concedió ese don directa é inmediatamente, ó que apareció en él por un albur feliz ó desgraciado. La primera hipótesis es contraria á la dignidad y sabiduría divinas, la segunda á nuestra dignidad y sabiduría propias, y ambas gratuitas en grado sumo, y sin fundamento en la razón y en la historia. Más acertado parece admitir que el lenguaje es espontáneo y en cierto modo innato en el hombre, y las lenguas productos del trabajo libre ó al menos reflexivo y lento de la inteligencia humana (1). El hombre

(1) Véase la pág. 555 del tomo anterior.

(2) Los desarrollos de Renan son esta vez perfectamente exactos «Si el lenguaje no es un don de fuera, ni invención mecánica, es creación de las facultades humanas, obrando *espontáneamente* y en conjunto. *La necesidad de manifestar sus pensamientos es natural al hombre.* Y sin embargo, no es arbitrario el uso de las articulaciones como signos de las ideas. La palabra le es natural, como el grito á las bestias, habla de la misma manera que *ve y oye*, de modo que el uso de la palabra no es fruto de la reflexión á la manera que el de los órganos corporales, ni resultado de la experiencia, y es una fantasía de la imaginación suponer un hombre mudo, siéndole tan natural el lenguaje como el pensamiento... La palabra es obra de las facultades humanas, que trabajan en su formación sin conciencia y bajo las impresiones de la Divinidad; mas como el verdadero autor de las obras espontáneas de la conciencia es la naturaleza humana, ó mejor la causa superior de la naturaleza, en este sentido es indiferente atribuir la casualidad á Dios ó al hombre, porque lo espontáneo es á la vez divino y humano... Cada raza ha creado una familia de lenguas, sin esfuerzo y

habló al principio por instinto y necesariamente; creó su idioma, como el pájaro produce el canto sin darse cuenta de ello (1), como la planta adquiere su desarrollo produciéndose según su propia ley (2). Siendo, pues, el lenguaje necesario en sí mismo, natural al hombre y espontáneo en su primera manifestación concebible, su causa no debe buscarse en una revelación exterior que, por otra parte, es incomprensible.

Engañaríase, no obstante, el que creyese que en la elaboración del lenguaje, ó sea en su perfeccionamiento histórico, no ha intervenido para nada la libre acción del espíritu. Lejos de ello, vemos que las cosas que más influyen en sus facultades son siempre por este mero hecho las más susceptibles de traducirse en nombres diversificables hasta lo infinito, pues

naturalmente. La razón que reflexiona y combina, tuvo tan poca parte en la invención del lenguaje como en sus transformaciones y cambios; las lenguas no se desarrollan ni reforman artificial ó científicamente; y aquellas en cuya formación ha trabajado la reflexión del hombre, llevan el sello de su origen en la falta de flexibilidad y armonía, como en su penosa construcción; un ejemplo de esto tenemos en el rabínico. La lengua de los niños y del pueblo es ordinariamente más expresiva que la fabricada por los gramáticos, porque es obra de la naturaleza... El sordo-mudo es más comunicativo antes que después de su educación, por la cual pierde la facultad de inventar; el hombre primitivo pudo levantar este edificio que nos admira, porque era niño; obraba espontáneamente, sin conocimiento del fin ni de los medios; así el que ignora los principios psicológicos, pone en juego los resortes de su espíritu, como el mejor filósofo.»

(1) Véase, por lo demás, lo que más adelante digo sobre la educación de los instintos y facultades de los animales. En tal terreno pueden hacerse muy útiles analogías que expliquen la aparente coexistencia y concomitancia de la necesidad y de la libertad en la formación del lenguaje

(2) Tan imposible es que el hombre, una vez organizado física y espiritualmente para hablar, haya estado desprovisto de lenguaje, como que la fiera, acosada por sus necesidades, haya dejado de gritar, ó el árbol, puesto en condiciones favorables, haya dejado de florecer. Naturalmente y sin esfuerzo extiende el árbol sus ramas en todas direcciones; naturalmente y sin esfuerzo exterioriza el hombre sus sentimientos, ideas y voliciones en sonidos articulados. ¿Está en la naturaleza del árbol el dejar de producir frutos? ¿Estará en la naturaleza del hombre el no poder hablar?

obligándole á buscar el fondo, le obligan también á buscar una forma interna con que representarle profunda al mismo tiempo que visiblemente. Además, la historia de las lenguas prueba que la progresión lingüística corre parejas con el progreso del pensamiento. Como se ha visto antes, la determinación de estadios en la evolución fonética no tiene nada de fantástica, á pesar de cuanto han dicho en contra ciertos filósofos. Las primitivas lenguas monosilábicas ó compuestas sólo de raíces, no expresan más que hechos, esto es, acciones y relaciones superficiales de las cosas. Con la introducción de los nombres se introdujo la expresión concreta de las cosas y comenzó la variabilidad de las raíces, y después la de los elementos de la palabra, agrupados luego en categorías gramaticales. Fué preciso que la cultura hiciese grandes adelantos para que las significaciones llamadas radicales pudiesen expresar en forma verbal los actos de los seres, no como efectos de un poder desconocido, sino como causas de las leyes naturales que conocemos. Finalmente, el lenguaje llegó á su apogeo en los idiomas indo-europeos y semíticos que expresan y reflejan con entera fidelidad, los primeros la parte metafísica de toda oración, tal como la compone el verbo *ser*, y los segundos su parte psicológica, tal como la componen los verbos activos.

Aunque esta progresión natural no pueda patentizarse con aquel rigor y aquella precisión que exige la ciencia, va ganando cada vez más terreno y es indudable que, así entendida, la evolución de las lenguas nos conduce á una apreciación de nuestro problema, enteramente contraria á la que forman los partidarios de la escuela teológica. Ellos decían: Es imposible que el hombre no haya hablado desde el momento en que apareció sobre la superficie del planeta, pues siendo necesaria la palabra para inventar la palabra, un primer estado de salvaje mutismo haría imposible el tránsito á la civilización. Y nosotros contestamos: Es imposible que en su principio haya el hombre podido comunicar sus pensamientos á los semejantes en un idioma, que, por torpe y rudimentario que se le quiera suponer, implica una inteligencia y un conocimiento que no pueden atribuirse sin desvarío al hombre primitivo.

¿Cuánto tiempo tardaría en adquirir un poder de reflexión instintiva que le permitiese usar (1) las articulaciones como signos de las ideas? El mismo que tardara en verse provisto de órganos vocales bien desarrollados y de facultades distintas é idóneas que pudiesen obrar separadamente y en conjunto para coordinar sus conocimientos con los medios de expresión. Llegados á este punto, será superfluo dar la preferencia á la teoría onomatopéyica ó á la teoría interjeccional, á la teoría psiquista ó á la teoría pitecoidea de los naturalistas. Todas ellas vendrán á expresar en el fondo el mismo hecho: la necesidad de manifestar las ideas, como propiedad espontánea del hombre, y sobre la cual tiene, sin embargo, la conciencia dominio inmediato. Tan natural nos es el lenguaje como el pensamiento, pero históricamente, tan susceptible es el uno de perfección como el otro.

Los que distinguen el lenguaje de las lenguas para considerar á aquél como un don de Dios y á éstas como un producto lento del trabajo del hombre, se equivocan, á lo que me parece, pues la expresión ó el signo, separados abstractamente de la idea, no son nada ó se confunden al menos con el pensamiento puro, que es su causa verdadera. Es indudable que las recientes revelaciones de la lingüística han acentuado la correspondencia *fija* del lenguaje y el pensamiento, contradiciendo la opinión de los que afirmaban que la falta de rima ó metrificacón de los antiguos idiomas acusa perfección ó superioridad sobre los modernos (2). Los ritmos y las leyes

(1) Ésta no es, por otra parte, mi verdadera opinión. Véase lo que más adelante digo sobre el *homo allalus* de Haeckel.

(2) No hay que creer, por ejemplo, que el empleo de las metáforas en las antiguas lenguas implica perfección intrínseca ni superioridad alguna sobre las actuales. La mejor prueba de lo contrario es el significativo hecho de que en nuestros idiomas *las expresiones metafóricas son las que con frecuencia presentan mayor sencillez*. Además, el análisis etimológico demuestra que la metáfora, en cuanto palabra propia, no es un simple recurso literario, sino un recurso esencial para el desenvolvimiento del lenguaje, sin el que ningún vocabulario primitivo hubiera podido adaptarse á los progresos incesantes que ha realizado la civilización de los pueblos. En lo que nuestro actual conocimiento de las lenguas nos permite descubrir, las voces poseen una multitud

filológicas no descansan sólo en las ideas, sino también en la constitución musical de las voces, y los arcanos y sentidos quiméricos de las lenguas semíticas y aun de algunas indo-europeas, que ciertos gramáticos relativamente recientes nos han pintado con el colorido más fuerte, han sido enteramente desvirtuados por el empirismo filológico de nuestros días. El simbolismo gramatical de la lengua hebrea, el armonioso ritmo de la lengua copta, las raíces virtuales de la lengua árabe, el formalismo de aliteración de la lengua siriaca, la cábala etimológica de la lengua caldea, los jeroglíficos que se pretendía descifrar en las lenguas aramea, etiópica, asiria y pehlevi, todo el espíritu que se quería ver oculto bajo la letra de los idiomas semíticos, toda la libertad que se quería ver oculta bajo las series sonoras de su ritmo, toda la prosodia filosófica que se quería ver oculta bajo las pausas siluquianas han sido reducidas á la nada por los descubrimientos modernos. Morfológicamente hablando, es el mayor de los absurdos hacer radicar los ritmos hebreos en las cosas, en las sentencias ó en las relaciones intrínsecas de las ideas. Aun dado que las lenguas semíticas fuesen las más perfectas á causa de su vida fonética ó de las variaciones internas introducidas espontáneamente por ellas en la vocalización y sistematización de las voces, no sería lícito deducir de ahí que el lenguaje primitivo hubiese podido fijarse por aliteración ó por un número determinado de sílabas. Lejos de ello, la filología comparada muestra que la historia de las lenguas es una serie no interrumpida de gradaciones semejante á la que en el mundo orgánico nos muestra la ciencia natural. Las indo-europeas son las más perfectas de las lenguas, y la verdadera tradición simbólica del pensamiento humano, tanto por su formación como por la proporcionalidad ética y estética que ostentan en su desarrollo y por la presencia de sufijos. Vienen después las semíticas, de cuyos cambios radicales acabamos de hacer mérito. Á ellas

de derivaciones que sólo como en relación con las palabras sencillas podemos explicar satisfactoriamente: las formas primitivas hacen comprender las derivadas. Véase á Caso, *La enseñanza del idioma*, XIV, 210.

siguen las lenguas en que los elementos gramaticales están, por decirlo así, coaligados (la lengua egipcia). Aquí terminan las lenguas formales y empiezan las informes, cuyo primer tipo es el dialecto americano (iroqueses, groenlandeses, etc.), considerado como un elemento lingüístico de intercalación, incorporación ó aglutinación por aglomerar sus vocablos sin tener en cuenta la afinidad natural del signo ni guiarse por ella. Á éstas precedieron las lenguas ural-altaicas ó sistema de sonidos producidos sin reflexión, pero con *flexión*, es decir, con un enlace gramatical que hace innecesarias las preposiciones y elementos incisivos de la palabra. Ya antes las lenguas polinésicas, tan ricas en prefijos, habían dado al nombre una extensión y una significación mayor que al verbo en la expresión de las oraciones. Por último, los idiomas transgangéticos aparecen en la escala filosófica como un tipo intermedio entre la naturaleza muda y la expresión instintiva de los seres animados, á causa de la invariabilidad aparente de sus raíces. Puede decirse que estas lenguas no constituyen ni aun por analogía verdadero organismo, que hasta en sus cambios aparentes se han formado por la simple *yuxtaposición* de los elementos de la palabra que representan el lenguaje en toda su materialidad. Y esto se explica: una tal *yuxtaposición* sólo cabe en lenguas que, á causa del carácter de cuanto en ellas atañe al fondo de la oración, á la filiación de las palabras determinantes con las determinadas, organizan á éstas en una serie continua, según el orden en que se suceden.

Basta lo expuesto para comprender la realidad de la evolución filológica, tal como aparece en la historia ó escala de las lenguas; ahora séame lícito manifestar que, si andan muy descaminados los que, bajo pretexto de defender la revelación, sostienen la invariabilidad del lenguaje en globo, no están más orientados los que indirectamente les ayudan afirmando la invariabilidad de los elementos esenciales del lenguaje, ó dígase de sus raíces. Hubo un tiempo en que filólogos de primera fuerza patrocinaron la tesis de la sabiduría rudimentaria, de la primitiva perfección de las lenguas, y trataron de sostener que su progreso histórico no equivale á una sucesión de

formas gramaticales cada vez más complejas, sino á la simple acción del entendimiento humano, que, una vez en inmediata posesión de un idioma, le hace ganar paulatinamente en viveza, en energía y en significación, aunque sin salir nunca del cuadro que él mismo le traza, en consonancia con la correspondencia directa que guarda con las ideas abstractas, expresadas por sus raíces típicas. Á medida, sin embargo, que la filología hizo adelantos en el estudio comparativo de las lenguas se fué destruyendo esa opinión, que hoy está casi completamente abandonada. Basta leer los *Elements de grammaire comparée du grec et du latin* de Regnaud, basta tener la más leve noticia de los trabajos de la filología novísima, para comprender cuán insostenible es la teoría de las raíces primitivas y de su valor típico é inmutable, y cuán acertados andan los que, rechazando un tal atomismo lingüístico, sujetan las lenguas en su evolución, no á los caracteres de sus radicales, sino á leyes y vicisitudes que unas veces son psicológicas y otras meramente históricas.

El dato que aducimos revela de un modo indudable que la opinión de los que consideran el lenguaje perfeccionado *ab initio* no está muy fundada desde el punto de vista empírico; pero aún hay otras razones que nos imponen la tesis contraria. Hemos visto ya que, considerando la ciencia en su forma rudimentaria, se reconoce su intención y aptitud para adquirir indefinidos desarrollos, porque no el entender, pero sí el conocimiento del hombre se perfecciona y eleva por grados lentos. Así lo demostraré, aún más directamente, al ocuparme de la finalidad del lenguaje en su aspecto social.

Una de las causas que han contribuído á sostener la idea de que la lengua humana nace más bien de lo divino que de las necesidades implicadas en la naturaleza de nuestra especie es aquel texto bíblico según el cual *Dios creavit ex ipso adjutorium simile sibi; consilium ET LINGUAM dedit illis* (1). Á los que, apoyándose en estos y otros textos sagrados, se pronuncian contra nuestra opinión, debe, ante todo, responderseles que esa manera de hablar de la Biblia no tiene nada de

(1) *Ecclesiástico*, XVIII, 5

particular, pues los pueblos antiguos atribuían todos los actos del hombre primitivo á la Divinidad, y aun suponían á ésta hablando con aquél, idea que repugna á nuestra razón y se opone á la inmutabilidad del Primer Principio (2). Cejador (3), uno de nuestros más distinguidos filólogos, en quien rebosan la alegría y el buen humor, y que tuvo hace poco el gusto de romper una lanza en obsequio de la escuela teológica, acaba por reconocer eso mismo, á vueltas de sus vacilaciones y sus reservas. «Poco importa—dice—que el Creador enseñase directamente al hombre el lenguaje primitivo, ó que, más bien, con la facultad psíquica del habla y con la tendencia á comunicarse con los demás, que constituye el primer factor de la sociabilidad, y con los órganos fisiológicos necesarios para

(1) Escuchemos el parecer de Grimm: «El lenguaje pudo tener por origen la revelación que Dios hizo al hombre, y que éste transmitió á las generaciones sucesivas con los cambios que en el pasado ya se habían introducido. Esta revelación pudo tener lugar inmediatamente después de la creación del primer par de hombres, puesto que no se aviene con la bondad de Dios dejar á sus más nobles criaturas algún tiempo sin un *don* que luego les había de comunicar y para cuyo goce les había destinado... Es también contra la equidad de Dios, porque los hombres á quienes fué revelado inmediatamente habrían sido privilegiados sobre los que vinieron después... Esto prescindiendo de que las tradiciones bíblicas no tienen más valor *científico* que ningún otro mito de los griegos ó de los indios... Según el Antiguo Testamento, el lenguaje fué revelado al hombre por un simple discurso de la Divinidad con él. Mas, si los hombres entendían ese discurso, les era inútil la revelación de una lengua que debían ya poseer, como condición de semejante revelación, y si el lenguaje no es innato no tenían medio alguno de comprender... Si Dios pronunció palabras humanas, debemos atribuirle cuerpo humano, con los órganos indispensables para producir el sonido articulado, cosa que todo el mundo tendrá por inadmisibile. Lo que Dios piensa, quiere, y lo que quiere lo puede realizar en un momento, sin necesidad de mensajeros... Cuando los historiadores nos dicen que Dios habló, se valieron de una imagen que expresa la manifestación divina de una manera conforme á la oscuridad de los tiempos. ¿Quién tomará á la letra el que Dios escribió con sus dedos la Ley en las tablas que luego rompió Moisés? Los argumentos con que se combaten las leyendas ó mitos del paganismo pueden aplicarse en contra de los que á cada página hallamos en el Antiguo Testamento».

(2) *El lenguaje*, págs. 29, 31, 144, 147 y 150.

emitir los sonidos y voces, le añadiera alguna ciencia especial y un cierto conocimiento reflejo de esos órganos y de las ideas por una parte, y por otra de los objetos exteriores del mundo físico, para que él por sí mismo hallara la relación natural entre sus ideas, sus voces y esos objetos, de manera que hablase una lengua natural; esto es, poco importa que el don del lenguaje sea un don *inmediato* ó solamente mediato del Creador, que diera Dios al hombre el lenguaje ya hecho ó sólo los medios para que él por sí pudiera inventarlo... Yo me inclino á la segunda suposición, sosteniendo que el Creador dió al hombre las facultades de hablar, pero que el mismo hombre fué el que con ellas inventó el lenguaje (1), así como nos da la facultad de hacer una cosa, pero nosotros somos los que la hacemos. Esta manera de ver el origen del lenguaje concuerda con la opinión de Leibnitz y es más conforme al modo de obrar del Creador, que se sirve ordinariamente de las causas segundas... En cualquiera de estas dos hipótesis, siempre tendremos que el primitivo lenguaje tiene algo de divino, que un poder más que humano ha intervenido en ese invento, el mayor y más maravilloso de todos los inventos. Porque es una verdad muy profunda la de aquel dicho: *Zesò ta men fusei legomena poieiszai zeia tejne*, que lo natural viene de Dios; es decir, que cuando decimos que alguna cosa es natural, esa cosa la hace la Naturaleza, ó, por otro nombre, Dios, así como lo que nosotros hacemos nos lo atribuimos á nosotros mismos, aunque siempre es Dios la causa primera que interviene en nuestras acciones, como en todas las demás... Aunque se menosprecie toda consideración teleológica, conforme á las corrientes filosóficas modernas, no se puede negar que el lenguaje es una facultad indispensable para el hombre. ¿Quién se atreverá á sostener que la facultad psíquica del habla, localizada en el cerebro y los órganos fisiológicos de

(1) *Got gab dem Menschen das Sprachvermogen (welches nichte anderes ist, als Vernunft und Sinlichkeit in Einheit), damit er sich eine Sprache erschaffen*. dice Wüllner (*Über die Verwandtschaft des Inlogermaniche, Semitische und Tibet* II, 200). Wüllner admite, como Cejador, un estado del primer hombre tal que, con sus facultades naturales, pudo inventar el lenguaje.

la misma, y, por consiguiente, la misma habla, sean un fenómeno casual, un resultado fortuito de la combinación arbitraria de las fuerzas organicas, ó como se las quiera llamar? Es preciso estar muy preocupado por ciertas ideas, para no reconocer la intención y la mano del Creador en ese don del lenguaje, el más precioso de cuantos pudo hacer al hombre, y sin el cual sus más elevadas facultades, la inteligencia y la voluntad, apenas le servirían en la práctica de la vida, puesto que sin el lenguaje no se concibe la sociedad civil, ni aun la doméstica, complementos indispensables de perfectibilidad, de vida, de persistencia para el género humano (1)... Y aun sin admitir la revelación, hubo un hombre que habló por primera vez sin ser enseñado, mientras que los hombres actuales no creo llegaron á tanto. También el carpintero hace una mesa, pero de madera, y nosotros modificamos el habla, pero con la materia recibida; pero el que primero halló la materia, que recibimos nosotros, algo más hizo que nosotros, como hizo algo más Dios al crear los materiales, que no el carpintero que de ellos hace una mesa... La revelación y la razón nos dicen que el primer hombre, creado en estado de adulto y adornado con todas las perfecciones propias de su naturaleza, debió poseer el habla desde el principio. Esta consecuencia la rebate Kleinpaul, con un argumento muy lindo, digno de oirse. Dice así (2): *Das theologische Postulat: dass der Schöpfer die ersten Menschen vorgenommen und ihnen das Katal Katela Katalt. Katalt Katalti eingeblasen habe, veradient keine ernsthafte Widerlegung. Ebensogut könnte man behaupten: der liebe Gott habe Adam und Eva einen Phonograph geschenkt. Nur der Kuriosität halber sei bemerkt, dass zuerst (200, v, chr.) Jesus Sirach unter den guten Gaben Gottes auch die Sprache namhaft macht...* En primer lugar, no es un postulado teológico esta opinión, muy corriente en aquel tiempo, sino una conclusión filosófica y, en cuanto se refiere al hebreo, una opinión fundada en las etimologías

(1) Véase á Heyse, *System der Sprachwissenschaft*, p 38 y siguientes.

(2) *Das leben der Sprache*, II, 393.

bíblicas y en otros argumentos más ó menos plausibles. El lenguaje debió poseerlo el primer hombre, aunque bien podía pasarse de fonógrafo. Si naturalmente el hombre es sociable, con mucha más razón posee la facultad del habla, como medio de poner en práctica esta sociabilidad, y hasta de facilitar el ejercicio de la facultad intelectual... *Wenn Gott den Menschen als Menschen erschaffen hatte, so war ihm ja so gut die Sprache als der aufrechte Gang anerschaffen, so gut er gleich merken musste, das er gehen und greifen könne, so gut musste er auch gewahr werden, dass er mit der Kehle zu singen und diese Töne durch Zunge, Gaumen und Lippen noch auf verschiedene Weise zu modifizieren vermöge.* Así habla Goethe, que no creo fuera teólogo... Ni fué menester que Dios enseñase la cartilla á Adán, ni que éste hiciese el invento del lenguaje, como inventó la pólvora ó el fonógrafo. Tampoco creo que puso Dios á Adán andadores para enseñarle á andar, ni inventó éste el andar, sino que naturalmente ejercitó la facultad que Dios le dió. Ya veremos cómo el lenguaje primitivo es tal que, teniendo Adán lengua y entendimiento, naturalmente debió hablar, y, á las tres palabras que dijo, el sistema del lenguaje se hallaba completo, sin necesidad de cartilla ni de desaforarse á gritos como un salvaje mudo... El mundo entero habla, los animales y hasta los seres inorgánicos; el mundo es un concierto de toda clase de voces é instrumentos: y el hombre que posee el lenguaje y el instrumento más perfectos ¿no ha de hablar *naturalmente?*... Que haya olvidado las mejores piezas, y que ahora no se haga más que echar gallos, cerdear en las cuerdas, pase, y veremos el por qué en la Escritura; pero ¿que nunca haya sabido tocar bien su instrumento en este concierto universal? La mano vengadora de la divina justicia se echa de ver en este fenómeno sin igual. Jesús Sirah dice inspirado que el lenguaje es don de Dios, ¿Dios dar tal confusión de lenguas? Dios dió el primitivo lenguaje; el confuso que hoy existe, el pecado lo trajo al mundo.. Y no se diga que el andar y el comer y el pensar son cosas necesarias y no libres en el hombre, y que, por el contrario, el hablar es libre. Porque con echarse uno á dormir y no ir en busca del alimento, tan hom-



bre quedaría el hombre... Si el hombre tiene cerebro para ejercer sus facultades intelectuales y pies para moverse y boca para comer, también tiene laringe, que no sirve para nada, si para hablar no sirve, y tiene la tercera circunvolución frontal izquierda para lo mismo; y tan libre es para comer como para hablar. Sólo que el primer hombre no llegó á comprender sus derechos, los que nos han enseñado, digo, el racionalismo y el naturalismo modernos, y él sencillamente hizo uso de sus facultades... Mas no leemos en el *Génesis* que Dios excitase á comer á Adán, como le excitó á que pusiera nombres á los vivientes ejercitando el habla, y aun que le señaló lo que podía comer en general, pero no le puso la mesa, como le puso de ante los animales diciendo que los nombra-se. Y tan necesario le pareció á Dios el que Adán hablase, que, antes de tener la primera compañera, ya Adán ejercitó el habla, como facultad más necesaria aún que la sociabilidad. Porque con razón dice San Agustín (1): *Linguarum diversitas hominem alicuat ab homine. Hanc si duo sifimet invicem fiant obviam, neque preterire, sed simul esse aliqua nccesitate cogantur, quorum neuter movit linguam alterius, facilius sibi animalia muta, etiam diversi generis, quam illi, cum sint homines ambo, sociantur. Quando enim quæ sentiunt, inter se communicare non possunt, propter solam linguarum diversitatem; nihil prodest al consociandos homines tanta similitudo naturæ; ita ut libentius homo sit cum cane suo, quam cum homine alieuo.»*

He transcrito *in extenso* este párrafo, no sólo porque encontramos indicadas en él las razones que han prevenido á los filósofos contra la escuela teológica, sino para hacer ver la porción de imposibilidades y obstáculos lingüísticos que ofrece el buen sentido á la admisión del criterio sobrenaturalista aun tratándose de autores que, como Cejador, tienen fe en la Providencia y creen que la hipótesis científica sostenida por los filólogos imparciales en nada puede ofender á la Divinidad. Yo, que participo por completo de la misma creencia, soy de opinión que ha llegado la hora de hablar claro y

(1) *De civitate Dei*, l. XIX, c. 7.

decir muy alto, como ya dije en otra parte (1), haciendo la crítica del libro de Cejador, que «no es exacto, según parece él insinuar, que para librarnos de la invasión del materialismo en la lingüística sin apelar á la solución teológica sea preciso recurrir al instinto divino, ni á la espontaneidad humana ni á las demás fantasías de los filólogos de la escuela de Max Müller. Hay otro criterio muy inmediato, muy plausible, que se reduce á ver en el lenguaje una producción progresiva que se manifiesta sujeta á leyes y se forma dentro de líneas y moldes determinados, por donde puede someterse á estudio y enseñanza científica. No lo dude Cejador: el *nec Deus intersit* del preceptista latino es tan aplicable á las peripecias filosóficas como á las dramáticas». En el mismo lugar calificaba de *desesperada* la tesis de la procedencia divina del lenguaje y hacía ver cómo Cejador, «vacilante entre el tradicionalismo bíblico y las teorías modernas, quedaba mal con éstas, criticando el empirismo de Grimm, y mal con aquél, llamando en su ayuda el idealismo de Renan».

Se han equivocado además esos teólogos más ortodoxos que la Biblia al fundarse en el Génesis para mirar el lenguaje como un milagro y demostrar su origen divino, atribuyendo este origen á una revelación. La Biblia no hace mención alguna de semejante revelación y más bien presupone la existencia de una lengua al hablar de ella y nos da noticia de la confusión bastante tiempo después del diluvio. Los que, á pesar de todo, se obstinan en defender aquella solución, lo hacen desentendiéndose y aun contradiciendo la afirmación expresa y el texto formal del Génesis, en el que no es el Creador, sino Adán, quien da nombre á todas las cosas: «Formó, pues, Jehová, Dios de la tierra, toda bestia del campo y toda ave de los cielos, y trájo'as á Adán para que viese cómo las había de llamar, y todo lo que Adán llamó á los animales vivos, ese es su nombre. Y Adán dió nombres á todos los animales, á las aves del cielo y á las bestias del campo; mas no se hallaba semejante á él» (2). Si quisiéramos ir más lejos

(1) *Nuestro Tiempo*, Julio, 1902.

(2) *Génesis*, II, 19. Renan (*De l'origine du langage*, París, 1858) obser-

y admitir la opinión del célebre asiriólogo Smith (1), que sostiene que la palabra *Adán*, aplicada en las leyendas asiáticas al primer ser humano, no es un nombre propio, sino que se usa como término para la humanidad, y que aunque aparezca como nombre propio en el Génesis, en algunos pasajes sólo se emplea en el mismo sentido que la palabra asiria, acabaríamos de armonizar la tradición con la ciencia, para la que el lenguaje no es tanto una obra del espíritu individual como de la colectividad humana. Poco nos va en lo que resultare de esta diversidad de criterios. Como nota con acierto Heyse, el origen del lenguaje puede considerarse á la vez como natural y como divino, y en él se confunden é identifican la libertad y la necesidad «El lenguaje, dice también Humboldt, es creación del hombre y de Dios; el primero estampa en él el carácter de su espíritu, y el segundo le da una fuerza que

va que en este pasaje se trata solamente de algunas palabras y no del lenguaje en general; de modo que por él se explicaría á lo sumo la formación del Diccionario. Ayuso (*El estudio de la filología en sus relaciones con el sánscrito*, Madrid, 1871) replica que donde hay un diccionario *natural* hay gramática, puesto que éste es el sistema que da reglas para coordinar y emplear debidamente el contenido de aquél. Además, es evidente que quien sabe dar nombre á *todos los animales* del campo y á *todas las aves del cielo* tendrá los conocimientos de una lengua necesarios para hacerse comprender.

(1) *Chaldean Account of Genesis*, p. 82.—Al decir de Norris (*Assyrian dictionary*, t. I, p. 225), el nombre *Adám*, idéntico al *Atum* de los egipcios, no sólo significa *tierra*, *arcilla*, *emanación* y *filiación*, sino el hombre en sentido indeterminado. Es lo que las inscripciones asirias expresaron primero que ninguna tradición mediante los nombres de *dadmi*, *dadmê* y *admu*, y la Biblia acaba por volver á la misma concepción, como cuando dice en el versículo 2 del capítulo V: «Y llamó el nombre de ellos Adam»; ó en Josué: «Allí fué sepultado entre los *Enacim* Adam el mayor»; y en el Nuevo Testamento, San Pablo (I *ad Corintios*, 15) llama á J. S. «novísimo Adam». Por otra parte, *Ava*, diosa de Asiria, á quien se atribuye el significado de *vida* y que el Génesis califica asimismo de «madre de todos los vivientes» por su etimología (III, 20), era otro nombre impersonal idéntico al *Demeter* (a) de los griegos (la tierra madre), á la *Eva* de los hebreos, que, pronunciada con fuerte aspiración *Heva*, equivale á *serpiente hembra* (símbolo abstracto) Véase á San Clemente de Alejandría, *Exhortatio ad gentes*, c. 3.

(a) Divinidad perteneciente al culto pelágico y equivalente á *Ceres*.

influye poderosamente sobre las creaciones de aquél.» En tal concepto, la idea de una lengua primitiva que no tuviera sus raíces en la misma naturaleza del hombre, que se adquiriese por enseñanza directa ó indirecta de Dios, sería absurdísima.

Me ceñiré aferradamente á este modo de ver las cosas, único que se halla en armonía con la seriedad de la investigación. Por otra parte, no faltan intérpretes, aun entre los ortodoxos, que expliquen la aparente inconveniencia del texto genesíaco, afirmando que la lengua que los primeros hombres hablaron podría llamarse, en cierto sentido, natural. La Biblia, en efecto, parece indicar que los nombres impuestos por Adán á los animales fueron los propios y expresivos de su naturaleza peculiar; pero no llega á decir que el nombre que Adán dió á cada animal es su *verdadero* nombre, como pretendía Voltaire. El texto hebreo sólo dice que lo que Adán llamó á cada animal, *ello es su nombre*, y la Vulgata, *ese es su nombre* (*omne enim quod vocavit Adam animae viventis ipsum est nomen ejus*). Calmet explicaba el hecho por la inocencia y la sabiduría otorgadas por Dios al hombre aun en las cosas naturales, inocencia y sabiduría con las que supo y pudo apropiarse á cada especie animal una denominación que en su constitución y forma se ofrece y presenta como la expresión sencilla pero exacta, de los caracteres de aquélla. Sea de esto lo que fuere, nunca sería lícito en nuestro terreno resolver las cuestiones científicas con textos sagrados sujetos á multitud de interpretaciones (1), todas legítimas ó aproximadas al menos á la exactitud.

La generación de las palabras derivadas es otro de los

(1) Monboddo (*On the origin and progress of language*, Edimburgo, 1774), al combatir á los que miran el lenguaje como una revelación, espera que no habrá de entenderse por eso que «no respete el relato de la Sagrada Escritura sobre el origen de nuestra especie; pero no es de mi incumbencia—añade—como filósofo ó como gramático investigar si tal relato debe entenderse alegóricamente, según la opinión de algunos comentadores». Frases como éstas están destituídas de todo fundamento, puesto que es trivial en teología la legitimidad de los principios de exégesis admitidos y seguidos por protestantes y católicos, según los cuales, no deben entenderse ni explicarse todos los pasajes de la Biblia ateniéndose solamente al sentido literal.

obstáculos que en esta cuestión embaraza á los partidarios de la escuela teológica, como embarazó ya á Platón que, ante hecho tan *humano*, no pudo menos de mofarse de los que hacían intervenir á la divinidad (1). Por otra parte, el filósofo griego rechaza la convención arbitraria, y el último partido que toma le parece una idea conciliadora. Quiere que se atribuya á lo divino la formación del lenguaje, suponiendo que por éste se entienda lo *natural*. Yo sentaría como principio que lo que se llama natural, fué obra de un arte divino. Cierta armonía *natural y divina* entre los sonidos y las cosas parece á Platón la mejor solución del problema; y la inteligencia de los hombres primitivos ha percibido naturalmente esta relación establecida por Dios mismo. «Crée que las ideas que formo sobre las palabras primitivas me parecen á mí mismo temerarias y ridículas. Te las diré si quieres. Si por tu parte tienes algo mejor que proponer, te ruego lo expongas. En primer lugar, paréceme ver en la letra *rho* el instrumento propio para la expresión de todo género de movimiento... Es la letra que obliga á la lengua á moverse y á vibrar más rápidamente (2). Las silbantes *fi, psi, sigma, xi* expresan todo lo que presenta la idea del soplo.» La presión que las letras *delta y tau* imprimen á la lengua es algo muy adecuado á la imitación de lo que enlaza (*desmos, stasis*). La *lambda* expresa lo que fluye, lo pegajoso, etc. (3). Desde el punto de vista fónico, no hay escape: si el sonido articulado no se pro-

(1) Compárese con Max Muller (*Lectures on the science of language*, tomo I, p. 350): «Este hecho simplifica extraordinariamente el problema del origen del lenguaje. Ha quitado todo pretexto á esas descripciones pomposas que precedían invariablemente al tema de que el lenguaje debe tener un origen divino. No oiremos ya hablar de ese instrumento maravilloso que puede expresar todo lo que vemos, oímos, tocamos, gustamos y olemos; que es la imagen viva del mundo entero; que da forma á los sentimientos vaporosos de nuestras almas y cuerpo á los sueños más sublimes de la imaginación; que puede ordenar en exacta perspectiva el pasado, el presente y el porvenir, y proyectar sobre cada cosa las tintas variadas de la certidumbre, de la duda, de la contingencia».

(2) *Cratyló*, 118.

(3) Fouillé, *La Philosophie de Platón*, tomo I, p. 293.

duce, sea cualquiera la causa que lo imposibilite, ó si no corresponde á la cosa expresada ó al estado de ánimo del sujeto, no se produce el lenguaje en ninguna forma: en este punto la naturaleza es inexorable.

La evolución que más tarde veremos producir los idiomas nos lleva, respecto al lenguaje mismo, á un punto de vista distinto del de la escuela teológica. Los principios de la palabra fueron indefinidos, homogéneos, flúidos, y sólo en el transcurso del tiempo han podido diferenciarse, fijarse, definirse. Por eso entran bajo las leyes del desenvolvimiento general de la inteligencia, en tanto que abstrae, generaliza, analiza y tiende hacia una precisión siempre creciente, creando las lenguas con formas gramaticales, con partes en su discurso, con elementos complicados y delicadísimos de significación. Estos hechos, que ofrecen á nuestra experiencia actual de una manera súbita y sorprendente el producto de un trabajo inconsciente, que las ha ido dando forma durante muchos siglos, hacen que las lenguas parezcan al observador superficial creaciones sobrenaturales, maravillosas, mientras que el observador más profundo sólo ve en ellas, para servirme de la pintoresca expresión de Ribot, una *psicología petrificada*. Los teólogos tradicionalistas se obstinan, sin embargo, en mirar al lenguaje y á las lenguas como obra divina y no como obra humana. Yo preferiría, por mi parte, la fórmula de Schleicher: «Las lenguas son organismos naturales que, sin ser independientes de la voluntad del hombre, nacen, crecen, envejecen y mueren según leyes determinadas».

Añadamos, para concluir, que el criterio teológico llega hasta hacer imposible científicamente la investigación del origen del lenguaje. En efecto, antes de entrar en pormenores sobre el origen del lenguaje, es preciso, según la exacta observación de Grimm (1), considerarle como *creado* ó como *in-*

(1) *Ursprung der sprache*, Berlín, 1852. «Si fué creado, añade el filólogo alemán, quedará para nosotros su origen tan incierto y oscuro como el de la primera planta ó animal. Si le suponemos formado por la libertad y la inteligencia del hombre, podemos retroceder en pensamiento á través del inmenso vacío de siglos que nos separa de su origen desde las últimas noticias que hallemos en su historia. Atendi-

creado. Ahora bien, si el lenguaje ha sido un don celestial dado al hombre y creado sin él y fuera de él, la ciencia no tendría derecho ni medios de buscar su origen; pero si es obra humana, si presenta un derrotero y un desarrollo regulares, es posible llegar, por medio de inducciones legítimas, hasta su cuna. La causa de que durante tan largo tiempo se haya atribuído semejante don humano á un poder sobrenatural y visto en él un presente milagroso es la complicación y riqueza de sus formas ancestrales é individuales. «El lenguaje ofrece, en efecto, como la naturaleza, dice Fouillée (1), géneros, especies, órdenes diversos hechos para adaptarse unos á otros, combinándose á cada momento en grupos siempre nuevos, para expresar de ese modo todas las combinaciones de la idea. Es un organismo maravilloso al servicio del pensamiento.» Lubbock (2) llega, por una insinuación delicada, á la misma conclusión: «Tal y como existe, el lenguaje de todas las razas, salvo el de las inferiores, aunque muy lejos de ser perfecto, es, sin embargo, tan rico en palabras y de una organización gramatical tan compleja, que no es maravilla si algunos le han atribuído un origen divino y milagroso. Y aun puede admitirse la exactitud de la apreciación, aunque sólo en el sentido en que puede aplicarse á un buque ó á un palacio, que son humanos en cuanto el hombre los ha hecho, pero divinos

da la hermosura y variedad del lenguaje humano, nos parece imposible que cosa tan perfecta haya podido ser producto de la inteligencia del hombre, quien más bien le corrompe, sin tener habilidad para conservarle en su perfección primitiva. Puesto un idioma en condiciones favorables, florece cual un árbol que, sin impedimento, extiende sus ramas y raíces en todas direcciones; pero en caso contrario, se marchita y muere. En general, sigue el lenguaje, en su desarrollo y crecimiento, un camino semejante al que lleva la naturaleza. En ésta todos los objetos producen sonido: sólo la tierra es muda; pero el aire silba, el fuego chisporrea, el arroyo murmura. Del mismo modo los animales; y porque reciben sus sonidos con el *ser*, los producen siempre de la misma manera. Lo innato es invariable, como en el hombre el llorar, el reír, etc., pero no el lenguaje; así que trasladado un niño recién nacido de su patria á un país extranjero, hablará la lengua de éste y no la suya » (*Ibidem.*)

(1) *La science sociale contemporaine*, conclusión.

(2) *Origin of civilization*, cap. IX.

en cuanto, al hacerlos, se ha servido de poderes que le ha dado la Providencia». Lubbock indica también con estas últimas palabras la posibilidad de entender el origen divino del lenguaje en un sentido más amplio del que le daban los que iniciaron la polémica en el terreno teológico. «Actualmente, escribe con acierto Gumpłowicz (1), semejante polémica nos parecería superflua y nos haría el efecto de una controversia escolástica de la peor especie. Se puede llamar divino á todo lo que es natural si se prefiere la primera designación. Pero esto no despertará en nadie la idea de intervención de un Dios personal, en el sentido que habría que dar á esta palabra, tomando á la letra la terminología de los exégetas retrógrados y tradicionalistas.» Nuestra época ha renunciado al concepto antropomórfico de la Divinidad; ésta es la razón por la cual los orígenes del género humano, bajo todas sus relaciones, se miran ya de un modo muy distinto á como se les miró mientras no tuvieron dónde reflejarse si no es en el turbio espejo mágico de la mitología.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

(Continuará.)

(1) *Lutte de races*, III, 17.

LOS FASTOS DE OVIDIO

LIBRO SEGUNDO

Janus habet finem, cum carmine crescit et annus.

Jano fini6: el a6o va creciendo
y con 6l mi poema: un nuevo canto
responda 6 un nuevo mes. ¡Oh musa mía!
por vez primera t6, con viento en popa,
bogando vas: en no olvidados soles
eras muy poco: ministrante d6cil
servías 6 mi amor y tus preludios
sirvieron de placer y dulce arrob6
6 mis ardientes, juveniles a6os.
Hoy canto de los n6menes las fiestas
y el orden de los tiempos por los *Fastos*;
¿quién al marchar, ¡oh! quién pensar podría
que lograra ascender 6 tales cumbres?
Mi campo de combate aquÍ se encuentra;
aquÍ ya puedo manejar mis armas,
y mi valiente brazo no reposa.
Si yo no s6 lanzar la jabalina
con mano varonil, si ni tampoco
cabalgo en el brid6n, ni me circundo
la frente con el casco, ni me ci6o
tajante acero los habr6 6 millares
m6s id6neos que yo 6 tal empe6o.
Mas de este coraz6n, que es todo tuyo
tus glorias surgir6n, ¡oh ilustre *C6sar*!
y cantar6 los lauros de tu nombre.

Ven, pues, á recibir con faz benigna
mi ofrenda, si el afán que á ti te acucia,
de dar la paz al mundo, lo consiente.

Con la palabra *Februa* nuestros padres
querían indicar el sacro rito
de expiación, y aun hoy algunas veces
de tal origen hállanse las pruebas.

La lana, que se entrega á los pontífices
por el flamín (1) y el rey del sacrificio,
llamábase en lenguaje arcaico *Februa* (2).

Con este mismo nombre designaban
de sal al trozo y al tostado trigo,
que conduce el lictor á las mansiones,
que necesitan ser purificadas,
y al ramo desprendido de árbol puro,
que rodea la sién del sacerdote.

He visto á una flamina pedir *Februa*
y darle un ramo de frondoso pino.

Todo, en fin, cuanto aplaca la conciencia
se designaba con predicho nombre
por nuestros padres los de intonsa barba.

El mes por ende llámase *Februario*,
ó ya porque el *Luperco* riega entonces
con el agua lustral todos los sitios,
valiéndose de tiras de pellejos,

para borrar así toda impureza,
ó ya porque los manes (3) de difuntos
se calman, y la vida se depura,

después que el rito funeral se cumple.

No hay crimen ni impiedad que no creyesen
borrar con la expiación nuestros mayores.

Iniciadora fué de tal doctrina

Grecia, creyendo que purgar bastaba
para borrar las máculas de un crimen:

así á *Patroclo* la inocencia torna

Peleo y á *Peleo* purga *Acasto*

de la muerte de *Foco*, en la corriente (4)

hundiéndole de un río de *Tesalia*.
 Así también *Medea* (5), conducida
 por el vacío, en carro de dragones,
 por el crédulo *Egeo* fué lustrada.
 ¡Reparación injusta á tanto crimen!
 «Mi parricidio absuelve», dice al río
 de *Naupacta* el retoño de *Anfiarao*,
 y en el instante mismo queda absuelto.
 Os engañáis, mortales, si la idea
 nutrís de que las aguas de los ríos
 son lo bastante á conjurar las furias,
 doquier del asesino acosadoras.

¿Quieres saber el orden de los meses?
 En épocas antiguas el primero
 entonces era *Jano*, como ahora,
 y el último el que hoy viene en pos de *Jano*.
 Tú también ¡oh dios *Término!* cerrabas
 la serie de los ritos religiosos.
 El año, al empezar el mes de *Jano*,
 era como el dintel de nuestras casas,
 y, al concluir, se dedicaba á manes,
 que moran en lo ínfimo del mundo.
 Después, según se cree, los decemviro
 aquel tan luengo espacio suprimieron.
 El mes *Februario* al empezar su curso,
Juno Sospita obtuvo un templo sacro
 contiguo al de la *Madre* de los dioses:
 en las calendas de este mes, su culto
 fué consagrado en él; mas vanamente
 lo habrás hoy de buscar, porque los años
 lo han destruído ya. De igual manera
 veríanse otros mil hechos escombros,
 sin la pródida cura del caudillo:
 por él ¡oh! sí, por él jamás, ¡oh aras!
 os hollará la pátina del tiempo
 que, protector, no sólo al hombre asiste,
 sino también á númenes: ¡Oh *Augusto*,

restaurador y fundador de templos!
 tanta piedad los númenes te premien!
 De sus moradas pías dilataste
 la duración: por tanto, ¡oh sí! protejan
 tus horas, y ojalá, como á sus aras,
 mantengan el poder de tu familia
 sobre cimientos sólidos.

Entonces
 también se verifica un sacrificio
 en un bosque, aledaño al Capitolio,
 en márgenes del Tíber, do las olas
 al mar se precipitan fatigadas.
 Inmólase una oveja en santuario
 de *Numa*, en el de *Júpiter Tonante*
 y en la cima del monte, do reside
 también el soberano de los dioses.
 Sucede, y á menudo en tales días,
 que el *Austro* nebuloso aporta lluvias
 en grave golpe y que la tierra yace
 bajo el cándido velo de la nieve.

En el siguiente día, ya dispuesto
 el sol á descender á ondas de *Hesperia*
 y á desuncir su fúlgida carroza
 de pedrería, ¿no preguntas, hijos
 los ojos en la bóveda cerúlea,
 en dónde está, durante aquella noche,
 la *Lira* que aun ayer su luz enviaba?
 La *Lira* se ha ocultado á nuestros ojos:
 y hasta al mismo *León* ves de repente
 desaparecer á medias en las ondas,
 en donde se va hundiendo poco á poco.

No se ha de ver en la siguiente noche
 al *Delfín*, que hace poco se veía
 resplandecer de estrellas circundado:
 ¡Es el que supo hallar en su retiro

los secretos amores de *Neptuno* (6)
y el que portó sobre su terso dorso
al poeta de *Lesbos* y á su lira?
¿Quién á *Arión* no conoce en mar y tierra?
Los ríos, á su canto, suspendían
su carrera fugaz; á sus acentos
el lobo muchas veces no acosaba
al corderillo, y éste con pavora
no huía del rapaz; perros y liebres
bajo la misma sombra reposaban;
la cierva se acogió á la misma gruta
que el león, y la gárrula corneja
y el pájaro de *Palas* suspendieron
sus quejas, y aun dulcísima paloma
unióse al gavilán. ¡*Arión* meliflúo!
se dice que *Diana* muchas veces
ha oído tus acordes con asombro,
creyendo oír la lira de su hermano.
De *Arión* el nombre habíase extendido
por todas las ciudades de Sicilia;
también de gozo fueron sus conciertos
á gentes de la *Ausonia*. De este punto
á su país bogó, con los tesoros,
que por su arte encantador lograra.
¡Infeliz! Tú temías las tormentas
y las rábidas olas, y brindarte
debía el mar asilo más seguro
que tu propio bajel. Mas ya el piloto
á tus días atenta, acero en mano,
y á fin de consumir tan negro crimen,
todos los brazos contra ti se yerguen.
¿Qué vas, piloto, á hacer con esa espada?
De tu dudoso leño el rumbo guía;
no debes esgrimir letal cuchillo.
Sin miedo dice *Arión*: «Yo no os reclamo
vivir; mas consentidme que recoja
mi lira y que de nuevo la consulte».
Con burlona sonrisa le conceden

tal moratoria y gracia. *Arión* dispone sobre su frente ¡oh, *Febo!* una corona digna de circundar tu sien augusta; suspende de sus hombros manto tinto dos veces en el múrice tiriano, y hace vibrar las cuerdas de su lira ante sus dedos sabios: ¡tal el cisne, de albo plumaje, herido de una flecha, entona bien sonante melodía cuando va á despedir el dulce aliento! Mas revestido de su rica veste, súbito *Arión* en medio el mar se lanza, saltar haciendo las cerúleas ondas en torno del bajel. En el instante (¡oh prodigio increíble!) aquella carga —tan nueva para él— sobre su dorso un delfín acogió. En él sentado, y en premio de tan pródigo pasaje, va pulsando dulcísima su lira, con asombro y deleite de las ondas. Ven las deidades los piadosos hechos, y entre los astros *Júpiter* da sitio al delfín y dispone nueve estrellas á la constelación así llamada.

¿Por qué de mil acentos no dispongo y de ese labio ¡oh viejo de *Meonia*, que ha cantado la cólera de *Aquiles*, en tanto que en mis versos desiguales voy celebrando las sagradas *Nonas*? El día ya se acerca que difunde la más brillante luz sobre los *Fastos*. Mi genio me abandona; ya mis fuerzas no son á tal labor asaz potentes, y hoy tengo precisión de más acordes. ¿Por qué no he sospechado que pudiera la flébil elegía doblegarse

al peso de un asunto tan sublime,
y que un heroico verso solamente
con dignidad podría sostenerlo?

¡Oh, sacro padre de la patria! Nombre
que la plebe te dió, te dió el Senado
y nosotros también los caballeros!
De ese título tú gozabas, antes
de concederlo nos tardíamente,
pues ya de mucho tiempo tú servías
de providente padre al Universo.
Ya no te llamarán de otra manera
aquí en el mundo, como el grande *Jove*
no lo es en el Olimpo: que eres padre
tú de los hombres y él de dioses sacros.
¡Oh *Rómulo!* permite que te diga
que superado has sido: ya tus muros,
con el auxilio protector de *César*,
se han dilatado: *Remo* los saltara
—eran tan breves—de un ligero salto.
Á *Cacio* y á *Cenina* (7) has sometido
y á la pequeña ciudad de *Cures*;
mas, desde impera *Augusto*, el sol brillante
al romano laurel alumbra siempre.
Un no sé qué de tierra asaz menguada
tenías por derecho de conquista,
mas todo lo que existe bajo el éter,
de *César* es. Raptor tan sólo eras,
mas él vigila, por que sean castas
nuestras esposas: tú un asilo ofreces
é impunidad al criminal osado,
y él le persigue é impone duras penas:
en la fuerza brutal tú te placías,
¡pero por él la ley es siempre justa:
tú de señor el título te arrogas,
y él tan sólo el de príncipe ha tomado.
la sangre de un hermano á ti te grita,
y él perdona á sus propios enemigos:

tu padre á ti, mas él ha dado asiento
al suyo entre los dioses inmortales!

El niño de *Ida* (8) ya en el horizonte
comienza á despuntar, y nos efunde
mezcladas con el néctar ondas puras.
El que al soplo del *Bóreas* tiritaba,
gócese ya, porque auras más benignas
los juguetones céfiros despiden.

La estrella matinal, por cinco veces
su sien ha levantado sobre el Ponto,
y ved, ved ya la dulce primavera.
Y no obstante, ¡mucho ojo! que de invierno
quedan aún durísimos rigores,
y debe, al retirarse, todavía
dejar en pos de sí huellas crueles.

Del guardián de la *Osa* ante tus ojos
los pies se mostrarán á las tres noches.
En ninfas *Hamadriadas*, cortejo
de la gentil *Diana* (9) cazadora,
formaba la bellísima *Calixto*.
Un día, de la diosa sobre el arco
su mano colocó, y así se expresa:
«¡Oh arco, sé testigo de que virgen
he de permanecer!» *Diana* aplaude
y tal le contestó: «Si continúas
leal al juramento, que has prestado,
la primera serás entre mis ninfas».
Y el juramento púdico guardara,
á no ser tan hermosa. Del humano
se logró defender, mas no de *Jove*.
Un día, cuando el sol ya recorriera
una mitad de su fulgente curso,
mil fieras de cazar tornaba *Feve*
de en medio de los bosques. Al instante
penetra la deidad en sacra selva

de un espeso encinar, y donde, en medio,
veíanse fulgir, en hondo cauce,
de fresco manantial cristales puros.
«¡Lavémonos aquí, la diosa dijo,
oh virgen de *Tegeo!*» y se avergüenza
á nombre tal, pues ya no lo merece.
Las otras compañeras al momento
de oír al numen, se desnudan prontas:
mas *Calixto* á imitarlas no se atreve,
y su demora misma la descubre:
por fin también su túnica descíñe,
y advierten su desliz, al verla nuda,
porque su seno, á la preñez hinchado,
por su turgencia misma la delata.
«Hija de Licaón perjura, dice
la diosa, de mis vírgenes te aleja:
la castidad no manches de estas ondas.»
Diez veces la creciente media luna
se había renovado, y era madre
la que virgen habíase creído.
Airada Juno á la infeliz transforma.
Pero ¿por qué punirla? ¿El mismo *Jove*,
de su impudor, sin ella pretenderlo,
no había sido cómplice villano?
Al ser aquella joven transformada
en fiera horrible, la iracunda *Juno*
le dice: «¡Venga *Jove*, venga ahora
á oprimirte amoroso!» De esta guisa
vagó, cual osa escuálida, por breñas
y por incultos y desiertos bosques,
ella la ha poco amada del *Tonante!*
El fruto de esta unión furtiva hubiera
tres lustros ya cumplido, cuando topa
á la que el ser le dió: como demente
detúvose la madre, imaginando
al hijo conocer; despide entonces
—sólo esto le quedaba—hondo gemido.
El joven, sin saberlo, ya va á herirla

con agudo venablo; mas al punto
 conducidos se ven los dos al éter,
 en donde fulgen hoy los dos cercanos
 entre constelaciones: la primera,
 decimos *Arctos*, y en seguida viene
Artophylax. Mas *Juno* todavía
 acósalos ultriz y obtiene al cabo
 de blonda *Tethis* que en sus puras aguas
 del *Ménalo* la ninfa no se bañe.

En *Idus* de este mes el ara humea
 de *Fauno*, dios selvático, en la isla,
 que abraza, al separarse, el río *Tíver*.
 En hora tal, de *Veyos* en los campos
 los trescientos seis *Fabios* (13) sucumbieron.
 Una familia sola se aventura
 á resguardar y á responder de Roma;
 y sus miembros, unidos por la sangre,
 en apretado haz marchan valientes:
 vióse salir de un mismo campamento
 á milites tan bravos, cada uno
 capaz de ser caudillo de una hueste.
 ¡Oh! quien quiera que seas, ten cuidado
 de no pasar ahora—te lo advierto—
 por puerta *Carmental*, que está cercana
 de *Fano* al templo, á la derecha sito:
 sería mal augurio, pues por ella,
 según la tradición, salieron todos:
 la puerta no, en verdad, no tiene culpa,
 mas la acompaña un pésimo presagio:
 con prontitud llegándose á la margen,
 donde el *Cremera* arrastra impetuoso
 sus turbias ondas, que el invierno acrece,
 sientan su campo luego con bravura,
 y, espada en mano, se abren un camino
 á través de las filas tirrenianas:
 así el león despéñase furioso
 de rocas de la *Libia* sobre greyes

vagantes en vastísima llanura.
Los enemigos huyen, recibiendo
heridas vergonzosas por la espalda.
Con sangre etrusca el suelo se enrojece.
Vencidos otra vez y aun otras muchas,
vencer en lid abierta desconfían,
y emboscados, preparan á los nuestros
pérfido ataque. Allí planicie extensa,
circundada de cerros, existía,
y de una selva, asilo de alimañas.
En tal llanura solamente quedan
algunos hombres con algunas greyes.
Reliquias del ejército se ocultan
en denso matorral. Como un arroyo
por lluvias de los cielos engrosado,
ó por la nieve derretida, corre
de céfiros süaves al impulso
á través de caminos y campiñas,
sin que, cual antes, sus opresas ondas
encuentren en sus márgenes un dique,
así los *Fabios* corren todo el valle
y asuelan á su empuje cuanto encuentran.
¡Cuán sin temor y sin sospechas vagan!
¿A dónde vas, familia generosa?
No corras á entregarte de ese modo
á merced de tus fieros enemigos.
¡Oh! ¡Guarda que en astucias de la guerra
tu noble sencillez ¡ay! no te arroje!
Triunfó el ardid del ánimo valiente.
Por todas partes surgen los de *Veyos*,
el llano inundan y el retiro cortan.
¿Qué podrá hacer contra la inmensa turba
aquel mezquino golpe de esforzados?
¿Á qué medio acudir en tal apuro?
Cual vese al jabalí, lanzado lejos
de bosques laurentinos, revolverse
más rápido que el rayo, y furibundo
á canes frente hacer á colmilladas

y despedir la vida en fiera lucha,
 así los *Fabios* vénganse muriendo
 y herida por herida les devuelven,
 ¡Marchar á combatir un solo día
 los vió, pero también un día solo
 los vió lanzar, luchando, el bravo aliento!
 Parece, sin embargo, que los dioses
 cuidaron de que aquella hercúlea estirpe
 no concluyera para siempre. En *Roma*
 un niño, á luchas incapaz, quedara,
 postrer pimpollo de esta ilustre cepa,
 y tú de ella surgir, *Máximo*, habías,
 á fin de un tiempo defender á *Roma*,
 con tu valor y lentitud prudentes.

El *Cuervo*, la *Serpiente* con la *Copa*,
 que los separa, son constelaciones
 continuas: en los *Idus* escondidas,
 en la siguiente noche se presentan.
 Pero ¿por qué razón próximas fulgen?
 Te lo voy á decir en breves frases.

Una solemne fiesta al sumo *Jove*
 iba *Febo* á ofrecer. «Tú, que eres mío,
 al *Cuervo* dice, vuela, vuela al punto
 agua pura á tomar en pura fuente,
 y nada nos demore el sacrificio.»
 El *Cuervo* toma en sus recurvas garras
 un caliz de oro y el espacio hiende.
 Nota al volar, en higos no maduros
 fértil higuera que codicia ansioso;
 los pica, mas los frutos se resisten.
 Las órdenes de *Apolo* despreciando,
 en una rama espera á que maduren
 los higos sazonados por el tiempo.
 Sáciase entonces y tomando al punto
 larga serpiente con sus negras uñas,
 revuela á su señor, y así le dice:

«Esta la causa fué de mi demora:
 guardián de fuentes vivas, me ha vedado
 á ellas acercarme, óbice siendo
 á ejecutar tus órdenes premiosas».
 «¡Á tu delito la impostura añades,
 exclama *Apolo*, y á mentir te atreves
 al mismo dios, que oráculos pronuncia!
 En tanto que los higos, concluyendo
 sus jugos de enmelar, cuelguen del árbol,
 no podrás abrevarte en frescas ondas
 de ningún manantial», dice, y al punto
 constantes testimonios de este caso,
 se ven del éter en la misma parte
 fulgir el *Cuervo*, la *Serpiente* y *Copa*.

En la tercera aurora que despunta,
 pasados ya los *Idus*, se descubre
 á los *Lupercos* divagar desnudos;
 que así celebran á su dios bicorne.
 ¡Oh, musas! (11) referidnos el origen
 de culto tal, y de qué zona ha sido
 á la región latina trasladado.
 De *Arcadia* las vetustas poblaciones
 adoraban á *Pan* (12), dios de las greyes,
 y sus altares hállanse á menudo
 en las montañas. Tal lo testifican
Foloe con la cumbre del *Nonacris*,
 de selváticos pinos coronada,
 el *Cileno*, elevado con las nieves
 de cimas *Parrasianas* y las ondas
 del lago de *Estinfalia* y las que impulsa
Ladón al mar con ímpetu sonante.
 Por ser el protector de los rebaños,
 numen de potras y guardián de ovejas,
 dones de gratitud se le ofrecían;
 tales silvestres númenes *Evandro*,
 al á *Italia* venir, trajo consigo.
 En aquellas edades sólo había

ese solar, donde hoy se encumbra *Roma Pan*, desde entonces, es para el romano también un numen y el flamín *Dialis* sus cultos hoy celebra todavía, según vetustos ritos, que á nosotros nos fueron transmitidos por *Pelasgos*. Pero, ¿por qué preguntas esa usanza de correr, y por qué tan sólo corren después de despojarse de la veste? Porque se place el dios en ir vagando con ágil planta, por la yerta cumbre de montes escarpados y la alarma cundir entre las fieras de los bosques. Hallándose el desnudo, á sus ministros nudos quiere también, porque la veste á la carrera obstáculo sería. Los árcades moraban en la tierra, según la tradición, *Jove non nato*. Era la raza aquélla más antigua que el globo de la luna. Semejante su vida á la de fieras, ignoraba toda cultura; muchedumbre torpe é imbecil, que los árboles tenía por casas, y las hierbas de los campos por alimento, sin haber más goces que el agua con sus manos recogida. Ningún toro mugiente jadeaba bajo la adunca reja del arado; ni tampoco al terruño sin cultivo el labrador su férula imponía; el uso del caballo se ignoraba, pues cada cual portábase á sí mismo; triscaba á su talante, revestida de copioso vellón, la dulce oveja: andando á la intemperie, los mortales endureábanse; nudos los sus cuerpos, á la intemperie estaban avezados y á tolerar la furia de los *Notos*.

La desnudez, por ende, de *Lupercos*,
 al memorarnos usos de mayores,
 también acusa su indigencia rica.
 Mas ¿por qué *Fauno*, en especial, arroja
 todo vestido? Tradición augusta,
 contéstanos, renunciando los placeres
 y sencillez de prístinas edades.

El joven héroe de *Tirinto*, un día,
 á su señora y reina acompañaba:
 desde la cumbre de un erguido cerro.
Fauno los descubrió, y en el instante
 de amor escandeciendo: «Adiós, exclama,
 ¡oh ninfas de estos montes! esa, esa
 ha de ser el imán de mis ardores».
 La bella de *Meonia* caminaba
 la bien oliente cabellera ondeante
 sobre el ebúrneo cuello: broche de oro
 brillador en su seno: áurea sombrilla,
 que sustentaba de Hércules la mano,
 libra la faz bellísima de *Omphale*
 de los rayos del sol abrasadores.
 Llegan al *Tmolo*, henchido de viñedos,
 bosques de *Baco*, al punto que ya uncía
Héspero acuoso sus corceles fuscos.
 Acógense á una gruta, cuyo techo
 era de toba y viva piedra pómez,
 y á cuya entrada murmurante arroyo
 corría. Mientras tanto que preparan
 los siervos los manjares y los vinos,
Omphale intenta revestir á *Alcides*
 con sus propios vestidos, y le entrega
 la delicada túnica, teñida
 en múrice africano, y el que oprime
 süave ceñidor á su cintura,
 mas no le puede circuir el cuerpo:
 el lazo de su túnica ya ha roto
 por paso abrir á sus ingentes puños,

y el ancho pie se encuentra prisionero en un grácil chapín. *Omphale* empuña la ponderosa clava y el despojo del león y los dardos más ligeros que de *Hércules* la aljaba contenía. Con tal disfraz se sientan á la mesa, y en pos á dulce sueño se abandonan, en lechos separados, más contiguos. ¿Porqué razón? Porque en la luz siguiente tenían que ofrecer, á la del alba, un sacrificio al inventor del mosto, y por este motivo immaculados debíanse encontrar los dos amantes. Era ya media noche: ¿qué no intenta en su delirio amor? Entre las sombras el *Fauno* se encamina hacia la gruta, y al ver á los esclavos sumergidos en torpe ebriosidad y sueño, espera hallar en tal sopor á sus señores. Entra adúltero audaz y se dirige á varias partes; su prudente dedo precédele y callado palpa todo. Llega afanoso al lecho, los tapices con ansia ya tocó; todo le ofrece sonreír hasta entonces á sus planes; pero su mano encuentra el pelo hirsuto del monstruo de *Nemea*: inmóvil, tiembla y con terror atrás vuelve la planta, cual viajero al tósigo del áspid. Tienta en el lecho próximo suaves estofas delicadas, que le burlan por su apariencia: sube y se acomoda hacia la cabecera: la duricie y rigidez del cuerno fueran leves emblemas de sus lúbricos ataques. Comienza á levantar poquito á poco la túnica; las piernas, que recubre, velludas son y encuéntranse erizadas

de hispido vellón. Aún más intenta avanzar, pero el héroe de *Tirinto* un codazo le da que, desde el lecho, le hace con gran rumor rodar por tierra. «¡Luz, luz!» *Omphale* grita á sus esclavas, que tal escena en el instante alumbran. El numen, magullado por completo á tan feroz caída, gime y logra con gran dificultad del suelo duro alzarse muy maltrecho. *Alcides* y otros á espectáculo tal se regodean, y del mísero *Fauno* hacen chacota. La de *Lidia* también ríe y se burla. Por caso tan fatal el numen *Fauno* no permite los pérfidos vestidos, ocasión de su error; por ende anhela que todo el que á sus aras se aproxime vaya desnudo.

Añade: «¡Oh, musa mía! á tales tradiciones extranjeras, otra tomada del país latino; y en este curso mi corcel brioso vuela sin riendas ya, porque á sus cascos la tierra ha solidez.»

Se daba culto al cornípede *Fauno*, y una cabra, según costumbre, habiéndose inmolado, vinieron todos á tomar su parte en tan frugal y rústico banquete. Mientras, para comer, los sacerdotes arreglan las entrañas de las hostias, sirviendo de asador ramas de sauce.

Rómulo y *Remo* y jóvenes pastores, desnudos, por el campo discurrían, del sol en el cenit al vivo rayo.

Eran, por vigorarse, sus placeres
combatir con el cesto, y á distancia
dardear ó despedir grandes pedruscos:
de súbito, un pastor desde una cumbre
«¡Ladrones! grita: *Rómulo*, tus bueyes
te roban: corre, sálvalos; los llevan
de campos á través.» Mas, para armarse
no había tiempo; rápidos se arrojan
los dos hermanos por diversas vías;
recobra *Remo* los raptados toros.
Regresa; arranca las ardientes carnes
del asador, y de esta guisa exclama:
«Tan sólo el vencedor ha de comerlas».
Y dicho y hecho; imítanle los *Fabios*;
Rómulo llega, pero ya era tarde;
y al hallar solamente huesos mondos
y mesas levantadas, se sonríe,
no sin sentir que *Remo* y *Fabios* fuesen
más felices que son sus *Quintilianos* (13).
De tal suceso existen todavía
vestigios ciertos: el correr desnudos
consagra la memoria del provecho
que *Remo* consiguió. Tal vez preguntes
por qué se llama *Lupercal* el día,
y el sitio en que celébranse las honras.
Dos gemelos de célica prosapia
había dado á luz la vestal *Ilia*,
rigiendo un tío suyo, quien ordena
cogerlos y ahogarlos en el río.
¡Imbécil! ¿Tú no sabes que uno de ellos
ha de *Rómulo* ser? Con gran disgusto
los ministros del rey tan fiera orden
dispónense á cumplir: derraman llanto,
pero conducen á los dos gemelos
al lugar designado. Ya engrosaran
las lluvias invernales el *Albula*,
que el nombre mereció de río *Tiber*,
por haberse ahogado en él *Tiberio*.

En el sitio que ocupan nuestros *Foros*,
y en el valle, solar del *Circo Máximo*,
veíanse correr gráciles barcas:
estando en tal lugar y no pudiendo
ir más avante, así prorrumpe el uno:
«¡Oh! ¡Cómo se asemejan estos niños!
¡Y qué hermosos los dos! No obstante, aqueste
revela, al parecer, mayor aliento.
¡Oh! si la cuna argúyese en el rostro,
si no miente su faz, descubro en ella
vestigios de celeste genitura;
pero si vuestro padre fuera un numen,
vendría, en este crítico momento,
á socorremos: vuestra madre misma
también os amparara, si no hubiese
necesidad ¡la mísera! de amparo.
Ella, ¡huérfana y madre en solo un día!
Unidos al nacer, morid unidos,
y unidos, que las ondas os sepulten!»
dice, y la carga deposita al punto.
Después, y cuando todos ya se alejan,
macerada la faz en triste llanto,
los niños, cual si viesen el aprieto,
despiden á la par flébiles ayes.
La cesta que los porta, navecilla
muy débil á fortuna tan ilustre
á ella confiada, flota al punto
sobre las aguas; luego, tropezando
en espesos arbustos, se detiene
en el légamo, en donde, al retirarse,
el río la depuso. Allí se alzaba
un árbol del que aún nos quedan restos,
y lo que higuera *Ruminal* llamamos
un tiempo fué de *Rómulo* la higuera.
Casualidad maravillosa guía
hacia los dos expósitos á loba
que diera á luz. Mas ¿crédito merece?...
No daña aquella loba á los gemelos:

¿qué digo les dañar? les da la vida.
¡Oh! ¡Los que á muerte fueron condenados
por su familia, habrán de ser nutridos
por una loba! Párase la fiera,
y á aquellos dos alumnos ternezuelos
halaga con la cola y muchas veces
con dulce afán lamió, como si suyos.
Hijos de Marte son, ¿pavor habrían?...
Chupan la ubre de la fiera y se hartan
de leche para ellos no dispuesta.
Tamaño beneficio de la loba
espléndido laurel aún obtiene
con recuerdo glorioso: da su nombre
al precitado sitio, y éste el suyo
á los mismos *Lupercos*, aunque pueda
venir también de un monte de la *Arcadia*.
El *Lyceo* también cuenta en la *Arcadia*
templos al numen *Fauno* consagrados.

V. S. C.

(Continuará.)

LOS VISIGODOS EN ESPAÑA⁽¹⁾

XII

Últimos momentos de la monarquía visigoda. Rodrigo, según la historia (2).

Consérvanse, entre fábulas y leyendas, datos preciosos acerca de la última época de la monarquía visigoda, y en particular de la historia de Rodrigo, de Julián y de los hijos de Witiza. El egipcio Abderrahman ben Abdelháquen, que murió en el año de 871, dejó escrita una historia de la conquista de África y España por los sarracenos, en la cual refiere con toda clase de detalles las fábulas del palacio encantado de Toledo y los amores del último monarca de los godos con la hija del conde Julián, y que tan brillantemente trasladó á su *Historia de España* el P. Juan de Mariana. Ahmed Arrazí, el cronista, fallecido hacia el año de 936, escribió varias obras de historia y topografía de España, y un hijo de aquél, de nombre Isa, conocido entre nosotros por *el moro Rasis*, no solamente retocó la obra de *Historia de España* de su padre, sino que la adicionó allá por el año 976 con la novela de Rodrigo y la Cava del egipcio Abdelháquem, presentándola con nuevos episodios y más bello colorido. El cordobés Aben Alcotiyya, que murió en el año 977, tampoco

(1) Véase la pág. 599 del tomo anterior.

(2) En este capítulo las fuentes son: D. Aureliano Fernández-Guerra, *D. Rodrigo y la Cava*, Madrid 1877. — D. Francisco Fernández y González, *Los reyes Acosta y Elier* (Agila II), de la *Crónica del moro Rasis* en la *España Moderna* del 30 de Noviembre de 1889. — D. Eduardo Saavedra, *Estudio sobre la invasión de los árabes en España*, Madrid, 1982. — D. Francisco Codera, *Revista de Aragón* del mes de Marzo de 1902.

despreció el relato en su *Historia de España*; y lo mismo hizo Aben Adzari, de Marruecos, en su *Historia de África y España*, escrita hacia los años de 980. El autor anónimo de la *Colección de tradiciones*, veinte años después, contó la leyenda como verdadera historia, y el berberisco Almacari, en su *Historia y literatura españolas*, impresa en 1634, con no vulgar erudición, narró dichos sucesos, divulgados después bajo la palabra del estudioso historiador.

Los cronicones latino-hispanos nada dicen del novelesco relato hasta los últimos años del siglo XI, en que el monje de Silos lo aceptó; y bajo la palabra del curioso cronista, lo admitieron y dieron cabida en sus obras, en 1243, D. Rodrigo Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo, después Alfonso X el Sabio (1221-1224), y por último, el P. Juan de Mariana (1536-1623). Entre tanto, en los comienzos del siglo XV, Pedro del Corral hizo populares cuentos en su caballeresca *Crónica del Rey D. Rodrigo, con la destrucción de España*, el *Romancero* añadió nuevos primores á la conseja, y Fray Luis de León, en inmortales versos, cantó el amor de Rodrigo y la deshonra de Florinda.

Ya se ha dicho que, muerto Witiza y después de largo interregno, fué elegido Rodrigo, dejando aquél tres hijos: Rómulo (1) ó Achila, Olmundo y Ardabasto (2); y un hermano llamado Oppas. Sisberto, que algunos hacen hermano ó hijo de Witiza, debe ser, según otros escritores árabes, el mismo Ardabasto. «Olmundo, escribe el Sr. Fernández y González, falleció poco después de la invasión de los árabes, dejando dos hijos y una hija, todos insignes y célebres en las historias arábicas; el segundo y el tercero figuran largo tiempo en las historias de los gualíes y en los primeros tiempos de la monarquía Omeya, como poderosos príncipes y señores de vasallos, que poseían feudos de más de cien pueblos cada uno... Cabe desde luego presumir que, al ser elegido Rodrigo, otorgó á cada uno de los tres hijos de Witiza, como indemnización de la soberanía de que les pri-

(1) Así le llama Dozy. Cherbonneau le da el nombre de Romilo.

(2) También se le designa por Artabas y Artavasdes.

vaba, el feudo de varios pueblos y ciudades; lo cual explica que reclamase sus contingentes para resistir á los árabes, y que ellos acudiesen personalmente á la pelea, según afirma Aben-Alcutiyya, *porque ya sabían montar á caballo....*» Por su parte asegura el arzobispo D. Rodrigo que Teodofredo, hijo de Recesvinto, fué desterrado á Córdoba, donde edificó magnífico palacio, casando con Recilo, de estirpe real, y en ella tuvo á Rodrigo (1).

Julián, conde ó gobernador de Ceuta, al lado allá del Estrecho, en la Mauritania Tingitana, de cuya provincia era duque Recila, llamado el *rumí* por los escritores árabes, pertenecía á la raza griega, ó tal vez era antiguo persa que, á la caída de este imperio, se puso al lado de los bizantinos (2).

Muza subyugó á Tánger en el año 707, cayendo del mismo modo bajo su poder uno á uno los condados (3), á excepción de Ceuta, la cual se defendía valerosamente con los hombres y víveres que sin cesar llegaban de España (4). Cansado de resistencia tan larga, y habiendo muerto su protector Witiza, ajustó un tratado favorable para él, su familia y amigos, con Táric, lugarteniente de Muza (5). Poniendo manos á la obra, el llamado conde Julián, en el otoño de 709, atravesó el Estrecho y recorrió los campos de Algeciras, regresando luego al mar con muchos cautivos y ricas presas (6). Otra expedición, encomendada ahora á Tarif Abu Zara, cayó sobre la que por ello se denominó Tarifa, volviendo á

(1) III, 12, 18.

(2) El Sr. Fernández-Guerra cree que debía pertenecer á la raza visigoda, citando en su apoyo que el Pacense le llama *nobilísimo*, lo cual equivale á visigodo, y también que la raza vencedora, como se ha visto en los tres hijos de Witiza, usaba nombres germánicos, romanos y griegos. El Sr. Codera dice que el llamado *conde D. Julian* se llamaba *Urbán* ú *Olbán* y era un personaje *bereber* de la tribu de los Gomeras. El primer autor que le dió el nombre de Julián fué el monje de Silos, á fines del siglo XI.

(3) Aben Abdelháquem.—Arzobispo D. Rodrigo, III, 17.—Almaccari, I, 156.

(4) Ajbar machmúa, 18.—Almaccari, 157.

(5) Almaccari, I, 158.

(6) Ibidem.

Ceuta con cuantioso botín (1). Por este tiempo Rómulo ó Achila y sus partidarios pidieron apoyo á Julián (2). El traidor conde recomendó el asunto á Táric, y éste los envió á Muza, que se hallaba en Caironán. Ajustado el tratado, el conde Julián y Táric, á la cabeza de doce mil árabes y africanos, arribaron á España un martes 28 de Abril de 711 (3). Á la sazón se hallaba Rodrigo sitiando á Pamplona y á los vascones. Contra Táric y Julián, ya fortalecidos en Gibraltar, mandó Rodrigo á su sobrino Sancho (4), que murió en la contienda. El rey abandonó, ante el mayor peligro, la guerra que por el Norte le hacían los francos, encaminándose á Andalucía. En Córdoba se le agregó un cuerpo de ejército, un tanto indisciplinado, que mandaba Sisberto (5). Llegó Rodrigo á Medinasidonia y plantó sus reales en la llanura del *Barbate* (6), cerca de la actual aldea de Casas Viejas. Táric y Julián le salieron al encuentro, apoyando parte de su ejército en el lago. La batalla duró desde el domingo 19 al 26 de Julio de 711, y en ello están conformes

(1) Arib ben Sad.—Ajbar machmúa, 20.—D. Rodrigo, III, 19. Al-maccari, I, 159.

(2) El Albendense, 46, 77.—Alfonso III, 7.

(3) Al-maccari, I, 160.

(4) D. Eduardo Saavedra dice que su nombre debió de ser Bencio. Aben Adarí le llama Bancho; D. Rodrigo, Éneco; la Crónica General, Íñigo, y el moro Rasis, Sancho.

(5) Este Sisberto ¿era el hijo ó hermano de Witiza? En el primer caso no debe olvidarse que, según la mayor parte de los escritores, eran los hijos de aquél menores de edad y estaban emigrados.

(6) Entre Medinasidonia y la villa de Vejer de la Frontera se encuentra la laguna de la Janda, que recibe las aguas del Barbate. Dos alturas que desvían el Barbate hacia Oriente y dos torres del litoral inmediato «retienen el nombre de una antigua población perdida, llamada por los árabes Beca, y á causa de ellas apellidaron Río de Beca ó Guadabeca, unos, como Edrisí, al modesto Conilete, y otros, como Aben Alcotiyya, al mismo Barbate. Escritores más modernos, de los cuales copiaron Aben Ayarí y Al-maccari, cometieron la pequeña incorrección de escribir Leca ó Guadaleca, y de ellos procedió que el Arzobispo D. Rodrigo dijera Guadalete, confundiera á Asidonia con Jerez, y diera principio y base al error legendario de la batalla de Guadalete.»—o. c., págs. 68 y 69.

todos los historiadores árabes. Nadie pone en duda que Oppas, arzobispo de Sevilla y hermano de Witiza, se encontraba entre los de Rodrigo, como también es cosa admitida y corriente que, amparado de su sagrado ministerio y so color de emplearlo en beneficio de la paz, se dirigió al campo enemigo, concertando con Julián la defección de Sisberto, que mandaba el ala derecha del ejército cristiano (1). La traición de Sisberto con los suyos decidió el combate; pero no sin luchar todavía el valeroso Rodrigo, quien mandó atacar principalmente á los tráfugas, muriendo en la encarnizada lucha el mismo Sisberto. Táric, al frente de sus negros, decidió la batalla, huyendo los visigodos en desordenada fuga por las alturas de la cuenca del Barbate (2).

¿Cuál fué la suerte de Rodrigo? Dicen unos que Táric envió, como trofeo de la victoria, la cabeza del último rey visigodo á Tánger, donde residía Muza; aseguran otros que el monarca pereció ahogado en la laguna de Janda y que bastante tiempo después se encontraron en el cieno del fondo su dorado calzado y los huesos de su caballo Orelia, y, por último, también se cree que huyó á las montañas, donde le comieron bestias feroces. D. Eduardo Saavedra opina, después de detenido estudio de las fuentes árabes, que Rodrigo pudo salvarse de la batalla del Barbate, muriendo luego en la de *Segoyuela de los Cornejos*, cerca de Tamames, á manos de Meruán, hijo de Muza. «Salvaron los godos piadosamente el cuerpo de su infeliz monarca, añade Saavedra, trasponiendo las cumbres de la inmediata sierra Estrella, y andando el tiempo, el rey D. Alfonso el Magno halló en Viseo la lápida de su sepulcro, que decía: *Hic requiescit Rudericus rex gothorum* (3). Nada hay en tan sencilla inscripción que arguya invención ni amaño; pero la manía amplificadora hizo añadir el calificativo *ultimus* en el interpolado códice de la crónica que se guardaba en Roda, y dado el mal ejemplo, siguió y creció hasta el largo cartel de ignominia que se complace

(1) Saavedra, o. c., págs. 72 y 73.

(2) Fatho l-andaluci, págs. 5-7. Citado por Saavedra.

(3) *Chronicon* de Sebastián de Salamanca, núm VII

en estampar el prelado toledano (1). Un escritor portugués dice que el sepulcro estaba en San Miguel del Fetal, extramuros de la misma ciudad de Viseo, por los años de 1709 (2); pero nada refiere de la lápida, que sin duda había ya parecido (3).

Extendiéronse los vencedores por nuestro territorio, merced al apoyo que les prestaron los hijos de Israel. Muza, celoso de las victorias de Táric y Julián, vino á España con numerosas tropas de refresco, y aconsejado de éste último (4), ganó la principales ciudades de España. Luego, cuando Muza fué llamado por el califa de Damasco para que die-
ra cuenta de su administración, Julián acompañó al emir. Nada más se sabe del antiguo gobernador de Ceuta.

Acerca de la nota de traidores que pesa sobre los hijos y hermanos de Witiza, diremos: ¿Fué menos traidor Rodrigo, que arrojó del trono á Witiza? ¿Fueron menos traidores, como escribe el Sr. Pérez Pujol, Sisenando, que usurpó la corona con ayuda de los francos, y Atanagildo, que para quitársela á Agila cedió una parte de España á los imperiales? ¿Fueron más leales los asesinos de Liuva II, de Agila, de Teudiselo, de Teudis, de Teodorico, de Turismundo y del mismo Ataulfo? ¿No traían ya fama de pérfidos los godos del tiempo de Salviano? (5).

Además, téngase en cuenta la inmoralidad de los reyes, la ambición y el relajamiento del clero, la disciplina militar des-

(1) *De reb. Hisp.*, I, III, c. 20.

(2) Carvalho da Costa, *Chorographia portugueza*, t. II, p. 178.

(3) O. c., p. 102.

(4) Almacari, I, 164.

(5) *Estudios históricos de la España goda*, p. 55. «Achila, el Rómulo de Abén Alcotiyya, se quedó en Toledo, donde pensara reinar, y de él procedió Álvaro, padre de Hafs, cadí ó juez de los extranjeros; Artavasdes se fijó en Córdoba con gran fama de penetración política y oriental generosidad, trasmitiendo á su descendiente Abu Said el título y autoridad de conde; y Olmundo residió en Sevilla, dejando tres hijos: Sara, tan considerada por el califa Hixem como por Abde-
rrahmán I de España, y dos varones, uno muerto en los dominios cristianos del Norte, y otro que mereció ocupar la sede hispalense.»—Saavedra, o. c., p. 105

baratada, la enemistad de los godos con los ibero-romanos y de los ibero-romanos con los godos, la corrupción del pueblo, la miseria y las livianas costumbres de todas las clases de la sociedad. ¿Podían resistir los godos el empuje de los aguerridos agarenos? La monarquía visigoda, fundada por la espada, se hallaba sin virilidad ni fuerza, y aquel pueblo, criado en la vida errante de las selvas, había caído en la afeminación y la molicie, buscando remedio en el suicidio á sus penas y dolores (1). Enfrente de un pueblo viejo, fraccionado y débil, se hallaba otro joven, unido y vigoroso. Enfrente de unos hombres descreídos y sin fe, otros que esperaban placeres sin cuento en el paraíso. Por último, los judíos, vejados y oprimidos, y sobre los cuales pesaban los terribles cánones de los Concilios, buscaban ocasión, como ya lo intentaron más de una vez, para vengarse de sus tiranos.

XIII

Organización social.—Clases de la población visigoda.—Prerrogativas de la Corona.—La Iglesia y los Concilios.—El Fuero Juzgo.—Las Letras.—Las Bellas Artes.—Vestidos y adornos.—Usos y costumbres (2).

Organización social.—Los visigodos, cuando se apoderaron de España, se hicieron dueños de dos terceras partes de las tierras del propietario, quedando para éste la otra parte. El reparto no se hizo tan pacíficamente como entre los ostrogodos, observándose que algunos visigodos despojaron por completo al antiguo propietario, al paso que muchos de és-

(1) En el canon XVI del primer Concilio Bracarense (661) los Padres negaron sepultura religiosa y toda clase de sufragios á los que atentaban contra su vida «aut per ferrum, aut per venenum, aut per præcipitium, aut per suspendium, vel qualibet modo.»

(2) Las fuentes de este capítulo son: Dahn, *Historia primitiva de los pueblos germanos y romanos*.—Pérez Pujol, *Estudios históricos sobre la España goda*.—D. Vicente de la Fuente, *Historia eclesiástica de España*, t. II.—D. Modesto Lafuente, *Historia general de España*, t. II.

tos, para eludir la partición, simularon ventas y otros engaños semejantes. Los pastos y bosques no solían dividirse; pero si el propietario antiguo mandaba 100 bueyes ó 100 cerdos, el visigodo podía mandar 300. Las cuestiones que ocurrían por motivo de la división eran resueltas por el juez, asesorado de vecinos de respetabilidad y juramentados. Siempre fueron tirantes las relaciones entre los ibero-romanos y los visigodos; si aquéllos consideraban á éstos como bárbaros, los últimos despreciaban á los primeros y les miraban como vencidos. Después de la conversión de los godos al catolicismo en el Concilio III de Toledo, terminó la enemiga entre los dos pueblos, esto es, los visigodos se romanizaron en parte, y los ibero-romanos adquirieron costumbres de los vencedores. Decimos que en parte, probándolo así la prohibición de celebrar matrimonios entre unos y otros, hasta que Receswinto quitó dicha traba. Infringióse á veces aquella ley ante la exigencia de intereses superiores, como, por ejemplo: Ataulfo casó con Gala Placidia y Teudis con una rica heredera española. Además, siempre subsistió la ley de que, para ocupar el trono, era requisito indispensable ser visigodo; el pretendiente Paulo, aunque fué apoyado por muchos visigodos, no logró triunfar.

Clases de la población visigoda.—1.º La dignidad *real* era electiva, y á ella podían optar unos cien nobles, esto es, diez duques, que dirigían las provincias de Tarragona, Cartagena, Sevilla y más tarde Toledo, Córdoba, Mérida, Tuy, Braga (Portugal), Tánger (África) y Narbona (Galia), y unos noventa condes que estaban al frente de ciudades cabeza de distrito. Seis reyes, deseosos de convertir la monarquía electiva en hereditaria, compartieron el trono con algunos de sus hijos, confiándoles el gobierno de una provincia. El rey era el primero entre los nobles, y su persona, á diferencia de todos los demás funcionarios, sagrada é inviolable, y su poder ilimitado y absoluto. El Consejo real se designaba con el nombre de *officium palatinum*.

2.º La *nobleza* era tal por su influencia y riqueza. Designábase á los nobles con los siguientes nombres: *primates*, *primores*, *summates*, *honestiores*, *major majores* y *loci perso-*

na, añadiendo á veces la palabra *palatii*. Dentro de palacio formaban una especie de Senado los *potenciores* y *senioris palatii*. Los empleados del Estado se llamaban *senatores civitatum*. La clase superior de los *palatini* formaba la de los *gardingos* ó guardia del rey. El caudal de los *primates palatii* se podía calcular en unos 60 hasta 80.000 sueldos. Esta nobleza, orgullosa y altanera, se burlaba de los jueces y atropellaba á los inferiores. Además de esta nobleza, que era hereditaria y patrimonio de ciertas familias privilegiadas, había otra que se fundaba en la riqueza ó se adquiría por el desempeño de elevados cargos.

3.º Perteneían á la *clase libre* los hijos legítimos de la misma clase; pero al pobre aldeano, aunque libre, se le miraba como *siervo de la gleba*.

4.º El *liberto* lo era por anuncio del obispo en la iglesia, por declaración delante del rey, por disposición testamentaria ó por manumisión.

5.º El *siervo* ó *esclavo* era el hijo de padre ó madre esclava, el prisionero de guerra, el liberto á quien su antiguo señor revocaba la carta de manumisión, el insolvente por deudas y el que renunciaba su libertad.

Prerrogativas de la Corona.—I. El *ejército*. Todos los hombres libres tenían la obligación de tomar las armas, y el jefe del ejército era el rey. *Decurión, centurión, quingentenario, milenario, vicario, conde y duque* eran los jueces de sus respectivos grupos, lo mismo en la guerra que en la paz; pero subordinados unos á otros. En las poblaciones importantes y en los castillos había guarniciones y almacenes con provisiones de guerra y boca. Entre los visigodos, los ibero-romanos, si hasta el año 506 formaban cuerpos separados, luego se mezclaron con la raza vencedora. Las tropas no recibían paga, sino provisiones de boca.

II. La *justicia* estaba representada por el rey, y era administrada por jueces que él nombraba. Regíanse los visigodos por el Código de Eurico y los ibero-romanos por el Breviario de Alarico II; pero desde Chindasvinto y Recesvinto rigió un mismo Código para vencedores y vencidos. El juez (*judex*) era el representante del conde ó gobernador

de la ciudad, y bajo las órdenes de aquél había *vicarios*, encargados de determinados distritos. Sobre los condes estaba el duque, capitán general y gobernador de la provincia. Como el rey era protector de débiles y desamparados, y algunas veces en contra de la nobleza y del clero, el Concilio XIII de Toledo hizo firmar al débil Ervigio el canon segundo, ya citado.

III. El poder *legislativo* se ejercía por el rey; pero con el asentimiento y concurso de los grandes.

IV. *Administración civil*.—Existían leyes sobre orden público, ejercicio de la medicina, cría de abejas y de cerdos, conservación de montes, aprovechamiento de aguas, vías de comunicación, postas para los empleados del gobierno y del municipio, beneficencia para pobres y desválidos, etc. Sobre el ramo de minería casi guardan silencio las leyes visigodas.

V. *Organización administrativa*.—El rey nombraba, casi en general, todos los empleados y pagaba sus sueldos. Generalmente el dux pertenecía á la raza visigoda y el conde á la ibero-romana. Tenía éste, para la distribución de la justicia, uno ó más jueces. Había otros condes; pero eran títulos palaciegos, como conde del patrimonio, conde de las caballerizas, etc. Los jueces tenían *vicarios* ó delegados para los varios distritos de la ciudad, y también se daba aquel título á delegados de otras autoridades. Llamábase *sayones* á los que ejecutaban las sentencias del juez, y *tabelliores* á los escribientes. En las ciudades el Senado se formaba de los vecinos más ilustres ú *honorati*, y la curia de los regidores ó curiales: los primeros hacían, á su costa, las obras de utilidad pública y embellecimiento; los segundos se encargaban de la cobranza de las contribuciones. Los *tabularios* eran empleados del fisco, ya del rey, ya de los municipios. Con respecto á los *quinqueviro*s, *duumviro*s y *decemviro*s, debieron desaparecer después del año 506.

VI. La *Hacienda*.—Ya se ha dicho que en el Concilio VIII de Toledo se hizo la separación del Tesoro público y del particular del rey.

Los ingresos consistían en lo siguiente:

- 1.º Productos de los inmuebles heredados por la Corona del fisco romano.
- 2.º Contribución territorial.
- 3.º Capitación que pagaban los colonos.
- 4.º Arrendamientos de portazgos.
- 5.º Contribución comercial.
- 6.º Contribución de los judíos.
- 7.º Multas.
- 8.º Confiscaciones.
- 9.º Contribuciones extraordinarias de guerra.
- 10.º Acuñación de la moneda (I).

La Iglesia y los Concilios.—Poco se sabe de la Iglesia arriana en España. Púedese asegurar que fué un progreso la conversión de los godos al catolicismo, considerando: primero, que el único pueblo que profesaba el arrianismo desde el año 535 era el visigodo; segundo, que el clero católico era mucho más culto que el arriano. El obispo, cuya categoría era igual á la del *dux* y mayor que la del *comes*, tenía extensas propiedades y grandes rentas. Los arzobispados coincidían con las demarcaciones políticas provinciales; el de la Septimania residía en Narbona, el de la Bética en Sevilla, el de la Tarraconense en Tarragona, el de la Lusitania en Mérida, el de Galicia en Braga y después en Lugo y el de la Cartaginense en Toledo. Cada arzobispado estaba dividido en obispados. Los arzobispados eran de igual categoría; pero desde el año 650 comenzó el de Toledo á tener el carácter de primado. Importancia no pequeña tuvieron los monasterios en la monarquía visigoda.

Los Concilios eran asambleas político-religiosas. En ellos el rey y el clero lo eran todo, algo la nobleza y nada el pueblo.

Desde Recaredo, la Iglesia y los reyes se protegían y amparaban mutuamente. Debido á esta reciprocidad de intereses, ambos poderes confundían sus atribuciones y traspasa-

(1) Las ciudades donde se acuñaba moneda fueron: Toletum (Toledo), Corduba (Córdoba), Hispalis (Sevilla), Emerita (Mérida), Tarraco (Tarragona), Cæsar Augusta (Zaragoza), Barcino (Barcelona), Salmantica (Salamanca), Braccara (Braga), Coimbra y otras.

ban sus límites. Los nobles, que aspiraban á subir algún día al trono, halagaban á los obispos, en cuyas manos venía á estar la elección. Por este motivo, al paso que reyes y pueblo deseaban que la corona se hiciese hereditaria, los nobles y el clero, atentos á su influencia y predominio, no querían desprenderse de arma tan poderosa. Ni los reyes, ni los próceres, ni el clero estaban en su lugar, y labraban, sin saberlo, la decadencia y ruina de la monarquía.

Los Códigos de Eurico y de Alarico II. El Fuero Juzgo.— En el Código de Eurico, aunque sus leyes obligaban principalmente á los visigodos, somos de opinión que algunas lo mismo regían para éstos que para los ibero-romanos. El Código de Alarico II, dirigido á la raza ibero-romana, se proponía, como escriben los Sres. Marichalar y Manrique en su *Historia de la Legislacion y Recitaciones del derecho civil de España*, «conceder más libertad á los romanos que la que tenían de los emperadores; dar más vida, participación é influencia á las dos clases ínfimas de ingenuos, absolutamente excluidas de toda prerrogativa social y política por el derecho antiguo; otorgar á la inocencia mayores garantías contra la opresión de la clase senatorial; moralizar la corrompida, innoble y afeminada población romana, y arreglar las creencias á la herejía arriana, ó al menos acostumbrarlos á no considerar como herejes á los godos.» Otro rey legislador fué Liuvigildo, y sus leyes se hallan comprendidas en el Fuero Juzgo con el nombre de *Antiguas*. También ocupa lugar distinguido entre los reyes legisladores Sisenando, á quien se atribuyen las leyes que no tienen la nota de *Antiguas*, ni nombre de rey, sino únicamente epígrafe. Chindasvinto y Recesvinto contribuyeron poderosamente á la formación del Fuero Juzgo, y algo hicieron Wamba, Ervigio y Egica. Debió coleccionarse el Fuero Juzgo, según algunos escritores, en tiempo de Egica; pero somos de opinión que la última recopilación del mencionado Código se hizo después de Pelayo. Cuando Fernando el *Santo* lo dió por fuero á la ciudad de Córdoba, mandó hacer la traducción del latín al español. Hállanse en el mencionado Código cuatro clases de leyes: las hechas sólo por los reyes, ó por los reyes y el

oficio palatino; los cánones de los Concilios; las sacadas de antiguas colecciones visigodas, y, por último, las que fueron tomadas de los Códigos romanos. Si Montesquieu censuró con harta dureza las leyes del Fuero Juzgo, en cambio Gibbon y Guizot, con más criterio é imparcialidad, alabaron el espíritu culto de los visigodos. El Fuero Juzgo comprende doce libros, y éstos se dividen en títulos.

Las letras.—Si entre los visigodos apenas se pueden citar los nombres de los condes Claudio y Bulgarano y de los reyes Chintila, Sisebuto y Chindasvinto, entre los ibero-romanos se hallan San Leandro y San Isidoro de Sevilla, San Fulgencio de Écija, Masona de Mérida, Liciniano de Cartagena, Severo de Málaga, Donato abad servitano, Eutropio de Valencia, Conancio de Palencia, San Braulio y Tajón de Zaragoza, y en Toledo el poeta San Eugenio III y San Julián. Los hombres que educaba la Iglesia, prescindiendo de raza, eran superiores á los seculares, notándose que los godos Juan de Belclara (1) y San Ildefonso se hallaban á la misma altura, en la doctrina y en la corrección de estilo, á los preclaros ingenios de los ibero-romanos. Las noticias que Juan de Belclara, natural de Scallabis, cerca de Santarem (Lusitania), da en su *Crónica* son verdaderas é importantes. Tajón escribió á mediados del siglo VII las *Sentencias*, obra donde se manifiesta profundo saber y talento no escaso. San Julián será digno de eterna fama por su excelente *Historia sobre la campaña de Wamba contra Paulo*; pero el gran maestro de la Edad Media fué San Isidoro, que murió en el año 638, cuya obra, intitulada *Etimologías*, encierra pasmosa erudición. Braulio apellidaba á San Isidoro *Doctor de las Españas*; Ildefonso, *Esbejo de obispos y sacerdotes*, y el Papa Gregorio le honraba con el título de *Segundo Daniel*. «Resumiendo las *Etimologías* cuantos elementos de civilización habían sobrevivido á la ruina del antiguo mundo, y dando al par clara idea del noble empeño que la Iglesia católica había puesto para salvarlos del común naufragio, abrigándolos en su seno, aparece aquella obra prodigiosa como el vínculo que viene á en-

(1) Murió por el año 625.

lazar las antiguas tradiciones de las ciencias y de las letras con las tradiciones de la Edad Media. Colocada, digámoslo así, en los confines de ambas edades, vémosla como el brillante faro de la segunda que, recogiendo el fruto de aquel felicísimo esfuerzo de la inteligencia, procura transmitirlo, cual herencia preciosa, á las generaciones futuras» (1).

Las Bellas Artes.—Queda un monumento arquitectónico digno de estudio y de verdadero mérito artístico: la iglesia de San Juan Bautista, construída por Receswinto en Baños (Palencia), cuyos arcos son de herradura. También en San Román de la Hornija (Valladolid) se guardan preciosos restos de la arquitectura visigoda. «En el soportal de una casa que se levantó en el sitio que estaba el monasterio, dice el Sr. Quadrado, en la sacristía, en la columnita que sostiene el púlpito, además de varias basas, obsérvanse magníficos y elegantes capiteles, muy semejantes á los corintios, con diversas series de hojas y acanaladas fibras, en que todavía no se descubre muy degenerado el arte del Bajo Imperio, al paso que en algunos fustes campean las estrías en espiral, tan aceptas á las construcciones latino-godas» (2). El señor D. Teodosio Torres, arquitecto de la Diputación provincial de Valladolid, visitó en el mes de Junio de 1854 los mencionados monumentos (iglesia y antigua casa), y dice: «Los antiguos restos artísticos que pertenecen á la primitiva fábrica del monasterio, aunque separados completamente de la edificación, son seis capiteles de mármol blanco. Dos de 0,90 metros de lado en el cimacio, unidos por sus collares, forman la actual pila de agua bendita; el de abajo invertido hace de peana, y en el de arriba se ha vaciado la taza, cuyo vaciado, según cuentan, se llevó á cabo por uno de los propietarios del monasterio en la época de la desamortización. El capitel superior es una imitación del corintio de los romanos; la disposición de las hojas, tallos y volutas es la misma, aunque en el conjunto faltan la armonía, gracia y movimien-

(1) Amador de los Ríos, *Historia crítica de la literatura española* tomo I, pág. 364.

(2) *Recuerdos y bellezas de España*, p. 182. Ed. de 1861.

to del original; el inferior es de las mismas dimensiones, y en el adorno del tambor faltan las volutas y tallos de donde arrancan, estando simétricamente revestido por tres filas de hojas de acanto que, como las del primero, son más abultadas que las del modelo, tanto en el picado como en los nervios y penachos de sus extremos. Las dimensiones de dichos capiteles y lo selecto del material son prueba evidente de la importancia de la fábrica. Otros tres capiteles, que vienen á tener próximamente la mitad del tamaño de los dos primeros, sirven de sostén, con fustes también de mármol, á las carreras y zapatas de un pequeño soportal inmediato á la iglesia. Varía la original estructura y decoración de ellos, dejando de ser una imitación de los romanos: sólo uno conserva algún rudimento de las volutas; pero en lugar de estar formados de hojas y tallos, son una especie de cables retorcidos. El sexto capitel es el más pequeño, viniendo á ser, como los primeros, una reproducción del corintio, y el fuste, destinado á sostener el púlpito, lo adornan estriás espirales que cambian de dirección á la mitad de su altura; esta forma de estriás se conservó en la arquitectura cristiana de las monarquías asturiana y leonesa. Estos restos artísticos y arqueológicos son muy escasos, pues en Castilla sólo se conservan los capiteles de las iglesias de Santa Leocadia en Toledo y de San Juan de Baños en la provincia de Palencia. El haberse encontrado únicamente capiteles y fustes de columna indica que la iglesia de San Román debió construirse conforme al tipo de las basílicas de Roma, que á su vez fueron imitación de los templos paganos. Como es sabido, estas construcciones constan de tres naves paralelas, sin crucero, sostenidas por arcadas sobre columnas, las cuales, con los capiteles correspondientes, constituyen la única decoración y el miembro más importante. Los mencionados primeros capiteles, con algunos otros que se han perdido, debieron emplearse en la edificación de una iglesia latina, no teniendo, por tanto, la forma de cruz griega, según opinan reputados escritores, entre otros el docto Morales, el cual ya describió un templo diferente al primitivo. Cuéntase también que este monasterio sobrevivió á la invasión sarracena, pero no

existe en España una sola fábrica de los godos, incluso la iglesia de San Juan de los Baños, ya mencionada, única que pudiera ofrecer alguna duda» (1).

Un arca de piedra encontrada en Hellín (Albacete), y que hoy se admira en la Academia de la Historia, está adornada con figuras del Antiguo y Nuevo Testamento. Allá por el año 1858 se descubrió un cementerio gótico; cerca de la fuente de Guarrazar, camino del inmediato pueblo de Guadamur, á dos leguas al Oeste de Toledo, se encontraron las coronas votivas, de oro y pedrería, ofrecidas por los reyes Suintila y Receswinto, y que al presente se admiran en el Museo de Cluny, en París. Acerca de otra preciosa y rica obra de arte dice el historiador Ben-Hayyan: «La celebrada mesa que Tarik encontró en Toledo, aunque atribuída á Salomón, cuyo nombre lleva, no perteneció jamás á este profeta, pues aseguran los bárbaros que debe su origen á lo siguiente. Reinando sus antiguos reyes, los personajes calificados y ricos tenían por costumbre hacer antes de morir algún donativo á las iglesias. De las sumas recogidas de esta manera hacían los clérigos mesas de plata y oro macizo, siales y tronos en que los prestes, diáconos y sirvientes del templo llevaban los Evangelios en las públicas procesiones, ó con los cuales se adornaban los altares en las grandes festividades. Con tales mandas se fabricó esta mesa en Toledo, y después todos los monarcas fueron aumentando su valor y embelleciéndola, procurando siempre el último exceder á su antecesor en magnificencia, de modo que vino á ser la alhaja más espléndida y costosa que se destinó jamás al referido objeto, y su celebridad fué grande. Era la mesa de oro puro con engaste de perlas, rubíes y esmeraldas: tenía como tres orlas ó coronas de estas mismas piedras, y toda ella estaba además cuajada de joyas tan desmesurables y brillantes, que nunca ojos humanos vieron cosa tal. Siendo Toledo la capital del reino, no había alhaja, por costosa que fuera, que allí no pudiera encontrarse... Cuando los musulimes entraron en la ciudad, se hallaba esta mesa en el altar mayor.»

(1) Véase mi obra *Los pueblos de la provincia da Valladolid*, t. I, páginas 351-353.

La *música* fué mirada con gran estimación por el clero, según puede observarse en el canon 13 del IV Concilio de Toledo; y San Isidoro, en el capítulo VI del libro I *De officiis*, escribe: «In hymnis et psalmis canendis non solum prophetarum, sed etiam ipsius Domini et Apostolorum habemus exemplum... Sunt autem divini hymni; sunt et ingenio humano compositi. Hilarius autem Gallus, episcopus Pictaviensis, eloquentia conspicuus, hymnorum carmine floruit primus. Post quem Ambrosius, Mediolanensis episcopus, vir magnæ gloriæ in Christo et clerissimus doctor in Ecclesia, copiosus in hujusmodi carmine cognoscitur, atque inde ex ejus nomine *ambrosiani* vocantur...» También dice San Isidoro, en el primer libro de los *Orígenes*, tratando de los epitalamios, que eran *himnos cantados por los escolares en honor del esposo y de la esposa* (1). Sabido es que Eugenio III corrigió los cantos religiosos, viciados ya en su tiempo, y de él escribe San Ildefonso en la continuación de *Varones ilustres*: Cantus pessimis usibus vitiatos, melodiæ cognitione, correxit, officiorum omissos ordines, curamque decrevit (2).

Vestidos y adornos.—Ataulfo, en sus bodas con Gala Placidia, vistió la clámide y todos los adornos del traje romano (3). Más adelante, aunque los visigodos conservaron siempre sus gustos, como el traje corto, el uso del color rojo, y en cuanto á su persona nunca se cortaron el cabello, se acomodaron, sin embargo, á las costumbres romanas. San Isidoro dice que los hombres usaban el traje talar (4) y la *trabea purpurata* ó toga de honor (5); y las mujeres el *anaboladium* ó esclavina y el *amiculum* ó amículo (6). Si la vanidad femenil se adornó con toda clase de joyas (7), el orgullo masculino tenía á gala el uso del *cingulum* ó cinturón,

(1) Véase la nota 1 del cap. X.

(2) Cap. XIV.

(3) Aduulphus laena, κλαμιδα, indutus, omnique alio amictu romano.—Olimpiodoro, *Histor. en Phocio*, p. 186. Ed. 1611.

(4) *Etimologiarum* XIX, 24, núm. 4

(5) Ibidem, núm. 8.

(6) Ibidem, cap. 25.

(7) Ibidem, cap. 31.

del *balteus* ó tahalí (1), del anillo y de las *faleras* ó condecoraciones. El traje ordinario de los clérigos no era diferente del de los seculares.

Usos y costumbres.—San Isidoro describe detalladamente la abundancia y esplendidez de los visigodos en las mesas, como también la riqueza de las vajillas, muebles, coches, etc. (2). Eran aficionados á la glotonería y embriaguez, vicios que censuró San Eugenio (3). La avaricia se hallaba arraigada entre los visigodos (4), y de igual suerte la rapacidad y traición, excediendo á todo la barraganía y el juego. Si el teatro decayó, contribuyendo á ello, en gran parte, la oposición de la Iglesia á los espectáculos públicos, pues quedó limitado á diversiones privadas, en cambio, dice San Isidoro que sus coetáneos «se complacen en adiestrarse en las armas, en simular combates, y cuotidianamente se ejercitan en estos juegos» (5). En la *guerra*, no sólo usaron sus armas propias, sino las romanas. Tomaron de los romanos la *flamea*, que en este tiempo era la espada de dos filos, y de los francos la *francisca* (6), mostrando su manejo en la *ballesta* (7). La *marina* estaba adelantada, según pudo notarse cuando Wamba logró señalada victoria en el Estrecho sobre los sarracenos.

Conclusión.—Habiendo bosquejado el cuadro de la situación material y moral de España bajo el dominio de los visigodos, terminamos nuestro trabajo, repitiendo con el autor del discurso que precede al Fuero Juzgo: «Fué una grande época, un período interesante... el que corrió desde el siglo V hasta el VIII...»

J. O. R.

(1) Ibidem, cap. 33. núms. 1 y 2.

(2) Ibidem, lib. XX.

(3) *Opuscularum*, pars prima.

(4) Ibidem, pars altera, 73.

(5) *Recapitulatio Isidori in fothorum laudem*. Esp. Sagr., t. VI, página 506.

(6) S. Isid., *Etimologías*, XVII, c. 6, núms. 3 y 9

(7) Ibidem, XVIII, 10, 2.

ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA Y SOCIOLOGÍA CRIMINAL (1)

Los retratos que hace Cervantes de cada uno de los bribones, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, matones y supuestos estudiantes, devotas de los santos y del vino y mozas entretenidas y de la *casa llana*, que constituían aquella singularísima agrupación no ideal, sino muy efectiva, de la *hampa* sevillana, pueden servir de estudio provechoso, por su perfección, al antropólogo criminalista, tanto al que siga los derroteros de la escuela lombrosiana cuanto al que, con Morel y Fevé, vea en el malhechor un verdadero degenerado. En el de Monipodio—y será el único que ofreceremos como ejemplo—se descubren todas las anormalidades físicas y psíquicas que ambas escuelas asignan á los criminales que no lo son por impulso pasional ó por mera ocasión. «Parecía de edad de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro, y muy espeso. los ojos hundidos; por la abertura de delante descubría un bosque, tanto era el vello que tenía en el pecho; las manos eran cortas y pelosas, los dedos gordos y las uñas hembras y remachadas; las piernas no se le parecían, pero los pies eran descomunales de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo.»

Refiriéndose á los que hoy se conocen en el mundo del crimen y en el caló *hampista* con el nombre de *santeros*, y que son auxiliares y cómplices utilísimos de los ladrones profesionales en sus distintos matices, pero sobre todo de los *espadistas*, *ratoneros*, *dronistas*, *salteadores de caminos*, *secuestradores*, etc., decía Monipodio á sus nuevos y avisados discípulos y súbditos, por haber puesto éstos en duda la utili-

(1) Véase la pág. 729 del tomo anterior.

dad de la cooperación de unos viejos caducos, cargados de rosarios y ciertamente todavía más de maldades, que formaban parte de una asociación tan distinguida, que «en su *germania* y manera de hablar se llamaban *avisperos*, y que servían de andar de día por toda la ciudad, *avisgando* en qué casa se podía dar tiento de noche, y en seguir á los que sacaban dinero de la contratación ó casa de la moneda, para ver dónde lo llevaban y aun dónde lo ponían; y en sabiéndolo, tanteaban la grosura del muro de la tal casa y diseñaban el lugar más conveniente para hacer los *guzpataros* (que son agujeros) para facilitar la entrada; en resolución, dijo que era la gente de más ó de tanto provecho que había en su hermandad, y que en todo aquello que por su industria se hurtaba llevaban el quinto, como S. M. de los tesoros, y que con todo esto eran hombres de mucha verdad, y muy honrados y de buena vida y fama, temerosos de Dios y de su conciencia».

Por último, y á fin de no alargar esta exposición de lo que, según el inmortal autor del *Quijote*, eran los ladrones, nos limitaremos á copiar las palabras con que el repulsivo Monipodio aludía á las prácticas religiosas de la comunidad y á los que consideraba como sus bienhechores. «Tenemos la costumbre de hacer decir cada año ciertas misas por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores, sacando el estipendio para la limosna de quien las dice de alguna parte de lo que se *garbea*, y estas tales misas, así dichas como pagadas, dicen que aprovechan á las tales ánimas por vía de naufragio, y caen debajo de nuestros bienhechores el procurador que nos defiende, el *guro* que nos avisa, el verdugo que nos tiene lástima, el que, cuando alguno de nosotros va huyendo por la calle y detrás le van dando voces al ladrón, al ladrón, deténganle, deténganle, uno se pone en medio y se opone al raudal de los que le siguen, diciendo dejarle al cuitado, que harta mala ventura lleva, allá se lo haya, castíguele su pecado; son también bienhechoras nuestras las socorridas que de su sudor nos socorren, así en la *trena* como en las *guras*, y también lo son nuestros padres y madres que nos echan al mundo, y el escribano que si anda de buena, ni

hay delito que sea culpa ni culpa á quien se dé mucha pena; y por todos estos que he dicho hace todos los años nuestra hermandad su adversario con la mayor popa y soledad que podemos».

Nos hemos detenido acaso más de lo necesario en poner de relieve los caracteres generales distintivos de los *ladrones* y los particulares de varias de sus clases ó especies, porque de ello resultan muy perceptibles, por una parte, lo que hay de común en todas, característico de los malhechores que lo son contra la propiedad, y por otra parte, lo que las diferencia entre sí, de igual modo que la semejanza ó identidad de formación, para lo que concurren casi todos los factores señalados como generadores del delito, de la delincuencia y del delincuente, factores que cooperan más ó menos, según la subclase ó especialidad. Ha sido también nuestro objeto procurar que de esta exposición resalte la diferenciación del verdadero bandido de otros malhechores que á él se aproximan y con los que pudiera confundírsele. De estudio preliminar, pero, á nuestro entender, indispensable, debe, pues, considerarse lo indicado.

CAPÍTULO II

La asociación entre los criminales.—El bandidaje terrestre y marítimo en la antigüedad.—Los robos de ganados antes del siglo XIX.—El bandolerismo en España durante la casa de Austria.

I

Vamos á entrar de lleno en el estudio del malhechor á quien dedicamos este ensayo, pero no sin las referencias oportunas á otros malhechores que se le aproximan.

El ladrón, como hemos visto, es uno de los tipos más descollantes de la criminalidad, y por lo tanto acaso el más temible enemigo que tiene la sociedad dentro de su seno. Las huestes de tal especie de malhechores son numerosísimas, no

habiendo rincón de la tierra donde no cuenten con más ó menos miembros. En las altas capas sociales hay no pocos que bajo distintas formas atentan á la propiedad ajena, entre ellos los que por la especialidad que cultivan, por sus hábitos y maneras, por su aspecto exterior, por los sitios á que concurren, por las personas con quienes alternan, por el medio dentro del cual operan, y por otras circunstancias, se han denominado *ladrones de gran mundo*, y en las bajas capas sociales, en las que forman el llamado *quinto estado*, se encuentran también, emanando de ellas el mayor número de reclutas, sin que falten en las clases intermedias. Hay ladrones que no pueden vivir sino respirando el ambiente de las grandes ciudades, y otros que en éstas se ahogan y que necesitan el aire de los campos, las escabrosidades de las montañas, las laberínticas frondosidades de los bosques y la pequeñez de las aldeas. Los hay que se nutren de los *descuidos*, sin preparar nunca los atentados, y muchísimos que del robo han hecho un verdadero arte, perfeccionado por algunos hasta el extremo de utilizar importantes conquistas de la ciencia. Unos nacen ya ladrones, como de los gitanos dijo Cervantes, y *golfos* procaces cuando niños, y *randas* injertos en cínico cuando muchachos, y *tomadores del dos*, ó *topistas*, ó *espadistas*, recorren sin detenerse toda la escala, y otros, no predispuestos, pecan por seducirles la *ocasión*, y pudiera decirseles víctimas del azar. Con el *descuidero* comienza la serie: con los *atracadores* urbanos, con los *dronistas* de los suburbios, con los *salteadores de caminos*, con los *forajidos*, termina. Hay ladrones que pudieran reputarse tristes engendros de las más adelantadas civilizaciones modernas, que se identifican con ellas y que las explotan, mientras que otros parecen supervivientes de los períodos bárbaros ó semicivilizados: según se valen de la agilidad, de la astucia y de determinadas combinaciones, ó emplean la violencia, así es su clase. De todos ellos, más ó menos extensamente, con arreglo á su importancia, diremos algo.

II

Prescindiendo de las otras, trataremos ahora de la forma más aguda de la criminalidad, de la que al robo agrega la violencia en las personas y con frecuencia el asesinato, en la que los malhechores suelen asociarse, agruparse y constituir *bandas* ó *cua-drillas* cuyo director ó jefe es el que se impone por su fuerza, por su energía, por su astucia, ó por otras preeminentes cua-lidades, siendo tales *bandas* el terror de los caminantes, de los aldeanos y de cuantos habitan más ó menos alejados de los centros de población; forma que ha dado nombre á los *bri-gantes*, *bandoleros*, *trabucaires*, *rodgers*, *secuestradores*, etc.

En esta forma ó manifestación de la criminalidad, la más primitiva y hoy por fortuna decadente, en la que descollaron los célebres *caballeros bandidos* de la Edad Media, tan magis-tralmente retratados por Alejandro Manzoni en sus *Promessi sposi*, es en la que más claramente se descubre la asociación criminal, que apenas se vislumbra en otras, y que en manera alguna existe en varias á las que también ha sido atribuída. Refiriéndose á esta asociación, dice Lombroso (*El hombre de-lincuente*): «Las asociaciones ilícitas son uno de los fenóme-nos más importantes del triste mundo del crimen: primero, porque se ve realizarse el gran poder de la asociación; en se-gundo lugar, porque la reunión de estas almas perversas en-gendra un verdadero *fermento insano* que, haciendo pulular de nuevo las antiguas tendencias salvajes, reforzándolas con una especie de disciplina, y por la misma variedad del crimen, han cometido atrocidades que repugnarán á la mayor parte de sus individuos si estuvieran aislados. El objeto de las asocia-ciones de malhechores casi siempre es el aprovecharse del bien ajeno. Se reúnen en gran número para ofrecer mayor resistencia á la acción de las leyes, y así se ha visto formar-se asociaciones de abortadores, envenenadores, estafadores, ladrones, etc. se ha visto con frecuencia que tendían al fin menos presumible, desde la pederastia que daba al vicio las apariencias de la virtud más delicada, hasta el homicidio rea-

lizado sin ningún fin de lucro, por el solo placer de ver correr la sangre, como en la *banda* de los homicidas de Livornia, y, en fin, hasta el canibalismo y la violación, inspirados por el fanatismo religioso, como en los sectarios rusos».

El doctor Paul Aubry (*La contagion du meurtre*) coloca en la cárcel el punto de partida de estas asociaciones, y dice: «Con frecuencia tienen numerosas ramificaciones en el exterior, siendo más comunes las relaciones con el interior; las visitas, la entrada de nuevos criminales, la salida de los que han cumplido la pena, en ocasiones la complicidad de los carceleros, todos éstos son medios para la transmisión de las órdenes, noticias, etc. Los individuos que forman parte de éstas se sustraen á la ley común, pero confeccionan para ellos un código verdaderamente draconiano».

Marcando todavía más la manera de ser de tales asociaciones de malhechores con relación á sus especialidades criminosas, ó de estas *bandas*, como las llama, aun cuando la palabra *banda* más comúnmente se aplica á los salteadores de caminos, bandoleros, etc., añade el doctor Aubry: «Las *bandas* no tienen una existencia efímera, duran largo tiempo, y cuando se las disuelve, los que á ellas pertenecían no necesitan sino buscar una nueva asociación. Suelen preparar los golpes bastante anticipadamente». La banda del padre Mothein (Moreau, *El mundo de las prisiones*) se componía de doce granujas de quince á veinte años. Estos individuos declararon con un cinismo increíble á Mr. Goron que tenían altas miras para el porvenir. «Cuando volvamos de la *Nouvelle*, daremos un gran golpe: la fortuna ó un puesto en la *Roquette*; he aquí lo que nos es preciso.» Una vez entrados en la asociación, no pueden salir de ella, pues á los desertores se conmina con terrible pena; pero no tienen necesidad de acudir á este extremo: ellos mismos se atan por su siempre creciente hambre de dinero. Emilio Laurent dice que en París no existen *bandas* permanentes, que se forman según las circunstancias para un solo crimen, y que, conseguido, se disuelven para reformarse con nuevos elementos. En otros términos: las *bandas* no tienen el carácter de estabilidad que tenían otras veces y aún conservan en ciertas regiones.»

Por lo que á España respecta, estamos conformes con la opinión de Mr. Laurent, referente á París, en cuanto á que en las grandes poblaciones no existen verdaderas *bandas* de malhechores en su sentido estricto, y en que las agrupaciones ó asociaciones que se conocen, ni aun las de los estafadores y falsificadores, tienen un carácter de estabilidad, á diferencia de lo que acontece en los campos, como lo prueban las de los Juanillones, Pepe el Portugués, el Bizco del Borge, Panchaampla, etc.; y lo estamos asimismo con la de Mr. Aubry en que las verdaderas *bandas* de forajidos, por fortuna cada día más escasas, que se presentan en determinadas regiones, precisamente en las que fueron teatro de las legendarias é históricas, conservan varios de los caracteres de éstas, si bien con las modificaciones consiguientes á la diversidad de tiempos y circunstancias, sometiéndose á una especie de código consuetudinario y verdaderamente draconiano, pero más que á él á los mandatos del que ha sabido imponerse á los demás.

No es el espíritu de asociación, en su verdadero sentido, el que distingue á los delincuentes de las ciudades que habitualmente, como medio casi único de vivir, se dedican al robo. Entre los ladrones, puede asegurarse que tal espíritu no existe. Se reúnen, se apoyan, se encubren, se defienden entre sí; pero en realidad no se asocian. Para encontrar algo que se parezca á la asociación hay que salir á los campos. En los *dronistas* ya se percibe: en los genuinos *bandidos* es en los que con mayor claridad se manifiesta. Unos y otros forman *bandas*, y á las órdenes de uno de ellos cometen sus atentados, operando siempre sobre el mismo terreno, y no desapareciendo sino cuando la fuerza pública les obliga á emigrar.

Estas mismas ideas, que ya consignábamos en nuestro libro *Los malhechores de Madrid*, son poco más ó menos las que se sustentan por los distinguidos antropólogos y sociólogos Sres. Bernaldo de Quirós, y Llanas Aguilaniedo, en el notable estudio que de *La mala vida en Madrid* publicaron en el año 1901, y que compite, sin desmerecer de ellos, con los que de igual índole han visto la luz pública en el extranjero. Con efecto, en él se lee lo siguiente: «Carece por completo de fundamento la leyenda que — como escribe Lugilde (*Morfolo-*

gía del robo)—asegura que los bandidos del interior de las grandes poblaciones tienen un jefe común, un *capitán* encargado de admitir á los individuos que supone en condiciones utilizables, de expulsar á los que resultan inútiles para el fin á que habían sido admitidos, y que asume la dirección de todas las maquinaciones criminales. Hoy día no existe este tipo de organización criminal. Entre nosotros no quedan ni supervivencias de organizaciones similares, al modo, por ejemplo, de la *camorra* napolitana. La *banda* organizada y regida militarmente ha pasado á la historia. Más de una vez un malhechor de genio emprendedor y ambicioso habrá pretendido resucitar ese mundo; pero el proyecto ha fracasado siempre. La asociación de los malhechores recuerda más bien una agremiación industrial, en la cual los vínculos autoritarios han sido reemplazados por los vínculos contractuales nacidos de la solidaridad que une á todas en la fortuna y en la desgracia».

III

Conforme ya hemos indicado, no es nuestro propósito escribir la historia del *bandolerismo*, sino tan sólo hacer algunas indicaciones acerca de ella y presentar aquellos hechos que mejor sirvan para determinar sus caracteres generales y los particulares de los individuos que forman las ya no con frecuencia numerosas *bandas* de forajidos, así como también el señalar las transformaciones que esta llaga social, forma terrible de la criminalidad, ha venido experimentando. Con la existencia de la esclavitud enlazan varios escritores la del *bandolerismo* ó *bandidaje*, y hacen depender la una de la otra en la antigüedad. A su juicio, en este largo período de la vida de la humanidad, los bandidos fueron exclusivamente fugitivos ó rebeldes contra la crueldad de sus amos. A nuestro entender, no es del todo exacta esta opinión, pues si bien es innegable que los esclavos fueron el núcleo principal de tal clase de malhechores, igualmente es cierto que otros individuos pertenecientes al proletariado se sumaron con ellos.

Uno de dichos escritores, y acaso de los que más categóricamente se expresan en tal sentido, lo ha sido Mr. Granier de Cassagnac en su bien fundamentada *Historia de las clases obreras y las clases burguesas*. Con efecto, en ella, en el capítulo que dedica á los *bandidos*, después de mencionar las más notables rebeliones de los esclavos, coronadas por la que ha inmortalizado y hecho altamente simpático el nombre de Espartaco, dice: «Producto de todas estas rebeliones, por muy sofocadas que se creyeran, fué siempre el dejar un gran residuo de *bandidos* y de *ladrones* que se esparcieron por toda la Italia, junto á las vías romanas, y que se arrojaban desde las espesuras y las gargantas de las montañas para robar los ganados ó aprisionar á los viajeros. El desorden de las guerras civiles que precedieron y siguieron á la muerte de César engendró tan considerable número, que Augusto se vió obligado á distribuir cuerpos de ejército para impedir que las *bandas* formadas dominasen en la campiña y robasen, no sólo esclavos, sino personas libres. Bajo Tiberio el bandidaje se reprodujo todavía con más intensidad, tanto que este Emperador multiplicó los cuerpos de defensa y dedicó las cohortes pretorianas á la custodia de la ciudad. Estos bandidos eran esclavos fugados en lucha abierta con sus amos».

¿Cuáles eran sus caracteres, su organización y sus procedimientos? El mismo escritor los condensa en breves líneas, y de ellas resulta tal semejanza con el bandidaje y los bandidos de épocas muy posteriores, que parecen reproducirse los hechos y las personas, lo cual confirma la idea de que los criminales han sido siempre los mismos en su esencialidad y las transformaciones de la delincuencia muy lentas y no radicales.

«Los ladrones antiguos — escribe — casi nunca mataban; exigían un rescate, y cuando la persona secuestrada no tenía dinero le vendían como esclavo, lo cual era otro medio de obtener rescate. Estos ladrones se sujetaban también á ciertas reglas con las que se podía contar. Si se era cogido por ellos, no había más que recomendarse á un pariente ó amigo, é inmediatamente se era conducido al lugar designado y puesto en libertad si el pariente ó el amigo prestaban fianza. Appiano

menciona á Decimus Brutus, asesino de César, que fué cogido cuando huía por la Galia después de la muerte del dictador y conducido á su instancia ante un señor galo, en cuyo territorio había sido capturado. Algunas veces estas bandas formaban pequeños ejércitos, que se ponían al servicio de un general. Durante las guerras que Fabio Máximo sostuvo en Portugal tuvo dos cuerpos de *brigantes*. Esto se ha reproducido frecuentemente en la historia moderna. En el transcurso de las guerras que siguieron á la muerte de Carlos VII, año 1418, *reinaba*, dice Monstrelet, en el Pointone y en la isla Adam un capitán de *brigantes* llamado Tabary, pequeño y jorobado, que no obstante ser partidario de los borgoñones, degollaba á los ingleses del Duque de Bedford. Mereció el honor de ser muerto en 1420 en el asalto de la fortaleza de Toussy, al lado del Mariscal Villiers.»

Los mismos elementos é iguales caracteres aparecen, á juicio de Mr. Cassagnac, en la *piratería* antigua, forma del *bandidaje marítimo*. «En pocos siglos—dice—los esclavos evadidos se confundieron con los piratas. Platón asegura que en su tiempo los piratas que infestaban las costas de Italia eran antiguos esclavos.» Desaparecida la esclavitud y cambiada en servidumbre durante la Edad Media, las continuadas revueltas, las luchas perennes, secuela del odioso feudalismo, y las terribles sublevaciones de los paisanos, determinaron un bandolerismo nutrido con parecidos elementos y revistiendo caracteres similares que el de la antigüedad. Al esclavo sustituyeron el siervo y el pechero, y pecheros y siervos, compellidos por las mismas causas que sus predecesores, invadieron, convertidos en salteadores, los campos, sembraron el terror en ellos, penetraron en las aldeas, asaltaron los castillos, se apoderaron de los ganados, degollaron unas veces y secuestraron y exigieron rescate otras á los mercaderes y viandantes, formando en ocasiones *bandas* numerosas y compitiendo con los magnates, que desde sus fortalezas roqueras y al frente de sus feudatarios salían á realizar verdaderas expediciones de bandidaje. Puede, pues, decirse que el bandolerismo de la Edad Media fué en un todo la continuación del de los períodos romano y bárbaro.

Para caracterizar el antiguo, y como conclusión de estas ligerísimas indicaciones á este referentes, consignaremos lo que Mr. Cassagnac escribe acerca de uno de los más típicos piratas, del que calificó como el más notable de cuantos de aquella época se recuerdan, de Agathides, tirano de Siracusa: «Hijo de un pobre alfarero, pasó su infancia en las casas de disipación. Hecho hombre, se convirtió en pirata, y comenzó su carrera desvalijando á sus propios conciudadanos. Desterrado dos veces de Siracusa, se retiró entre los Margantinos, que le hicieron su general. Y Siracusa, que como ladrón le había desterrado, le llamó una vez que le vió general, y comenzaron sus brillantes victorias». Este célebre bandido no tuvo el fin que la generalidad, pero tuvo sus comienzos. La miseria y las casas infames formaron su naturaleza, ayudando á la herencia; el vicio exacerbó sus instintos malvados; pasó del vicio al crimen, y aun cuando elevado por la suerte, nunca dejó de ser un verdadero criminal.

IV

La Edad Media, esa época aún no bien conocida de los pueblos europeos, y no escasa parte de la Moderna, puede decirse que lo son del mayor florecimiento del *bandolerismo*, en las que más pulularon y más libremente campearon los ladrones, desde los *forajidos* que operaban formando *bandas* sujetas á una organización y disciplina semi-militares, desde los que se agrupaban en pequeñas cuadrillas, hasta los que aisladamente cometían los atentados; desde los elevados magnates, que no tenían reparo en capitanear bárbaras expediciones de expoliación y robos, desde los caballeros que al frente de sus mesnadas caían cual fiera salvaje sobre los débiles traficantes á quienes la suerte adversa ponía al alcance de sus espadas, despojándoles de cuanto llevaban, hasta los siervos fugitivos ó poco resignados en su condición triste, que, ya ellos solos, ya unidos á individuos procedentes de las ciudades, cometían cuantos robos les era dado: todos, *caballeros bandidos*, siervos, pecheros, menestrales, vaga-

bundos, todos cuantos se entregaban al robo pertenecían á la misma especie, eran igualmente criminales, delincuentes contra la propiedad, aun cuando la alta posición ocupada por los unos diese á sus actos de bandidaje un nombre muy distinto del que les correspondía, y aun cuando la humilde extracción de los otros les deparara el afrentoso epíteto de ladrones, aun cuando el bandido de noble alcurnia no tuviese en perspectiva sino una justicia representada por la célebre tela de araña de que habla Anacarsis, y los otros vieran siempre delante la horca ó la picota. Un antropólogo criminalista habría encontrado en todos y en cada uno de ellos al delincuente nato, favorecido en su desarrollo por un medio ambiente apropiado, pues, con efecto, el que durante tantos siglos se respiró en todas las naciones de Europa fué el más apto para que el bandidaje se convirtiera en una á modo de institución social.

De este largo período únicamente nos ocuparemos de una forma del *bandidaje*, conocidísima en las épocas mas primitivas, del robo de ganados, que, si bien transformado, subsiste en todos los pueblos y bastante desarrollado todavía en algunos, y nos ocuparemos de él por ser uno de los delitos que muchas de las *bandas* cometían, y también uno de los en que es más perceptible el cambio de determinadas ideas relacionadas con la criminalidad.

«Los robos de ganados, realizados con atrevimiento y en *banda*—dice Mr. Gabriel Tarde (*La antropología criminal*),— más bien por espíritu de venganza que por codicia, fueron una de las ocupaciones características de los pueblos primitivos. Aun los realizados con un móvil de lucro, como los que tienen lugar en Sicilia, no pierden el carácter de *razzia* militar, lo cual les presta cierto lustre, y aun en nuestros días en los países más civilizados, el robo de un caballo en una cuadra, ó de un par de bueyes en una granja, tiene cierto color arqueológico que no permite confundir á su autor, bohemio ó vagabundo, con un simple ladrón de dinero, bien que la caballería, en la época en que el *chepté* era el capital único, comenzó por ser también el único dinero.»

«Ahora bien—añade,—entre el pillaje desenfrenado de una

turba bárbara que se apodera de todos los ganados de una comarca y los robos de gallinas que se cometen diariamente en nuestros campos hay una serie de transiciones sucesivamente recorridas, conforme el animal robado ha ido disminuyendo en tamaño y calidad y ha ido rebajándose el número y la significación de los ladrones. El Conde de Metirac, que en 1714 hacía robar un rebaño de carneros y ovejas, ocupaba un lugar preferente en esta escala y seguramente se acercaba á *Caco*, raptor de los ganados de Hércules, más que á nuestros ladrones de gallinas. En sus tiempos, su conducta no tenía nada de excepcional, y á sus ojos, el robo de ganados, aunque hubiera perdido su antigua significación y hubiese cambiado su nobleza primitiva, no dejaba de presentarse bajo aspectos especiales muy distintos de los que tiene para nosotros. En 1737, el procurador de Sarlat informó contra una *banda* de ladrones mandada por un tal Saint Pierre, extendida por la comarca de Terrassa, donde se entregaba al robo de caballos y borricos. «Los borricos, decía, eso es ya menos noble.» Ya se nota la decadencia gradual de ese delito, que en otro tiempo era tan considerado.»

En España, este cambio señalado por el ilustre sociólogo y criminalista se percibe con mayor claridad y se realizó en fecha más remota que en los países á que se refiere. Fuese porque entre nosotros el feudalismo, aun en las regiones en que preponderara, no llegó á desarrollarse con todos los funestos caracteres que en Francia y Alemania, por ejemplo; fuese porque la vida municipal se manifestó robusta y vigorosa desde el principio, amparando los municipios los intereses de los vecinos, teniendo en sus milicias el medio de contener é impedir las excursiones y depredaciones de los señores; fuese porque el poder regio se fortaleció desde que arrancó á los moros sus últimos baluartes; fuese por lo que quiera, lo cierto es que las *razzias* de ganados, como las llama Mr. Tarde, realizadas por los señores y magnates, dejaron de tener lugar, al menos con los caracteres de las que se efectuaban en otros países, mucho antes que en éstos, y que como robos vulgares se conceptuaron los que ocurrían, y como ladrones, *cuatrerros*, á sus autores.

La codicia, no estímulos de otro orden, las determinaba, *bandidos*, no *caballeros*, aunque algunos de ellos calzaran espuelas de oro, eran los raptores. Los *bohemos*, *gitanos*, *por-dioseros* y otras gentes maleantes fueron los elementos que constituyeron las *bandas* ó *cuadrillas* que cometían tales delitos. Seguramente, sin error, podría considerárseles comprendidos, así como á los de nuestros días, casi sin excepciones: en las dos categorías de malhechores que, según los distinguidos antropólogos criminalistas de la escuela italiana Alfredo Nicéforo y Escipión Sighele (*La mala vida en Roma*), se unen, formando al criminal de *oficio*: la en que aparece el *NATO* de Lombroso, ó *instintivo* de Garofalo, «que lleva consigo desde que vino al mundo la falta de sentido moral, de ese sentido que nos permite juzgar si la acción que vamos á ejecutar es justa ó injusta, buena ó mala criminal que entra casi espontáneamente en la carrera y halla fácil y cómoda, por su falta congénita de sentido moral, la senda por la cual camina», y por *hábito adquirido*, «fruto de nuestra sociedad, de nuestro ambiente económico, que se estrena en la carrera del crimen con un ligero delito de ocasión, y á quien en el origen no le falta completamente sentido moral, aunque, como le tiene imperfectamente organizado por causas lo mismo individuales que sociales, cede á la tentación del momento y comete el delito».

Leyes severísimas tendieron á la represión de tales hechos; pero, como la generalidad de las leyes *aprioríticas* y no adaptadas ni al delito ni al delincuente, fueron infructuosas. En tal forma y así considerados han llegado hasta nosotros, no pareciéndose en nada á los por Mr. Tarde descritos y aun disculpados. En la ejecución de los mencionados robos rara vez acuden sus autores á la violencia en las personas. No es su tipo el del forajido que arriesga su vida y atenta sin escrúpulo á la de otro; es más bien el del merodeador, que ronda para aprovechar las ocasiones, que se vale de la escasísima defensa de los establos y del descuido del ganado en los pastos. Sus *bandas*, sus *cuadrillas* en realidad no lo son de combate; entre ellos no hay los José María, los Roque Guinart, los Jaime el Barbudo, etc.

V

Si el *bandido* dedicado principalmente al robo de ganados sufrió en nuestro país las modificaciones que acabamos de indicar, como las sufrió, aunque más tarde, en los demás de Europa, no aconteció lo mismo en cuanto al *bandolero*, al *salteador de caminos*, al *forajido*, que más ó menos alejado de las ciudades, y á veces penetrando en ellas, violentamente, por la fuerza, se apoderaba de los bienes ajenos. Éste, lejos de amortiguar sus caracteres distintivos, no sólo los vigorizó, sino que, por decirlo así, los fué acentuando cada vez más, manifestándose aún en los albores del siglo XIX tal cual le retratan los cronistas é historiadores de los anteriores siglos. Seguían concurriendo á su formación iguales factores, y, por lo tanto, naturalmente, el producto no podía ser distinto. El medio ambiente social no había experimentado cambios esenciales; habían venido sucediéndose las guerras unas á otras, especialmente aquellas que más sobrexcitan las pasiones y contrarían el por Garofalo llamado *sentimiento de piedad*; el feudalismo moribundo libraba sus últimos combates con la *Realeza*; las distintas clases sociales se descomponían para reconstituirse; la miseria cundía por todas partes; los acostumbrados al pillaje, á la ociosidad, á las aventuras, á las emociones y á los excesos de las guerras, no se conformaban con la vida tranquila, monótona y fatigosa del trabajo; y conforme la paz interior fué reinando en los pueblos y se licenciaron los ejércitos, fué engrosándose un fermento pernicioso, y no ya únicamente los campos y las aldeas, sino hasta las ciudades, sintieron el terrible azote del *bandolerismo*. No fueron los siervos quienes constituyeron, como antes, su núcleo principal, pues la servidumbre había desaparecido: los puestos que siervos y pecheros dejaron vacíos los ocuparon los antiguos soldados y los que de *inadaptados* se califican. El *bandido* fué desde entonces un ser extraño, mezcla de militar y de vagabundo, revelando en unos de sus actos al guerrero, y reflejando en otros el alma del verdadero criminal. En unas

ocasiones dejaba traslucir un algo de grandeza, y en otras ponía de manifiesto la mayor bajeza de espíritu: tan pronto se revelaba magnánimo, generoso y aun caballeresco con las víctimas, como se entregaba á los mayores transportes del furor, á crueldades inauditas y á la más miserable codicia. Las *bandas* se multiplicaron, y sus jefes pudieron llegar á creerse tan reyes de los bosques, en las escabrosidades de las montañas, en los despoblados y en las aldeas, como los monarcas en su corte y en sus ciudades. El pueblo, idealizando al *bandido*, creó la leyenda de éste. Tal se presentó el *bandidolerismo* en Europa, y entre nosotros durante la casa de Austria.

En términos muy parecidos, y acaso más acentuados, se ha expresado el notable historiador Mr. Weis al estudiar nuestro país en el indicado período. Dice que las comunicaciones no eran nada seguras «á causa del prodigioso número de bandidos que infestaban las provincias», y que «el saltar no deshonoraba en España como en Francia y otras partes de Europa, porque el valor desplegado en este ejercicio no dejaba de excitar la admiración pública, siendo varios de los héroes de los más populares dramas de Calderón jefes de bandidos, y hasta el mismo Cervantes, cuyas obras llevan el sello de un sentimiento moral que no se encuentra en los demás escritores de España, no reparó en levantar un pedestal al famoso Roque Guinart, jefe de las *bandas* catalanas».

Entre las causas que determinaron esta opinión pública tan favorable al *bandido*, y que no contribuyó poco á la extensión y profundidad de la dolorosa llaga, señala Mr. Weis «las especiales circunstancias y acontecimientos por que pasó la Península durante la Edad Media, pues el pillaje era el prólogo de la reconquista, habiendo adquirido los soldados, más que en ninguna otra parte, el hábito de talar y robar, y hecha la paz se transformaban frecuentemente en ladrones, y la gloria que acompañaba al ejercicio de las armas reflejaba algún tanto sobre aquella profesión».

Á modo de prueba de los anteriores asertos, en los que indudablemente hay alguna parcialidad al juzgar á España comparándola con otras naciones, hace mérito del viaje que por

ella realizó un extranjero en la época á que nos referimos, expresando que «había compañías entonces de bandoleros esparcidos por todas las comarcas, que asaltaban á los mercaderes y personas acomodadas que viajaban sin escolta, despojándoles de cuanto llevaban y no dándoles cuartel con mucha frecuencia», y expresa, además, constituyendo sus palabras una acerba censura de los tribunales históricos, que «en la obra conocida con el nombre de *Monarchia de Espagna* se atribuye á la venalidad de la justicia el que tan repetidos crímenes quedaran impunes, y fuese el oficio de bandolero uno de los más seguros y provechosos». Y, por último, dice que «el manchego se escondía tras de una mata cualquiera para acechar y acometer al comerciante que cometía la imprudencia de caminar sin que le escoltaran algunos escopeteros»; que era «el proverbio muy acreditado en Sierra Morena que las *ventas* constituían otros tantos puntos de concurrencia de ladrones»; «que la ciudad de Tudela, situada en Navarra, en los confines de Aragón, Castilla y Vizcaya, era natural albergue de los bandidos del Norte de España, reuniéndose allí á veces un número suficiente para hacer los robcs con seguridad», y que, como se ve, «tampoco estaban las ciudades á cubierto de las más audaces tentativas».

A tal grado de desarrollo llegó, con efecto, el bandolerismo en nuestra patria, no ya en los tristísimos reinados de Felipe IV y Carlos II, sino en el de Carlos I, en que los laureles de deslumbrantes victorias ocultaban las miserias que comenzaban á corroer el cuerpo social. Algo fué contenido bajo Fernando VI y Carlos III, pero retoñó con extraordinaria pujanza, conforme veremos, en los vergonzosos tiempos de Carlos IV y Fernando VII. Su disminución y su transformación radical son de nuestros días. Ni el *bandolero* ni el *bandolerismo* de hoy se parecen á los de ayer. El uno no es más que una de las formas ó manifestaciones más agudas y dañosas de la criminalidad vulgar; el otro perdió lo poco que tuvo de soldado y ha quedado siendo únicamente bandido.

MANUEL GIL MAESTRE.

(*Concluirá.*)

ESTUDIOS

LITERATURA HOLANDESA

Nikolaas Beets.

Nikolaas Beets nació en Haarlem en 1814; estudió teología en Leyde, donde alcanzó el título de doctor; la Universidad de Utrecht le nombró profesor honorario en 1865. Pastor primero en Heemstede, después en Utrecht, sucedió á Haar en la cátedra de Teología en 1875. Beets fué poeta y prosista. Sus obras, excesivamente numerosas, tratan casi siempre de asuntos teológicos; pero la más conocida es la *Camera obscura*, donde el autor habla de cuestiones puramente holandesas. Pocos libros han tenido un éxito semejante al que obtuvo la *Camera obscura*, de *Hildebrando*, pseudónimo del autor.

No hay holandés que no pueda dar razón de la *Camera obscura*, porque en esa obra, como nosotros en nuestro *Don Quijote*, reconoce su país y se reconoce á sí mismo.

¿Cuál es el asunto de la *Camera obscura*? En la primera parte, invitado á pasar una semana con la familia, Stastok, que habita en una provincia, nos hace con escrupulosa exactitud la descripción de la vida de ciudad pequeña en Holanda. Después de haberse levantado por la mañana, va al comedor á desayunarse, donde el viejo Stastok (que jamás ha salido de las puertas de su villa natal) le hace observaciones sobre su vestido, demasiado elegante para un joven. Después abre la Biblia y hace la lectura en voz alta. ¡Singular costumbre! ¿Por qué existe sólo en las casas burguesas y por qué aun allí va cayendo en desuso? Después de desayunarse, Hildebrando sale con el joven Stastok, que le enseña los muelles, la Bolsa, dos iglesias con monumentos funerarios y con sus respectivos sacristanes, que piden propinas, y un órgano, que, á excepción del de Haarlem, era el más bello del mun-

do, según lo que de él se decía. «Pero ya se me había dicho lo mismo en Gonda, en Leyde, en Alkmaar, en Zivolle.»

¿No sucede lo mismo en todos los países? ¡Qué natural es este rasgo! Para los holandeses nada superior al órgano de Haarlem; pero después de Haarlem, cada ciudad quisiera ocupar el primer lugar. Como la obra ha sido escrita en 1836, debe uno admirarse de hallar en ella una larga disertación sobre los caminos de hierro; hasta esa época se servían en Holanda (país cortado de parte á parte por canales) de barcos, que un infeliz caballo hético arrastraba marchando por las orillas y tirando lentamente de una cuerda. Este medio de locomoción poco rápida no ha sido empleado en ninguna parte.

En el coche tropieza con «personas que van á recibir una herencia; con panaderos, aprendices, que para no tener el aspecto de lo que son, llevan gruesos botones de cobre dorado en la camisa y alfileres de corbata con piedras amarillas imitando brillantes; propietarios de cincuenta y sesenta años que tienen cubrepipas de plata, con cajas de madera; honrados cajeros que han pasado veinte años en la misma oficina y que, como testimonio de satisfacción de sus amos, tienen tabaqueras de plata con inscripciones conmemorativas; madres con sus hijos, que dejaran en casa un pequeñuelo de ocho años que hablaba ya en francés; cortesanas que querían pasar por señoras, que se referían á sus fincas y pedían al conductor que las dejase apearse en los puentes, y que se enfadaban cuando un joven jardinero venía á abrazarlas al desembarcar; enfermos imaginarios que iban á consultar con una lumbrera médica; bufones, que comentaban los peligros del viaje en coche; desventurados, que tenían que dormir en el camino si no hallaban la correspondencia en el coche siguiente; *verdes*, raza maldita que hay durante el mes de Septiembre en todos los distritos donde existen ciudades universitarias».

Se llaman *verdes* en Holanda á los estudiantes. Al comenzar el curso (en el mes de Septiembre, como nos dice *Hildebrando*), los estudiantes nuevos del año deben durante seis semanas obedecer en todo á los antiguos y aun emprender pequeños viajes en coche si se lo mandan. ¡Qué bien describe este público! ¡Cómo sabe el autor hacer desfilan ante nuestros ojos las categorías de la gente que se pueden encontrar en un viaje! ¡Y con qué talento añade algunas frases que dan á cada compañero de viaje su carácter especial!

En la segunda parte de la obra, *Hildebrando* ha penetrado en la

vida de las campiñas holandesas, y escribe una serie de semblanzas de campesinos, de labradores y de pescadores. Véase primero la del pescador de Marken, la pequeña isla, que no cuenta siquiera 200 habitantes, y que está absolutamente aislado en los Zuiderzée: «Cada año, en el mes de Enero, los habitantes de Haarlem ven aparecer cinco ó seis mozos, verdaderos gigantes, que, conducidos por un viejo, atraviesan las calles seguidos por una turba de muchachuelos con tanta curiosidad como si fuese un explorador del polo, de larga barba, ó algún armenio de París con vestidos perfumados y turbante de flores. El personal de mozos varía cada año, porque para hacer el paseo anual se necesita haber cumplido diez y ocho años y no tener diez y nueve. Todos estos jóvenes gigantes están vestidos del mismo modo: pantalones excesivamente largos, con bolsillos profundos, donde siempre tienen metidas las manos; casacas muy ajustadas al talle y un chaleco, abotonado, de damasco ó algodón azul, según la fortuna del propietario. Pantalones y casacas son de burdo paño gris. Sus pies enormes calzados de botas; en la cabeza, un sombrero de anchas alas, y medias grises, que completan este vestido extraño. Es el contingente anual de la isla de Marken para la milicia nacional; el viejo gigante es el burgomaestre de la isla. Marken es un pantano en el Zuiderzée, cubierto por senderos herbosos, lo bastante para el pasto de un caballo. Ni la sombra de un árbol, ni señas de cosecha. No hay panaderos en la isla; el pan viene de Mormikenstan, y cuando el barco no puede entrar en el puerto á causa del mal tiempo, nuestros gigantes sufren el hambre. Y sin embargo, en este rinconcito de tierra se ha conservado siempre el tipo de nuestros antepasados: hombres de seis pies con espaldas de atletas y bucles en las orejas. Y el viajero que viene á visitar la isla halla las casas, las ideas, las costumbres de hace dos siglos. Yo he ido á ella una vez con un viejo de setenta años que cree en la existencia de los hechiceros y de los aparecidos tanto como en la existencia de la Santísima Trinidad. Sequé mis vestidos en la casa del burgomaestre ante un fuego que ahumaba el cielo raso. Las mujeres de la isla de Marken tienen tal horror por los extranjeros, que huyen á su llegada. Son ordinariamente feas y más pequeñas que sus maridos. Llevan capuchones blancos y dejan caer sus cabellos á los dos lados del rostro en bucles espesos y de mal aspecto. Los niños no tienen más diversión que una gaviota domesticada. El cura, el maestro de escuela y el médico hacen el mismo papel que en el siglo XVII: parecen enanos al lado de los demás habi-

tantes; sus vestidos andan en pugna con los de los *antochtones*, que son todos ortodoxos, poco propicios á la instrucción, y gozan de perfecta salud».

He aquí una descripción puramente holandesa; en el mundo no hay más que una isla de Marken, y con lo que el autor nos dice nos da una idea de este pueblo singular.

Después del pescador de Marken presenta á los campesinos de la Holanda septentrional, esto es, habitantes de las provincias que vienen á ser el espejo de la nación. «Gees Ricck es una hermosa mujer bien conformada. Su rostro resplandece con frescos colores rosas, mezcladas á un blanco brillante, que el collar de los domingos hace resaltar aún más. Os aseguro que no está anémica; su pequeña nariz es derecha, su mejilla colorada, sus ojos azules, su barba redonda, su cuello blanco, su frente tersa. Sólo la dentadura disuena de este conjunto, por los abusos del café y de las bebidas. ¿De qué color son los cabellos de Gees? Nadie lo sabe. Su cabellera está rasurada, no se ve un bucle. Lleva en la cabeza un grueso alfiler de oro. He aquí la mujer que Dries Rick el marino pone por las nubes, abstrayendo de sus vacas. En cuanto á Gees, se ocupa de ordeñarlas y hacer queso.»

«¡Si queréis juzgar de la limpieza en Holanda, entrad en la alcorba de los Ricks! No es la limpieza meticulosa del país de Zaan y Brock, limpieza llevada hasta el ridículo, puesto que no se atreve á usar sus muebles. No; en el verdadero campesino holandés todo brilla, pero de todo hace uso. La madera está lustrosa y el cobre brillante á fuerza de haberlo frotado. Gees ha tenido en su juventud muchos adoradores y ha estado en otro tiempo con algunos de ellos en la Kermesse. Pero ahora ama á su marido.»

En cuanto al marido, Dries Rick, va una vez por semana á vender quesos. «El viernes, en Waagplair, los quesos están esparcidos por la plaza en toallas verdes. Es la vitalidad de la Holanda septentrional. El queso la defiende de los furios del mar. ¿Queréis saber si los negocios de los campesinos van bien? Preguntad el precio de su queso. ¿Queréis saber si la colecta del domingo para los pobres en la iglesia ha sido fructuosa? Preguntad á cómo ha valido el queso el viernes. Ir al mercado es la principal ocupación del campesino holandés; es comerciante y administrador de sus bienes. Su ideal es tener una casa en algún camino arrebatado al mar (*polder*) y no tener otros servidores que sus hijos. Sus ídolos son las vacas negras, un buen potro y una carretilla con ruedas doradas. Su mayor felicidad en la tierra es con-

ducir este carruaje, pequeño y elegante, y llevar á la Kermesse á su mujer, adornada con los más bellos atavíos. Si consigue dejar atrás á otros vecinos que salieron cuando él, tirando fuertemente del ronzal de su caballo (porque nunca se sirve de látigo), se cree en el paraíso.»

He aquí algunos extractos de Beets: bastarán para confirmar lo que decíamos al comienzo de este corto estudio. *La camera obscura* ha gustado y gusta siempre porque el holandés se reconoce en ella á sí mismo, pues es imposible describir mejor el suelo natal.

LOS FILÓSOFOS DESCONOCIDOS

J. E. Maude.

J. E. Maude, muerto á la edad de treinta años, había confiado sus obras á William James, que lo presentó el 87 al público, no sólo para cumplir la memoria del testador, sino también los intereses de la filosofía. Y, en efecto, la obra *The foundation of ethics* es interesante y curiosa, pudiendo decirse del autor lo que el mismo William James escribe: «Tan profundamente se puede diferir de su opinión en cierto sentido—y yo soy incapaz de aceptar muchas de sus opiniones—que no creo que haya nadie que deje de encontrar este libro estimulante y sugestivo en alto grado». Maude se coloca moralmente en una posición especial: intenta definir con precisión lo que es ética y también lo que no es, y las consecuencias que deduce son originales. Según él, la ética ha de ocuparse solamente de la virtud ó del vicio, de lo que es digno de elogio ó de desprecio; no tiene que ver con la consecuencia de los actos (el bien ó el mal), ni con la conformidad de los actos á una ley moral (lo justo y lo injusto), ni mucho menos con las costumbres (la moralidad). Tres capítulos están consagrados á prevenir de este modo las falsas interpretaciones de la palabra *ética*. «La sola cosa de que el hombre puede ser responsable es el esfuerzo de la voluntad, que hubiese podido obrar libremente si hubiese tomado este partido.» La cualidad moral (*etical*) de un acto se determina por el esfuerzo hecho para verificar este acto mejor que otro. Maude coloca de este modo la ética en el dominio del libre arbitrio, sin detenerse á demostrar qué le es necesario, sino postulándolo. Se ve que, para él, la verdad moral no tiene rela-

ción con lo que generalmente se considera esencial en ella. «Los instintos bajos, sensuales, que nos dominan en el placer efímero son exactamente semejantes á lo que se llama impulsiones elevadas, que nos excitan á obrar según el interés de otros, porque todos son involuntarios y, por consiguiente, no virtuosos.» La moralidad, para Maude, no concierne al instinto, sino al esfuerzo y á la libre voluntad. Las «virtudes» así llamadas son impulsos naturales, deseos, inclinaciones, disposiciones, tendencias, puesto que las acciones que nos obligan á ejecutar no son, de ningún modo, dignas de elogios. «Son buenas (*good*) porque sus resultados son buenos, pero no tienen nada de virtuosas.» Y más adelante: «La única virtud estriba en *oponerse* á los impulsos, en no ceder á ellos». El dominio de la virtud, según lo entiende Maude, es muy limitado, no tiene nada de objetivo: sólo existe en el dominio psíquico. Como Renouvier, Maude introduce el indeterminismo en el juego de ideas, de representaciones. «La aparición ideal de un movimiento produce inevitablemente este movimiento, *si nadie se opone á la idea...* Yo soy completamente incapaz de destruir la conexión que existe entre una idea y su manifestación física al exterior; las dos tienen, sencillamente, diferentes aspectos: el aspecto moral y el aspecto físico de un mismo hecho... Pero, en tanto que nadie pueda destruir esta conexión de la idea y de la manifestación física, *la misma idea puede ser combatida en el espíritu é impedida para producir su manifestación exterior.*» El filósofo norteamericano describe entonces la lucha de las ideas y añade: «Esta clase de conflictos de las ideas es precisamente lo que hace posible y necesario este esfuerzo de voluntad que llamamos «virtud», y más adelante: «en realidad, este hecho de ejercer la voluntad para crear ideas más poderosas que otras como causa de acción exterior es lo que se puede llamar propiamente *acción del hombre*»... «El solo acto, el acto *mío*, es el ejercicio que hago de mi voluntad, esforzándome por que prevalezca una idea sobre otra.» Tan es así, que Maude llega á una conclusión importante: «Concretemos, para el objeto que actualmente nos ocupa, el significado de la palabra *acción humana*, y llamémosla *movimiento (motion)*, apareciendo como sinónimas la virtud y la acción, de tal modo que *la virtud es la acción*». En tanto un hombre es virtuoso en cuanto obra, y «es virtuoso no tanto con respecto á que sus *ideas*, sus *impulsos* ó su *cuerpo* obren, sino con respecto á que obre *él mismo*». Pero este concepto implica consecuencias especiales. Habiendo Maude establecido, ó intentado establecer, que la vir-

tud y el vicio, el mérito y el demérito no tienen relación con las consecuencias buenas ó malas de nuestros actos, admite que toda acción voluntaria y ejecutada después de algún esfuerzo es virtuosa, digna de elogios. No se podría, en sana lógica, objetar que se puede querer el mal con esfuerzo y ejecutarlo. Maude prevé la objeción y da una respuesta que no está absolutamente comprendida en su teoría general: niega que, en realidad, se pueda tener, ejecutando el mal, mala intención. Todos los motivos son buenos, ¿Será preciso consignar que el autor es *hedonista*? Para él el bien es el placer, la felicidad; el mal, el dolor, la desgracia. Porque dice: «El hombre que asesina por dinero no quiere el mal, quiere el dinero; el dinero puede procurarle un placer, y esto es un bien; es, pues, el bien lo que quiere, y si pudiese lograrlo sin asesinar, no asesinaría».

Si le objetan que algunos facinerosos aman el mal en sí mismo. Maude responde que, por de pronto, los casos son raros, y, además, es un hecho que la persona hace el mal por el placer de hacerlo, siendo el placer del mal lo que busca, placer que considerado en sí mismo es un bien. Todos los actos son, pues, dirigidos por óptimas intenciones. Sin embargo, Maude reconoce que éstas intenciones no son igualmente buenas, diferenciándose entre sí por su grado de bondad, y además en sí mismas, en los medios empleados para realizarlas. *The question is not to be regarded as an ethical question at all.* La virtud es independiente del fin del acto: consiste simplemente en el esfuerzo, sin referirse para nada al objeto por el que es ejercido. En cuanto al vicio no puede ser, en buena lógica, sino lo contrario de la virtud. «Supuesto que la virtud es acción, el vicio debe ser inacción ó inercia.» Maude añade, siempre guardando las reglas lógicas: «No hay ningún pecado de *comisión*, todos son de *omisión*». Un hombre dotado de todas las malas intenciones, pero que hace extraños esfuerzos para resistirlas, es infinitamente más virtuoso que el que sólo tiene buenos instintos. De aquí nacen dos consecuencias; la primera, que la ética es *algo* transitorio, puesto que el hombre que nunca es bueno, nunca será virtuoso, y la segunda, que la ciencia de la ética es imposible. «Podemos definitivamente admitir que la virtud es señal de imperfección. Pero es evidente que no tenemos medio alguno de determinar en qué grado un hombre es ó no virtuoso. No puede ser virtuoso si no está inclinado al vicio, si no es imperfecto. Podemos ver la imperfección, pero pocas veces podemos apreciar el valor, la intensidad ó la cualidad de ésta.

Quizá el hombre que hace constantemente el mal es más virtuoso que el que hace siempre el bien.» «Pero la ciencia de la ética pura y simple debe señalar las reglas para determinar en qué grado un hombre es digno de ser loado ó reprendido por sus actos. Esto es precisamente lo que nunca podemos determinar. Una ciencia de la ética pura es imposible. Debe notarse, sin embargo, que al mismo tiempo que describimos la imposibilidad de una ciencia de la ética, sabemos también que esta ciencia sería inútil para nosotros si la tuviésemos.» El mundo sólo se cuida de los efectos objetivos de los actos; el juicio que forma sobre estos efectos es valedero, pero siempre llega á deducciones falsas. No tenemos poder ni derecho para juzgar: nunca juzguéis. «La discusión sobre el libre arbitrio y la necesidad es inútil é infructuosa.» La obra de Maude se reduce á lo siguiente: dar una noción particular del mérito y del demérito, en la que incluye el libre arbitrio del agente; distinguirla cuidadosamente de todas las otras formas posibles de moralidad (buena conducta, justicia, etc., compatibles con el determinismo); postular el libre arbitrio para hacer posible el mérito que incluye, y establecer después que nunca se podrá llegar á la ciencia de la ética, y que, aun cuando se llegase, sería absolutamente inútil. En la obra de Maude se pide el libre arbitrio para hacer posible la ciencia ética, y ésta ciencia se reconoce al fin como absolutamente imposible. La hipótesis queda *pendiente del aire* y no sirve más que para *establecerse á sí misma*. No hace nada de más William James diciéndonos que Maude era un radical en su creencia del libre arbitrio, lo mismo que en su *hedonismo*, y en su opinión de que la ciencia de la ética es imposible.

P. GONZÁLEZ-BLANCO.

LA NIÑA GUAPA

LEYENDA VALLISOLETANA

CAPÍTULO I

EN EL QUE EL AUTOR PRESENTA Á LOS LECTORES ALGUNOS DE LOS PRINCIPALES PERSONAJES DE ESTE RELATO

En la honrada ciudad del buen Conde D. Pedro Ansúrez había, allá por los años de 1560, y en los sitios donde hoy existe la calle que llaman de la Niña Guapa un confuso montón de callejuelas y casuchas, repartidas en el terreno con perfecta irregularidad y formando un laberinto, en el que se perdía todo el que no conocía el barrio. Las calles eran estrechas, tortuosas, oscuras y de mal piso; las casas, pequeñas, desvencijadas, bajas, encajadas unas en otras y con puertas y ventanas chicas, color de humedad y paredes de tapial. Alguna que otra aparecía menos mala, notándose entre las de esta clase una próxima al portillo que llamaban de la Merced, la cual, sobre ser un poco más amplia que sus vecinas, tenía la fachada blanqueada, la puerta sólida y de proporcionado tamaño, una ventana pequeña en el piso bajo y dos mayores en el principal. Sobre éste no había más que un desván con una buharda que salía al tejado. Á este aspecto, de relativa holgura, uníase que ante tal casa se abría un ensanchamiento de la calle semejante á una reducida plazoleta. En este edificio vivían el oficial de talabartero Sancho Ruiz de los Arcos y su hija Isabel. Sancho Ruiz era un excelente hombre; contaba unos cuarenta y cinco años, conocía su oficio, trabajaba

en él con afición, procedía en todo honradamente, había sido en Flandes arcabucero del tercio del Maestre de campo Julián Romero y estaba regularmente acomodado merced al buen jornal que ganaba, á algo que le dejaron sus padres y á cierta razonable cantidad de dinero que trajo de Flandes, producto de presas hechas en los asaltos y tomas de varias ciudades. Era viudo, no tenía más que una hija; ésta era Isabel, é Isabel era la Niña Guapa. Diéronla este nombre los vecinos del barrio cuando no tenía más que siete años, y tan ajustado pareció á la verdad, que todos los vallisoletanos le tuvieron por bueno, quedando la niña confirmada en él podemos decir que por aclamación. Y, efectivamente, ninguna la igualaba en belleza y gallardía: su lindísima cara, su candorosa expresión, sus rasgados ojos, su nacarado cutis, su abundante pelo, su garbo y su gracia eran tales, que no había forastero ni natural de la ciudad que no se le quedara mirando y admirando cuando pasaba por las calles. Creció la niña, se hizo mujer, y el sobrenombre continuó, de modo tal que cuando tuvo diez y ocho años, que es cuando ocurrió lo que vamos á relatar, para todo Valladolid Isabel de los Arcos seguía siendo la Niña Guapa. Y si á los siete años mereció tal nombre, á los diez y ocho lo merecía también, por más que niña ya no lo era. No tenía la belleza clásica de las mujeres griegas, pero sí la que produce la armonía de las facciones, la expresión de los ojos, la vivacidad de la mirada, la sonrisa entre afable y desdeñosa y las frases dichas con una voz tan argentina que la sucesión de sus palabras parecía el ruido de una cascada de plata. Añadamos á esto la extremada pulcritud de su persona y trajes, la esbeltez de toda la figura, cierto contoneo al andar y una como arrogancia de buena moza que se marcaba sin que ella lo pretendiera, y tendremos no un retrato, pero sí un bosquejo de nuestra Isabel. Sus costumbres, como las de su padre, eran ejemplares; nadie la podía culpar de la menor ligereza; salía á las calles y recorría Valladolid con naturalidad completa, sin gazmoñería ni desenvoltura, mirando á todos y á ninguno y sobresaliendo entre las mejores por su gallardía. Era devota de la Virgen del Rosario; le rezaba todos los días, y en misa estaba siempre atenta y recogida.

En el momento que principia este relato es de noche, y Sancho é Isabel están cenando en la habitación alta de su casa. El cuarto no es grande y en él hay varias sillas y taburetes, dos mesas, un espejo, un cuadro de la Virgen del Rosario, un armario donde se guardan las ropas de la madre de Isabel, dos arcas y una panoplia compuesta de un coselete, un almete ó morrión de infantería, un arcabuz, una alabarda, una espada y una daga. Padre é hija conversan apaciblemente, cuando se oye en la calle un preludio de guitarras, violines y clarinetes, los que á poco rompen con una pieza musical principiando la serenata.

—Eso es á ti—dice Sancho.

—Creo que sí.

—¿Has dado alientos á alguno para que á tal cosa se atreva?

—Á nadie, señor padre.

—Pues en verdad que es osadía. ¿Y no presumes?...

—Acaso sea D. Alonso Jimeno, á quien veo en misa todos los días, que siempre me ofrece agua bendita, por más que nunca la acepto de su mano, y que cuando me halla en la calle sigue tras de mí hasta que vuelvo á casa.

—¿Te ha hablado alguna vez?

—Nunca se ha atrevido.

Sancho se quedó pensativo, é Isabel cogió su rueca y empezó á hilar. Á todo esto la música seguía y no mala, sino afinada y de buen gusto, como queriendo esmerar el obsequio.

—Conozco á D. Alonso—dijo Sancho,—es hijo de la señora Marquesa de Peñaluenga, y por tanto, rico y de noble familia, le tengo por mozo de buenas costumbres y ánimo generoso, no presumo en él mala intención, pero esta música puede dar sospechas y ocasionar maledicencias.

—D. Alonso es joven, padre.

—Aunque lo sea, no debe atreverse á llamar la atención de los murmuradores, que en todas partes hay muchos.

Seguió un corto silencio, acabaron los músicos la pieza que tocaban, y muy poco después se oyó el puntear de una sola guitarra acompañando á una voz, no del todo mala, que cantó el romancillo siguiente:

Aunque no escuches mi ruego
ni me des una esperanza,
vengo aquí para decirte
lo que el corazón demanda.
Es bien poco, sólo pido,
como premio á mi constancia,
que me mires una vez
cuando cerca de ti vaya,
y ver logre una sonrisa
en tu boca y tu mirada.

—Bien canta el D. Alonso—dijo Sancho.

—Pues por lo que canta podrá su merced comprender que no tiene motivo para atreverse á lo que se atreve.

—Cierto es eso.

Callaron ambos; Sancho seguía pensativo, Isabel hilaba; á poco volvió á oirse el prelude de la guitarra.

—No, no—exclamó el padre;—conviene ver si esto puede remediarse por buen camino.

Y diciendo y haciendo se levantó, abrió una ventana y se asomó á ella.

—¿Sois—preguntó—el señor Alonso Jimeno?

—El mismo soy—contestó una voz desde la calle.

—¿Está solo vuestra señoría?

—Solo estoy, despedí á los músicos en cuanto acabaron.

—Pues le ruego encarecidamente que me oiga algunas palabras.

—Sí le oiré.

—Se lo agradezco. Ahora bien, ¿se ha fijado vuestra señoría en que mi hija Isabel, á quien fué dirigida vuestra canción, hace cuanto puede para no aparecer ligera ó veleidosa? ¿Ha notado que todas sus acciones están regidas por honesta compostura y buen parecer? ¿Sabe que su madre le enseñó las virtudes cristianas? ¿Sabe que ella las aprendió? ¿Sabe que yo no le toleraría la menor desenvoltura? ¿Sabe que los de esta casa gozamos de buena fama y honrado nombre?

—Todo lo sé, y sé también que algunas damas podrían tomar ejemplo de vuestra hija, porque ella es tal que ni la luz del sol la iguala en pureza y hermosura.

—Mozo sois, D. Alonso, y aficionado á ponderaciones. Y

bien, decidme, ¿qué objeto tienen vuestras músicas? ¿Pretenderíais casaros con Isabel? Vuestra madre, la Sra. Marquesa de Peñaluenga; vuestros deudos, vuestros amigos, y hasta S. M. el Rey se opondrían á tal disparate. ¡Casarse D. Alonso Jimeno, heredero de un título y pariente próximo de otros, con la hija de un menestral! Es imposible, totalmente imposible. ¿Pretenderíais que fuera vuestra amiga? Ni ella querría, ni yo lo tolerara, ni en vuestra caballerosidad cabe que tengáis tal pensamiento. Y si no ha de ser ni lo uno ni lo otro, ¿á qué venís de noche por estas calles? ¿á qué traéis músicos? ¿á qué cantáis? ¿No columbra vuestra señoría que tales cosas llaman la atención, dan alas á la maledicencia y ponen en riesgo la buena fama? Mañana las gentes dirán que á mi Isabel la dió serenata un noble señor, y añadirán que por algo se la dió. Y este algo seguramente no la favorecerá.

—Le juro—interrumpió D. Alonso—que en nada trato de menoscabar lo que tanto, con justa razón, estimáis.

—Bien lo creo, pero no está el asunto en vuestra intención, sino en lo que la gente piense, y más tarde en lo que diga, en lo que aumente, en lo que suponga y en lo que crezcan las suposiciones al pasar de boca en boca. Por ello, y por ser quien sois, os ruego encarecidamente que, ya que Isabel no ha de ser ni vuestra esposa ni vuestra amiga, dejéis las músicas y los obsequios y nos permitáis vivir quietamente. Mi hija, si ha de casarse, lo hará con hombre de su clase que tenga crédito de honrado y muestre quererla bien; al paso que vos, don Alonso, encontraréis fácilmente damas de alto linaje con quien unir vuestra suerte. Ya veis que no me enojo, que no digo palabras agrias, que ruego y que apelo á vuestra caballerosidad.

Callado escuchó D. Alonso los razonamientos de Sancho, y callado permaneció tras ellos breve rato. Al fin contestó:

—Razón tenéis en cuanto habéis dicho, y bien hacéis en confiar en mí; pero mucho me cuesta acceder á vuestro ruego, porque mi corazón habla en contrario.

—Mocedades son esas que pasarán pronto.

—¿Querrá Isabel confirmar vuestras palabras?

—Sí querrá.

—Hacedme favor de ello.

—Voy al punto. ¡Isabel!

Acercóse ésta á la ventana, mostró á la luz de una vela su hermoso busto y con blanda y conmovida voz así dijo:

—Yo, Sr. D. Alonso, confirmo y aseguro cuanto mi padre ha dicho, uno mi ruego al suyo, y ya que según parece me estimáis, no hagáis nada que pueda redundar en mi perjuicio.

—Y yo os obedeceré—contestó D. Alonso—y sufriré lo que haga falta, antes de causaros el menor pesar; no volveré con músicas; mas si os veo en la calle, os ruego á mi vez que, si no me veis con amor, no me miréis con desvío.

—No será así, puesto que os quedo agradecida.

—Os ofrezco además mi protección y ayuda, y las de los míos; y os ruego las aceptéis, que acaso os serán útiles en alguna ocasión, que su valor tienen el apellido Jimeno y el ser mi madre Marquesa de Peñaluenga.

—Nuevamente os quedamos reconocidos y á vos acudiremos si fuere menester. Y ahora...

—Bien os entiendo. Ahora quedad con Dios y voy á salir de estos callejones.

—Id con cuidado, acaso tengáis que requerir la espada. ¿Queréis que os acompañe?

—Presumo que no hará falta. Si me ocurre un lance, saldré como he salido de otros.

—Caminad despacio y por en medio de la calle, revisad bien las encrucijadas, mirad las esquinas, y ved que estas advertencias son de un soldado que ha guerreado mucho.

—Por cuerdas y amistosas las tomo y como tales las seguiré.

Dejó D. Alonso el puesto, desapareció por una calleja, y en el propio momento apareció en la plazoletilla otro hombre que dijo alegremente:

—Buenas noches, Sancho amigo.

—Buenas las tenga su merced, señor alférez Fontecha. ¿Cómo por aquí á estas horas?

—¿Andáis á caza de mochuelos, D. Alvaro?—preguntó Isabel.—No ando á tal—contestó el alférez,—sino que conservo las costumbres de la guerra, y por ello, en cuanto cierra la

noche me nombro de avanzada, y salgo á reconocer las cercanías de los reales, por si el enemigo prepara encamisada ú otro ataque; y me paso las horas corriendo callejas y callejones, y ayudando á las rondas, que á veces bien lo necesitan. Hoy llegué por acá cuando comenzaba la música, y he oído cuanto habéis dicho á D. Alonso y cuanto él os ha contestado; es un buen caballero. Y ahora me marchó tras él, porque presumo que va á necesitar ayuda. Hay mucho pícaro en Valladolid.

—Yo me ofrecí para acompañarle.

—También lo sé; no aceptó é hizo bien. Vos, Sancho, estáis mejor cuidando de noche vuestra casa y vuestra hija. Y con esto quedad con Dios.

—Él os acompañe, D. Alvaro.

Y el alférez, con gentil talante y paso largo, tomó por donde el propio D. Alonso había tomado.

CAPÍTULO II

EN EL QUE APARECE OTRO PERSONAJE IMPORTANTE Y SE REFIERE LA NEGRA AVENTURA QUE LE OCURRIÓ Á D. ALONSO, CON LAS CONSECUENCIAS QUE TUVO.

El alférez D. Álvaro de Fontecha era un veterano de Flandes, alto, recio, seco, de cincuenta y dos años, valeroso, prudente y conocedor de todas las cosas de la guerra. Vivía en Valladolid con buena salud y buenos ánimos, á pesar de cinco heridas recibidas en los muchos combates á que había concurrido. Apreciábasele en la ciudad, tomábasele por juez en todos los asuntos de honor; le conocían el señor corregidor y los alcaldes y oidores de la Chancillerías, le saludaban con afecto los señores más encopetados, y, como él propio habría dicho, pasábase las noches corriendo las calles y ayudando á las rondas en sus peleas con la gente maleante, que de tal calidad había mucha por aquel entonces en Valladolid. Casi podía decirse que, por sus condiciones, gozaba de un

fuero especial para hacer cuanto le viniera en gana, fuero del que nunca abusó.

Marchaba á buen paso por una de las callejas, cuando de pronto le salió al encuentro un desconocido que le dijo:

—D. Álvaro, no se pasa.

—¿Estás loco ó borracho, hombre? ¿Me conoces y me impides el paso?

—Sí, os conozco, os aprecio, os respeto y... os impido el pasar.

—Pasaré.

—No pasaréis.

—Voto á tanto, D. Necio, que si pasaré.

Y echando mano á la espada se fué al que trataba de detenerle; más este, sacando uno que parecía palo, le salió al encuentro y trábose la lucha. D. Álvaro esgrimía muy bien y atacaba con ánimo de desarmar á su adversario; pero éste se defendía admirablemente y aun tiraba golpes de maestro—aunque marcando clara intención de no herir. Notó Fontecha una cosa extraña, y fué que al chocar su acero con el palo del desconocido, el choque daba conocidamente un sonido metálico, y por ello, como por comprender que su contendiente no quería ofenderle, hízose un poco atrás y preguntó—

—Hombre ó diablo, ¿qué te ocurre? ¿Por qué me detienes? ¿Por qué peleas?

—Por conoceros y que me conozcáis... y seáis mi amigo

—Bravo modo de hacer amistades.

—Cada uno las hace como sabe. Yo sé que vuesa merced es valiente y amigo de los valientes, y he querido mostrarle que yo lo soy.

—No está mal. ¿Y qué es lo que de mí quieres?

—Vos, D. Álvaro, sois grande amigo de Sancho Ruiz de los Arcos, y yo estoy enamorado de su hija Isabel, la Niña Guapa.

—¿Y pretendes á cintarazos y estocadas que yo me meta á casamentero?

—No tal, lo que pretendo es por vuestro medio conocer al padre y á la hija.

—¿Cómo te llamas y qué eres? Peleador, quimerista.

—Juan Sánchez me llamo, soy herrero y me tengo por honrado.

—¿Con qué peleabas?

—Con esto.

Y al decirlo entregó al alférez lo que parecía palo, y resultó ser una barra de hierro como de dos dedos de gruesa y casi vara y media de larga. La tomó á peso Fontecha y continuó:

—Si esto lo manejas como una espada, Juan de los diablos, debes tener más fuerzas que un toro.

—Muchas tengo, como que un martillazo mío vale por cuatro del que más y mejor martilla.

—¿Dónde trabajas?

—En la fragua de Ginés del Pozo.

—Le conozco, es buen hombre. Pero vamos andando y ayúdame en lo que ocurra, que algo puede ocurrir que te haga merecedor de mi amistad.

—Sí haré, señor alférez. Andemos.

Emprendieron el camino á buen paso.

—Explícate, hombre de Dios—preguntó Fontecha. ¿Conoces tú á la Isabel? ¿Has hablado con ella? ¿Sabe que la quieres? ¿Te quiere ella á ti?

—Yo no la conozco más que de verla en la calle y en la iglesia; me he enamorado de ella porque es la más garrida moza de la ciudad y porque me parece que su seriedad va conforme con mi genio; la he seguido mil veces y nunca me he atrevido, ni me atrevo, á decirle palabra, á hacerle seña, ni á mandarle recado. Cuando pienso en ello se me encoge el corazón y no me atrevo, vamos que no me atrevo. Es tan seria, tan señoril, tan reservada, que al verla me encojo y no me viene á la boca una palabra. Yo soy valiente para todo, menos para ésto. Mándeme vuesa merced manejar el martillo diez horas, le manejo; reñir con tres, riño; levantar peso, le levanto; pero atreverme con la Isabel, no me atrevo.

—Resulta que eres un niño.

—Puede ser.

En esto iban, cuando al volver una esquina sintieron ruido

de espadas y voces de alboroto, apercibiendo al propio tiempo luces como de linternas.

—Párate, Juan,—dijo callada y perentoriamente D. Álvaro, —y oigamos; esto puede ser una ronda peleando con malhechores.

Entonces, y hacia la parte donde sonaba el ruido, se oyó una voz que decía en tono fuerte:

—¡Ánimo y á ellos, que no se nos marchen!

—Ese que grita—siguió el alférez— es Gil de Azcona, el alguacil mayor de la ronda del señor corregidor.

Y apretándole en el magín la memoria de D. Alonso Jimeno, continuó:

—Prepara tu barra, Juan, y vente tras de mí, que me parece que ha caído que hacer.

Con esto, los dos, agachados y pegados á las casas, avanzaron á buen paso hacia el sitio donde sonaba la pelea. Así, andando, oyeron otra voz colérica que decía:

—¡Qué! ¿Nos vamos á dejar batir por estos bellacos?

—¡Ese es el propio corregidor D. Melchor de Andrade! ¡Aprieta, Juan!

Apretaron ambos, y llegados cerca del lugar de la batalla, vieron á la luz de las linternas al corregidor en persona, á su alguacil mayor y otros seis alguaciles más que, espada en mano, lidiaban con un grupo de hombres como de diez ó doce, que no sólo se defendía, sino que atacaba.

LEANDRO MARISCAL

(Continuará.)

POLÍTICA INTERIOR Y EXTERIOR

I

La prensa periódica se ha ocupado en estos últimos días de la conjura tramada por elementos conservadores contra el Gobierno. Dícese que el Sr. Villaverde, ayudado por el señor Gasset, trabaja sin descanso para atraerse á los romeristas y á los tetuanistas. Afirman unos que nada ocurrirá hasta el otoño, sostienen otros que vendrá la crisis después del mensaje, y creen algunos que el rompimiento se verificará cuando sea oficial la presentación en las Cortes del proyecto de escuadra. No aumentar los gastos del presupuesto es la idea que domina al Sr. Villaverde, y esto merece nuestros sinceros aplausos; pero creemos que, si hay algo de verdad en las noticias que corren con tanta pertinacia, debe imponerse la prudencia, igual en el Gobierno que en el Presidente del Congreso, y lo mismo en los que quieren marina á todo trance que en los defensores decididos de las economías.

*
* *

En el Congreso ha terminado la discusión acerca de la libertad de enseñanza. Se ha dicho que la *enseñanza particular es superior á la enseñanza oficial*. El Sr. Cajal, el Sr. Salmerón, el Sr. Costa y el Sr. Menéndez Pelayo ¿estudiaron en las Universidades ó en establecimientos particulares? Faltan á la verdad los que afirman que en las Universidades no se estudia, que los catedráticos no asisten á sus clases y que los alumnos pasan el tiempo en los cafés y en los teatros. Habráse de notar que los propagadores de tales cosas fueron en su

tiempo malos estudiantes que aprobaron sus asignaturas por casualidad ó demasiada benevolencia de los profesores.

Es cierto que los gabinetes de física, de química, de historia natural y los laboratorios oficiales son medianos ó malos; pero ¿son mejores los de los colegios y los de los centros particulares de enseñanza? Podemos asegurar que no, sin temor de equivocarnos.

Si no negamos que la disciplina se halla relajada en las Universidades é Institutos oficiales, puédese afirmar, del mismo modo, que en los establecimientos privados anda bastante peor, como lo prueban repetidos y frecuentes casos que han tenido lugar en tiempo no lejano.

II

El anuncio de la muerte del venerable León XIII, llenó de pena á todo el mundo cristiano. Cuando un hombre tan grande desaparece de la tierra, justo es que la humanidad se vista de luto y que todos los corazones se hallen dominados por hondo sentimiento.

León XIII es un sabio y un santo. Téologo, filósofo, literato, artista y poeta, escritor correctísimo, orador tan sencillo como elegante, político profundo, conocedor de la sociedad en que vive, bondadoso y caritativo: el Pontífice que rige la nave de San Pedro reúne todas las buenas cualidades que pueden adornar á los hombres. Llorarán su muerte lo mismo los grandes de la tierra que los desheredados, los débiles, los humildes y los pobres, lo mismo los creyentes que los no creyentes, lo mismo los justos que los pecadores.

De la misma gloria se halla rodeado el Pontificado de León XIII que los de aquellos grandes Papas que se llamaron Gregorio VII, Inocencio III, Bonifacio VIII y Benedicto XIV. Menos inteligencia y menos talento mostraron, preciso es confesarlo, Víctor III, sucesor de Gregorio VII, Honorio III de Inocencio III, Benedicto XI de Bonifacio VIII y Clemente XIII de Benedicto XIV.

¿Quién ocupará, después de León XIII y en momentos tan

difíciles el trono más alto de cuantos hay en la tierra? ¡Quiera Dios que, ante el estado actual de los espíritus y ante la crisis religiosa por que atraviesan las naciones católicas, el sucesor del actual Papa herede, no sólo las virtudes, sino el poderoso genio de León XIII.

*
* *

Anunciaron los periódicos, con motivo del viaje del Rey á Cartagena, próxima y cordial alianza entre Francia y España. Como alguna vez hemos indicado en esta revista, si fué una imprudencia el *Pacto de familia* entre Carlos III y Luis XV, y una torpeza el celebrado entre Carlos IV y el Directorio francés, hoy, en estas circunstancias y en el estado en que se encuentra España, una alianza ofensiva y defensiva con la vecina república sería una locura.

J. O. R.

Á FRAY LUIS DE LEÓN

SONETO

¡Murió! Mas... no murió! Hiernal sudario
desde el Pópulo surge al Infinito,
bronce epigráfico, estatuas de granito
diéronle ánimo eterno y legendario.

Aquel genio profundo, extenso, vario
del nemeo León, hoy de hito en hito
vierte del Erimanto el sacro rito,
de polo á polo, desde Leo á Acquario.

¡Qué morir! Vive más; la inmoble vida
de quien llegó al Olimpo desde el mundo
cual cantores de Eneas y de Ulises;

jamás será su gloria fenecida
que por su *gay desir* sabio y rotundo
al orbe admiran siempre entrambos Luises.

ENRIQUE PRÚGENT.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

La transformación del Egipto, por ALBERTO MÉTIN, profesor en la Escuela Colonial.—Un vol. en 16º, de la Biblioteca de Historia Contemporánea.—3 fr. 50 (Félix Alcan, editor).

La transformación del Egipto es un libro tan interesante como curioso. Mr. Métin, después de recorrer el Egipto en el año 1898, estudiando las leyes, el gobierno, el estado de las letras y de la industria, sin idea alguna preconcebida y guiado sólo por el amor á la verdad, ofrece ahora al público sus trabajos é investigaciones. Con notable imparcialidad analiza la política francesa é inglesa, hace la comparación de ambas, se fija en los hechos y confiesa el predominio de los hijos de la Gran Bretaña, á causa del carácter é ideas de los franceses, en los cuales domina el principio de *todo ó nada*. Mr. Métin describe admirablemente el Egipto y considera las diferentes clases que componen su población, atendiendo en particular al sentimiento panislámico y á la cultura indígena, que, después de todo, viene á ser una oposición á la de los pueblos occidentales. Pruébese, por último, que la transformación económica del país del Nilo—y las transformaciones sociales, que son la consecuencia—se deben á la influencia civilizadora de Francia más bien que á la de Inglaterra.

En tres partes divide Mr. Métin la materia de su libro: en la primera trata de «El país y la sociedad indígena»; en la segunda, de «La lucha de influencias», y en la tercera, de la «Cultura y de la industria», terminando con un capítulo notabilísimo acerca de «El sentido de la evolución.»

*
* *

El país madgyar, por RAIMUNDO RECOULY.—Un vol. en 12.º, de la Biblioteca de Historia Contemporánea.—3 fr. 50 (Félix Alcan editor).

Hállase escrito este libro con la misma belleza en la forma y con el mismo interés dramático que el anterior. Préstase á ello la descripción de un país lleno de encantos y de poesía, como también el estudio del carácter y de las costumbres de los madgyares, cuya historia es tan accidentada como gloriosa. El húngaro es altivo y se enamora de todo lo grande, y si conserva el amor á su independencia y el orgullo de sus gloriosas hazañas, le adornan del mismo modo la sencillez y sinceridad, la cortesía y cultura.

Aunque el catolicismo es la religión que domina en Hungría, el madgyar es muy tolerante; pero más importancia que las diferencias religiosas tienen las de raza y de lengua, hasta el punto que en tiempo no lejano, habrá de resolverse trascendental cuestión política. Los húngaros, dice, se encuentran encerrados en un círculo de nacionalidades distintas y aun rivales (pág 159). El pueblo madgyar nada ganaría separándose de Austria para unirse á Alemania ó á Rusia (pág 281). ¿Cuáles serán, pues, los próximos y futuros destinos de los húngaros?

La cuestión, tratada magistralmente por Mr. Recouly, da á este libro verdadero interés de actualidad.

*
* *

Los hidalgos de Monforte, por D. BENITO VICETTO.—Tomo I.—
Precio 3 pesetas. La Coruña, 1603.

Historia caballerisca del siglo XV intitula el autor, con mucho acierto, á su novela. Vicetto, amante de su país como pocos, recogió interesantes leyendas de Galicia conservadas en la memoria de algunos, y olvidadas por los más, dió forma literaria á estas tradiciones y formó con ellas una novela histórica muy leída y aplaudida allá por el año 1851, cuando por primera vez la dió á luz en Sevilla. Distínguese Vicetto por la pureza de su lenguaje y por la sencillez de su estilo, por la exactitud en los retratos de sus personajes y por sus profundos conocimientos de las costumbres feudales, las cuales presenta esmaltadas con innumerables bellezas. Otro mérito tiene á nuestros ojos el Sr. Vicetto, y consiste en la delicadeza con que trata asuntos amorosos. En estos tiempos en que las novelas de Zola son morales si se las compara con algunas de nuestros escritores modernistas, causa verdadera complacencia leer *Los hidalgos de Monforte*. Haremos notar, no en son de censura, sino de imparcialidad, que nuestro novelista se hace alguna vez pesado con sus interminables diálogos y con no pocas escenas que pudieran quitarse sin romper la unidad del asunto. Pero, sea de ello lo que quiera, nadie negará á Vicetto sus cualidades de excelente escritor, y nadie escatimará aplausos á uno de los mejores hijos de la hermosa tierra gallega.

*
* *

Le Spiritualisme de Janet, monographie philosophique, par LADISLAS JUHÁSZ, Budapest. Société anonyme Franklin, 1903.—283 pages.—Prix, 6 couronnes.

Si los húngaros no han tenido insignes filósofos, se debe principalmente á las circunstancias por que ha atravesado su nación. El madgyar sólo ha pensado en defenderse de sus enemigos orientales y occidentales. No conocíamos, lo confesamos ingenuamente, ninguna obra de filosofía húngara, y por esta razón hemos leído con mucho gusto la monografía que acaba de publicar Ladislao Juhász. Si exacto conocimiento tiene Juhász de las obras de Janet,

no lo tiene menos de todos los sistemas filosóficos modernos. El libro de nuestro autor se halla dividido en dos partes: la primera trata de la filosofía aplicada de P. Janet; la segunda de la filosofía trascendental. Ladislao Juhász es un comentador original de P. Janet, el discípulo es espiritualista como el maestro; pero espiritua- lista á su modo, y se halla tan distanciado de los escolásticos como de los materialistas, de Santo Tomás como de Büchner. El filósofo húngaro intenta buscar la explicación de nuestra vida en la divinidad y no en la tierra, y dice que el espíritu, el pensa- miento y la libertad constituyen la esencia de los objetos, y no la materia, que es solamente una sombra de la realidad.

El libro objeto de este juicio fué escrito por su autor después de visitar las bibliotecas de París, Londres y Berlín.

Recomendamos su lectura á todos los hombres cultos, en para- ticular á los que se dedican á los estudios filosóficos.

*
* *

Estadística de las huelgas en Bélgica desde el año 1896 al 1900.

Este libro, publicado por el *Ministerio de la Industria y del Tra- bajo*, y que acabamos de recibir, contiene datos interesantísimos sobre las huelgas, los cuales deben tener presentes todos los Go- biernos de Europa.

*
* *

Mapa de la República del Perú, publicado por orden de D. EUGE- NIO LARRABURE, Ministro de Negocios extranjeros.

Acompañan á este excelente Mapa curiosas noticias acerca de la geografía, de la historia, de la política y de la industria en la mencionada República.

*
* *

La legalidad de la Facultad de Derecho del Sacro Monte de Granada, ó sea, Refutación del Informe que en 3 de Octubre de 1902 presentó el Consejero Dr. Santamaría de Paredes al Real Con- sejo de Instrucción pública pidiendo la supresión de ella, por FRANCIS- CO MEDINA PÉREZ, Canónigo del Sacro Monte.

Recibimos este folleto, y después de leerlo con mucho deteni- miento, tenemos la franqueza de decir que los argumentos del Sr. Medina no han llevado la convicción á nuestro ánimo. Reco- nocemos que una mala causa ha tenido un buen defensor.

PEDRO ANSÚREZ.

*
* *

Luz y amor, *Guía espiritual para todos los estados*, por el P. JUSTO FERNÁNDEZ GARCÍA, de la Orden de San Agustín. Con las licencias necesarias.—Bilbao, imp., lib. y enc. de Eléxpuru hermanos, 1903.—En 16°, 832 páginas. En tela, 2,50 pesetas.

La novedad de esta producción, que honra á su doctísimo autor, consiste en que se compone aquélla de dos partes: la primera contiene los principales obsequios de la piedad cristiana: la segunda, los explica, haciéndolos razonables; la primera es AMOR: la segunda, LUZ; aquélla habla al corazón: ésta, á la inteligencia.

Libro es que aprovecha á todos los estados porque para todos tiene materia en abundancia: *Métodos especiales de oír misa*, para jóvenes de ambos sexos; *Ejercicios espirituales*, para colegios, seminarios, etc.; *Novenas* de la Purísima, de San José, de Santa Rita y de la Consolación de San Agustín; *Visitas al Sacramento*, *Advocaciones principales de la Virgen*; breve y sencilla exposición de los sacramentos, de la misa, la oración, la bula, las reliquias, las indulgencias, la jerarquía de la Iglesia, las órdenes religiosas, las congregaciones modernas, las asociaciones de piedad, los misterios, los milagros, las apariciones, el infierno y el purgatorio, las novelas, los libros y los periódicos, los teatros, los bailes, los juegos, los amigos, las sociedades secretas, el duelo, la blasfemia, la política de la Iglesia y otra porción de puntos de palpitante actualidad.

El P. Justo Fernández ha realizado una obra meritísima; en su libro hay cuanto puede necesitar un buen cristiano, y está expuesto con estilo de elegante sencillez. Compréndese por esto que, apenas salida á luz la primera edición, ya se empieza á preparar a segunda, y á ésta sucederán otras muchas.



La tristeza errante, novela por W. E. RETANA.—Madrid, librería de Fernando Fe, 1903.—En 8.º, 386 páginas.

La lectura de este volumen nos ha revelado á un nuevo novelista; conocíamos varias de las producciones literarias de D. Wenceslao E. Retana; sabíamos que nadie le igualaba en el dominio de las cuestiones referentes á nuestro perdido archipiélago filipino; leímos los aplausos que le tributó la opinión pública como Gobernador de Teruel y Huesca; pero ignorábamos que el Sr. Retana acertase á escribir una novela tan interesante, tan fresca, tan vivida, en suma, como *La tristeza errante*.

Casi todos los sucesos se desenvuelven en los baños de Panticosa; de éstos y sus alrededores, de la concurrencia habitual, de las conversaciones entre los agüistas hace el Sr. Retana admirables descripciones. Lucinda, que es la joven protagonista, resulta una verdadera creación; diríase que la hemos visto en alguna parte.

Acaso se censure al autor que en algunos pasajes de su novela e exprese con crudeza y pinte cuadros de color subido; á nues-

tro parecer, esto realza el mérito del libro porque no peca de mojigato; vivimos en una época no mejor ni tal vez peor que las anteriores, pero en la cual todo se vuelven eufemismos y circunloquios; las obras de Quevedo y D.^a María de Zayas, casi todo el teatro de nuestros clásicos no los toleraríamos sin airada protesta. ¡Somos tan pudibundos!...

No entramos á explicar el argumento de *La tristeza errante* ni pretendemos hacer la crítica de la hermosa novela; nos ceñimos á enviar plácemes entusiastas al Sr. Retana y á encarecer á nuestros suscritores, si quieren pasar unas horas de agradable é instructiva lectura, que se apresuren á adquirir el volumen, elegantemente impreso por más señas.

* * *

Principes de morale sociale, por LUIS DESCHAMPS.—*Paris, Félix Alcan, editor, 1903.*—En 4.^o, 269 páginas, 3,50 francos.

Trata de determinar el autor cuáles son los principios directores de la vida. Para el problema del origen y del destino humano hay solamente dos soluciones, una dada por el materialismo ateo y la otra por el espiritualismo cristiano. Aparece el desacuerdo entre ambas doctrinas en todas las cuestiones que componen el fondo de la vida individual y de la vida social, que estudia el autor en los capítulos titulados «Filosofía», «Ética», «La cuestión religiosa», «Relaciones entre la Iglesia y el Estado», «Principios sociales», «Papel del Estado y sus límites», «Democracia».

No hay asunto de mayor actualidad, porque con frecuencia se oye preguntar: ¿Dónde está la verdad? ¿Dónde el deber?

El autor ofrece á los indecisos, á aquellos á quienes asusta la anarquía intelectual y moral de nuestra época y á los que procuran descubrir el sentido de la vida y el objeto de la existencia, el modo de tener una convicción razonada y deducir de ésta el deber social.

* * *

La morale et la science des mœurs, por L. LÉVY-BRUHL, profesor en la Escuela libre de Ciencias políticas.—*Paris, Félix Alcan, editor, 1903.*—En 4.^o, 300 páginas, 5 francos.

De acuerdo con los filósofos y sociólogos que quieren introducir en la moral la manera de pensar positiva, demuestra el autor que no es sostenible la idea corriente de una «ciencia de la moral» á la vez normativa y teórica. En lo moral, como en todo, no hay más que un modo racional de concebir las relaciones entre la teoría y la práctica. La teoría, ó ciencia, estudia la realidad dada, es decir, los hechos morales, que son hechos sociales; la práctica, ó aplicación, saca partido de la ciencia adquirida.

Contesta á las objeciones que resultan cuando se trata de sustituir la ciencia positiva de las costumbres por la ciencia tradicional de la moral, que pretende establecer lo que debe ser: añade

que las ciencias físicas y naturales han tenido que vencer análogas dificultades, y explica cómo la transformación de las ciencias morales en ciencias sociológicas es consecuencia lógica del progreso de la inteligencia y del método científico que se emplea hace tres siglos.

* * *

L'ennui, estudio psicológico por EMILIO TARDIEU.—*Paris, Félix Alcan, editor, 1903.*—En 4.º, VIII-300 páginas, 5 francos.

Expone el autor las innumerables formas del aburrimiento: por cansancio, falta de variedad ó de potencia de las facultades, por monotonía; el aburrimiento en las diferentes edades de la vida, según el sexo y los caracteres, como hecho y como función; el aburrimiento moderno, en la literatura, etc. Procura determinar los fenómenos que lo manifiestan ó que lo ocultan y llega á las conclusiones siguientes: 1.ª, que la vida no tiene fondo ni finalidad y que persigue en vano un estado de equilibrio y de dicha; 2.ª, que todo organismo nace perecedero, se fatiga, se agota, y de aquí que sufra continuamente. El aburrimiento es un sentimiento engendrado por nuestra impotencia. Aunque muy pesimista en sus conclusiones, el Sr. Tardieu propone los remedios para combatir el aburrimiento, explicando además los síntomas de una enfermedad que nadie está seguro de que no llegará á padecer.

* * *

La démocratie socialiste allemande, por EDGARDO MILHAUD, profesor de la Universidad de Ginebra.—*Paris, Félix Alcan, editor, 1903.*—En 4.º, IV-591 páginas, 10 francos.

Como el autor ha vivido en Alemania, examinó de cerca las cosas y su conocimiento es más profundo que si solamente se hubiese atendido á los documentos impresos: su libro es la producción de un testigo. Explica en qué consiste la democracia alemana; da á conocer sus recursos de organización y medios de propaganda; caracteriza su vida interior y su acción exterior; define sus tendencias generales y las tendencias particulares que la solicitan en diferentes sentidos. Expone brevemente la historia general del partido y narra su evolución, los sindicatos, cooperativas, sociedades de educación, etc.

* * *

Principios de Psicología individual y social, por CARLOS OCTAVIO BUNGE, con un prólogo de D. Luis Simarro.—*Un tomo de la «Biblioteca Científico-Literaria».*—Precio: 2,50 pesetas.—*Madrid, 1903.*

No tiene mucha extensión el libro del Sr. Bunge—240 páginas,—pero está lleno de doctrina, de erudición, de acertadísimos juicios y de propias investigaciones. Es el Sr. Bunge un psicólogo del corte moderno. Conoce perfectamente el fundamento y las doctrinas de todas las escuelas filosóficas, admitiendo de éstas lo

que ve cierto su clarísima inteligencia, sin encerrarse nunca en el limitado horizonte de determinadas doctrinas ó sistemas.

En este sentido Bunge es ecléctico, y con franqueza le diremos que nos alegramos que lo sea. Manifiesta, sin embargo, en todo su libro tal vez demasiada afición al positivismo, pues sostiene que la Metafísica es *una sensación de conjunto*, que la Psicología sólo debe contener *verdades averiguadas* y que la *inteligencia se conoce por la psicología fisiológica*.

Pretende Bunge armonizar las tendencias psicológica intelectualista y voluntarista con su teoría del *instintismo*, aunque con cierto predominio de la nota intelectualista. El instinto para el autor de los *Principios de Psicología individual y social* es una fuerza psíquica y ésta es lo que tradicionalmente se ha llamado alma. La teoría *instintivista* de Bunge nos recuerda las doctrinas evolucionista y fisiologista y los nombres de Münsterberg, Spencer y Ribot. Para el filósofo argentino el punto de partida del instinto es el acto reflejo en la reacción orgánica ó la inconsciencia de donde por diferenciaciones y adaptaciones va saliendo por sus pasos contados la vida subconsciente y consciente, dando origen á la inteligencia y voluntad. No estamos conformes con esta teoría. ¿Cómo puede explicarse que la inteligencia sea la forma superior, la forma consciente, cuyo punto de partida sea el acto reflejo? Otro tanto pudiera decirse de la voluntad. Cree Bunge no caer en el materialismo afirmando que el instinto es *una fuerza psíquica ideal* y de substancia desconocida y acaso incognoscible (p. 43); pero véase cómo termina el capítulo IV y que intitula *De las dos hipótesis explicativas de la naturaleza del instinto*: «A dos hipótesis, pues, pueden reducirse todas las teorías acerca de la naturaleza y origen de la fuerza psíquico física que llamo instinto y que es el principio de la idea y el pensamiento: materialismo é idealismo». El hombre, según su temperamento, puede inclinarse á una ó á otra, porque ambas son más ó menos aceptables (p. 59). Más adelante añade: «Mientras viva, poseeré dos sensaciones ó nociones: primera, que existo; segunda, que soy capaz de querer. Lo primero es la conciencia; lo segundo, la voluntad... La conciencia y la voluntad son dos condiciones íntimas, inseparables, ó sea un sólo fenómeno psíquico: *la conciencia-voluntad*.» Este es el *hecho* (páginas 77 y 78). Y basta ya de citas.

No negaremos, aunque nuestra manera de pensar en asuntos filosóficos sea diferente, y aun opuesta á las ideas del Sr. Bunge, que éste es un profundo pensador, y que su libro debe figurar entre los mejores que se han publicado en estos tiempos.

* * *

Aristote, por C. PIAT, doctor en Letras y profesor de la Escuela de Carmes.—Un volumen en 8.º de la *Collection des Grands Philosophes*, 5 fr.—Paris, 1603. Félix Alcan, editor.

Es este libro una completa monografía del sistema aristotélico. Mr. Piat ha estudiado muy detenidamente las obras de Aristóteles y conoce los trabajos de los muchos comentaristas antiguos y

modernos del filósofo más grande de la antigüedad. En esta época de verdadera actividad filosófica, cuando tanto se escribe y tanto se discute con más apasionamiento que imparcialidad, tiene suma importancia la obra de Mr. Piat, lo mismo para los socialistas que para los escolásticos, lo mismo para los discípulos de Kant que para los admiradores de Santo Tomás de Aquino. Aristóteles será siempre, no sólo el primer filósofo de Grecia, sino el pensador más insigne que ha tenido la Humanidad. En las obras del *Estagirita* estudiaron los Padres de la Iglesia griega y latina, el romano Boecio y San Juan Damasceno, y sirvieron de base de sus conocimientos al árabe Averroes, al judío Maimónides y al Angel de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino. Bacon, Descartes y Leibnitz, Kant y todas las escuelas modernas han considerado á Aristóteles como el maestro de los maestros. Sobre la filosofía aristotélica y platónica, como dice un escritor contemporáneo, girará siempre *toda tendencia á la verdad por el camino de la ciencia*.

La obra de Mr. Piat se halla dividida en cuatro libros: el 1.º trata del *ser* y de *las categorías*, el 2.º de la *naturaleza*, el 3.º de el *alma* y el 4.º de las *acciones humanas*.

Entre los estudios que avaloran el libro de *Aristóteles* se harán notar aquellos que tienen por objeto señalar las fronteras que separan la filosofía del Estagirita de la del Angel de las Escuelas.

ALBERTO ORTEGA PÉREZ.

*
* *

GABRIEL MIRÓ, *Hilván de escenas*.—Alicante, 1903.

Confieso que no sin cierta preocupación púseme á examinar y leer distraídamente esta linda y galana novelita. Anejos son los prejuicios á la flaca y humana gente, que busca en todas las cosas la gloria mezquina y la fama audaz. Así, yo supuse al autor uno de tantos emborronadores de cuartillas que parecen entretejer sus ocios en narrar las necias é insignificantes aventuras que á su paso por la vida les acaecieron. Verdad amarga, pero justa es que cuando un nombre difundido á los cuatro vientos por los clarines victoriales de la popularidad ilustra y avalora la cubierta de un libro, nuestro ánimo, débil y frágil en demasía, parece como que previamente aplaude las hermosuras—ó insulseces; se dan casos—que contenga la obra trompeteada de antemano por la fama. Mas heme aquí que hojeo el libro, y en el primer capítulo tropiezo con una robusta y vigorosa descripción de la naturaleza agreste, y luego, al adentrarme en la obra, reparo que el autor maneja doctamente el escalpelo del psicólogo, dándonos á conocer el carácter adusto, infatuado y ascético de la *señora*, y más adelante observo que el pincel del poeta *naturista* no pierde su tono crudo y luminoso, sino que va ganando en intensidad de visión... y que al dar fin á la sabrosa lectura acabo por proclamar al autor «novelista poderoso, con honda visión de la realidad, con sutil penetración del espíritu y con profunda sensación del paisaje...»

Enojoso se me antoja en toda noticia biográfica relatar la fábula de la obra analizada. El entendimiento y hasta el lenguaje parecen protestar contra esas intrusiones en ajenos dominios. Creo más agradable, y sobre todo más congruente, dar la impresión que nos ha dejado el libro ingenuamente, naturalmente, que no andar á la busca de lindezas idiomáticas ni de adusteces y gravedades críticas.

En *Hilván de escenas* —título harto modesto que la humildad del novel autor ha imaginado— se respira aire campesino, se recrea el ánimo en la ingenua sencillez de la aldea y se entretiene la mente con la poco intrincada acción que anima la obra. Pero lo que primeramente se echa de ver es la pasmosa exuberancia de éxico, don que sólo á los escogidos se concede.

Ignoto como era para mí el autor y sin conocer ninguna obra suya anterior, me ha complacido más el *hallazgo* de tan excelente novelista, á quien pudiéramos caracterizar—si es que necesita que lo caractericen quien posee propia y prepotente originalidad—diciendo que se asemeja mucho por la vigorosidad en los trazos descriptivos como en los analíticos al ilustre novelador de *La barraca*, con quien deben unirle afinidades de raza. *Sanguíneo* literariamente, como Blasco Ibáñez, se deleita en la respetuosa contemplación de la naturaleza y sobre todo llora las miserias y desventuras de sus hijos, los infortunados campesinos, que son los escogidos de su alma cariñosa, quizá considerando que, como decía Montesquieu, *ne sont pas assez savants pour raisonner de travers*.

*
* *

JOSÉ PUIGDOLLERS Y MACIÁ, **Por los Pirineos** (*impresiones de un viaje*).—*Editado por la revista comercial ibero americana Mercurio*.—Barcelona, 1903.

Creo que ha sido Taine quien ha dicho que en las impresiones ó notas de viaje lo importante es la sinceridad, que «cada uno diga lo que ha visto.» Se comprende que en las obras antaño llamadas *de imaginación* se rebusque el léxico, se contorneen las frases y se amplifiquen los períodos. No así en la ingenua reproducción de las sensaciones que en nuestra alma ha grabado un espectáculo de la naturaleza. Sería falsear el espíritu de esta nuestra soberana madre recurrir á masturbaciones fraseológicas, en otros casos permitidas y hasta aconsejadas como suprema expresión de la belleza. Y hay en esta soberana sencillez algo muy dificultoso de conseguir y, por consiguiente, muy elevado, cuando tan pocos libros de viajes alcanzan *el don inapreciable de la inmortalidad*. Vergonzoso fuera, y á más de vergonzoso contraproducente, desempolvar viejos infolios en requerimiento de erudiciones muertas y sendos vocabularios á caza de palabras extrañas y peregrinas para hacer la simple narración de alegres y refrigerantes excursiones campestres.

Miradas las cosas á través de este prisma, el Sr. Puigdollers y

su colaborador artístico, el Sr. Abarca, merecen bien de las letras españolas con la publicación de su obra *Por los Pirineos*.

Enlázanse en él la exactitud de observación con la sobriedad descriptiva, la lozana flor de la fantasía y el sabroso fruto de la realidad. Y ved aquí cómo el discreto autor hace su profesión de fe, que se acuerda con lo que he dicho más arriba y con la citada frase de Taine: «Únicamente reclamo para mí—escribe en el elegante prefacio—el escaso mérito de la sinceridad más completa, de la más escrupulosa veracidad. Sucesos é impresiones van relatados tales cuales son, sin que ninguna especie de pulimentos haya alterado ni desfigurado su esencia.»

Por otra parte, la comarca recorrida no podía ser más pintoresca y emocionante. Regiones vírgenes de progreso y de civilización, pueblecitos retirados de la vida bulliciosa, ríos corrientes y murmuradores: en fin, todo un tesoro de riquezas naturales. Creo que no un libro, sino sendos y numerosos volúmenes pudieran escribirse sobre *Lo Iberia desconocida*. En todas las provincias hay algunos rincones escondidos á la vista curiosa de los hombres; pero hay provincias enteras que permanecen intactas, sin que las pise más planta humana que la de sus hijos. El viajero ávido de sensaciones nuevas y fuertes que le refrigeren y le conmuevan, ¿por qué, en vez de engolfarse en el bullicio de las ciudades populosas, no busca esos retiros olvidados, donde la Naturaleza—«esa gran flor llena de armonía»,—no subyugada por la dominadora mecánica, entreabre y despliega más lozanamente sus ricos pétalos?

Parece casi una paradoja y es verdad que no nos conocemos los mismos de una nación, por lo menos si en todas partes sucede lo que en España. Regiones enteras podemos nombrar que un cortesano, ó simplemente un nacido en provincia de primer orden, desconocería por completo. ¿Qué madrileño sabe si existe en las Urdes un pueblo entero de cretinos y degenerados, aislados de todo contacto social? Así se podrían multiplicar los ejemplos.

Laudable sobremanera fué, por consiguiente el intento que guió á los Sres. Puigdollers y Abarca á visitar una pequeña comarca desconocida donde, al par que bañasen el alma en el océano de la rústica belleza, experimentasen placeres ignotos á vista de las galas y maravillas con que por aquellos solitarios parajes se engalana la fértil tierra. Y no menos loable ha sido su propósito de transmitirnos por medio del libro las impresiones que en ellos quedaron grabadas. Regalándonos así liberalmente con estas dulzuras y suavidades no gustadas, alimentan y nutren una parte muy noble de nuestro ser, aquella que se puede llamar *la sublime aspiración á todo lo desconocido*. Todos parecemos recibir gusto de la sorpresa que nos causa la sensación nueva sentida por nosotros mismos ó á través de otros, la hermosura de lo inexplorado, de *lo virgen*. Hay como una transfusión generosa del alma del que narra al alma del que lee, y una fantasía muy novelesca creería hacer el viaje mientras va leyendo sus peripecias. La nobleza de este sentimiento es de las que dejan huella. Así lo han compren-

dido también algunos modernos noveladores, que mezclan á sus análisis psicológicos la descripción de viajes que suponen realizados por sus protagonistas. Léanse, por ejemplo, algunos capítulos de *Camino de perfección*—novela de Pío Baroja—y se verá allí retratada el alma errante de un bohemio ansioso de continuas y siempre nuevas *inmersiones* en la Naturaleza.

Y respecto al libro *Por los Pirineos*, nada nos resta que añadir como no sea que la ilustración artística avalora y realza los episodios del viaje, áticamente descritos por el Sr. Puigdollers. La obra es una maravilla de *presentación*. Está editada en finísimo papel satinado, y á los paisajes y retratos fantásticos del Sr. Abarca, si yo me creyera competente, les dedicaría un más extenso estudio. El grabado es una preciosidad de ornamentación. Y para que la linda obra sea acabada y completa, va intercalado un romance sentimental, de esos que cantan por aquellas escabrosidades piri-naicas, transcrito en su melodioso dialecto original, traducido por el poeta catalán Maragall y puesto en música por Morera...

* * *

Poesías líricas y la Romería de Santa Marina, por DEMETRIO POLA VALERA. — Llanes, 1902.

Parece como si este poeta nos trajese el perfume sabroso del aura que refresca las riberas asturianas, tan galanamente descritas en sus cantos. Si, como alguien ha dicho, la poesía y el arte en general consisten en *être absolument lui même*, nadie mejor que el Sr. Pola Valera podrá ostentar el título de poeta. No ve el mundo y su belleza á través de otros libros, sino que penetra intensamente la majestad de la madre Naturaleza. El mar azul y fiero, la montaña agreste y salvaje, el caserío blanco y apacible, el maizal verde y rumoroso; todo eso lo siente el Sr. Pola y lo canta hermosamente en sus poesías, sin recurrir á inspiraciones ajenas.

Acaso en sus *Rimas* tenga algo de Bécquer; pero es tan imperceptible la influencia, que se le puede reputar como originalísimo. Léase si no *Ecos de Otoño*, *¡Pobre niño!* y *Una lágrima*: tres cortas composiciones donde palpita un alma para quien «existe el mundo exterior», y un corazón lleno de ternura por las tristes miserias del Destino y del Dolor.

Y si mi aplauso acreciera en algo la gloria recatada del regional poeta, yo le rendiría loores merecidos porque me acarició el alma con la suavidad de sus estrofas impecables, llenándomela de raudales de la tierra asturiana. Así, con sus poesías he traído á la memoria las impresiones del terruño que la mente fiel conservaba guardadas... Y he visto pasar ante mí, como sombras transparentes y du ces, los recios paisanos de lenguaje rudo y corazón sencillo, las niñas rosadas de las aldeas, rosadas como manzanas sanjuanescas, las mujeronas parlanchinas y maliciosas, los

mozos fuertes y graves como antiguos dioses silvestres, toda una teoría de hombres bellos y sanos, algo así como la encarnación de una Arcadia que amenaza desaparecer ..

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO.

* * *

Xarcas silenciarío, novela, por CARLOS OCTAVIO BUNGE.—1903.

Pocos, y tal vez ningún autor de los que actualmente escriben en español, poseen un estilo que amalgame tantos defectos y méritos como el de Bunge. En su prosa hay de todo: incorrecciones gramaticales y rasgos de ingeniosísima sutileza, apóstrofes oratorios y decadencias triviales, admirable elegancia y torpe guasa, lógica é ilógica... El estilista se nos presenta múltiple, vario y desigual en sumo grado; lleno de chispas y de sombras, y tanto que, á veces, se hace difícil seguirlo, y más aún, admirarlo...

En los tres volúmenes de *La Educación* ya se muestra diverso y casi contradictorio, siendo el primero de lenguaje fluyente y sobrio, el segundo de palabra difícil, viva y repetida, y el tercero de estilo ingenuo y pobre.

Su estro se levanta en *Nuestra América*, donde hay mucho más vocabulario y elocuencia, aunque también lamentables desfallecimientos...

En sus *Principios de psicología individual y social*, todo tiene, menos un lenguaje científico y preciso.

Donde su estilo es más homogéneo y correcto es, indudablemente, en *La Novela de la Sangre*, cuyo tono narrativo y no desprovisto de sencilla elegancia corre majestuoso y tranquilo como las aguas del río Paraná, que en uno de sus capítulos describe.

Pero donde el estilo de Bunge llega á su mayor altura, y también á sus más deplorables deficiencias, es en su libro último, *Xarcas silenciarío*, una novela semiantigua y semihumorística, que acaba de aparecer en Barcelona, esmeradamente editada por la casa de Henrich y C.^a

Al leer este libro, hermosísimo por cierto, el lector ilustrado queda perplejo y no sabe por qué opinión decidirse: si está soberbia ó puerilmente escrito. Hay páginas en que su prosa es rítmica y en que sus frases son tan sonoras y cadenciosas como versos... Hay, en cambio, también párrafos cojos y ¡hasta errores de concordancia! Estos últimos no dudamos que sean por descuido, y no por ignorancia, pues no podemos suponer ignorancia en un autor que parece en otros momentos poseer notablemente el idioma, y hasta ser un profundo y sagaz lexicólogo.

La clave de estas contradicciones está en que Bunge es, ante todo, un *impresionista*. El traduce sus sensaciones estéticas á su prosa, y si esas sensaciones no son siempre en sí, *per se*, elegantes, él no escribe una prosa elegante y correcta. Si confusas, hace un estilo más ó menos confuso; si groseras, pues es á veces bastante naturalista, grosero. De ahí las cualidades y las deficiencias

de la prosa de Bunge, que, francamente, es bien digno de estudiarse, como un fenómeno literario interesante é ilustrativo.

En *Xarcas silenciarlo*, á diferencia de sus demás libros, Bunge se demuestra lo que el vulgo llama «modernista» ó «decadente». Si en *La Novela de la Sangre* se acerca al naturalismo, en *Xarcas* se inclina á los á veces llamados «parnasianos de la prosa.»

Xarcas silenciarlo tiene dos argumentos, uno moderno y otro antiguo. Recuerda el primero á ciertas historias fantásticas de Poe; es original, toda una idea feliz, y está medianamente desarrollado en dos partes, el prólogo y el epílogo del libro. El segundo, que constituye el cuerpo del libro, rememora á *Thais* y á *Aphrodita*. No es tan original como el otro, pero se halla notablemente escrito; es allí donde mayormente descuella el estilo del autor.

El argumento moderno es la historia de un infeliz é ignorante procurador judicial, Pedro Bocelli, que escribe inconscientemente, como por inspiración, *como si la hubiera vivido*, la vida de un monje silenciarlo de la Tebaida, del siglo IV, de una generación inmediata á la de Arrio y San Atanasio. Entrega su manuscrito á un amigo y se vuelve loco. Las Parcas de la Vida se vengan de este modo porque ha cometido la indiscreción de revelar una *vida anterior*.

¿Cómo ha tenido la intuición de esa vida? Ahí está el *quid* del prólogo y el epílogo. Un doctor Kamus, médico del hospicio de alienados donde Pedro Bocelli purga su indiscreción, desecha la hipótesis de la metempsicosis y acepta una originalísima, que explica por su semejanza con los llamados «quistes dermoides».

Estos «quistes dermoides» parecen ser unos tumores que salen á veces en la ingle ó bajo el seno, consistiendo su especialidad en que adentro de ellos se desarrollan toda clase de tejidos histológicos, dientes, uñas, pelos.. Cuando los abre el bisturí del cirujano, halla bajo la membrana que los envuelve toda una «superfetación», un individuo gemelo del paciente, que circunstancias patológicas desarrollan. Para el doctor Kamus, el quiste es una célula de plasma germinatorio *atávico*, que se desenvuelve reproduciendo imperfectamente un remoto ascendiente...

Ahora bien, el *caso* de Pedro Bocelli es para dicho médico (que acaso sea el mismo autor) una especie de *quiste dermoide psicológico*. Es decir, que el delirio de Pedro Bocelli no es más que la reproducción de un ascendiente cuyos hechos recuerda: *Xarcas*, el monje silenciarlo. La locura es la circunstancia patológica que ha provocado el desarrollo de este tumor puramente psíquico, de esta superfetación puramente cerebral.

Como se ve; este argumento moderno es de una hermosa originalidad, digno de los más afamados autores de cuentos fantásticos, que, seguramente, pocos poseerán más raros y característicos.

El argumento de la novela antigua, la vida de *Xarcas silenciarlo* escrita por Pedro Bocelli, no es, en manera alguna, tan interesante. Es la historia de un alejandrino noble, joven, rico, inteligente y bello, que se hace cristiano y se enamora de Gemmah,

una virgen de Siria, esclava de la cortesana Kleía. Róbasela, la catequiza y la bautiza.

Pero he ahí que, después que Xarcas hace una monja de Gemmah y él se consagra al ascetismo, siente arder en su pecho un amor violentísimo y materialísimo para la ex esclava. Toda la materia psicológica versa aquí alrededor de la lucha que se libra en el espíritu de Xarcas entre su amor terrestre y su vocación religiosa. Es exactamente lo que ocurre á Paphnucio en «Thaís», y, como Paphnucio, Xarcas se retira á orar al desierto y se hace un silencioso.

La figura de Gemmah, sin llegar seguramente á asumir las nítidas proporciones de la Thaís de Anatole France, es, sin embargo vivaz y simpática. Sin quererlo, el lector llega á participar de la llama que irrumpe, como un volcán, en el pecho de Xarcas.

Accesoriamente describe la novela, con vívidos y animados colores, la lucha entre los arrianos y los cristianos, entre el dogma herético de la «inconsustanciación» y el ortodoxo de la «consustanciación».—En todo ello no es Bunge más que un discípulo, aunque aventajadísimo, ¡y de Flaubert y France!—Donde su humorismo es personal hasta alcanzar la genialidad es en la peregrina tesis sobre los quistes dermoides ó superfetaciones psicológicas. Y es de advertir que en esto su ciencia médica, propia ó prestada, no se hace enojosa y es puramente literaria, caprichosa, ligera, un si es no es burlona...

Llega el momento de preguntarse cómo si Xarcas silencioso es un monje de la Tebaida, un anacoreta, puede ser Pedro Bocelli su descendiente... La novela nos lo aclara: Xarcas es un asceta durante un cierto lapso de su vida, la juventud, y su ascetismo no es más que un derivativo de su pasión por Gemmah. Tanto, que cuando ésta muere, y habiéndolo presentido por intuición, se vuelve á Alejandría, hambriento de la vida del mundo. Es de suponer, aunque el autor tiende un velo sobre el misterio, que allí forme su hogar y deje hijos.

La idea de hacer del ascetismo una transformación del amor sensual no es seguramente de Bunge ni lo fué de France. Pero en *Xarcas silencioso* está tratada con gran sagacidad psicológica y amable ironía.

En suma, el último libro de Bunge, cualquiera que sus deficiencias sean, es una obra de arte que en nada desmerece, sino más bien aumenta, la fama que en estos últimos tiempos se viene conquistando este eminente pensador y personalísimo artista en letras castellanas.

ENRIQUE FERRER.

SOCIEDAD DE ALTOS HORNOS

Y FÁBRICA DE HIERRO Y ACERO DE BILBAO

FABRICACIÓN DE HIERRO ORDINARIO Y HOMOGÉNEO

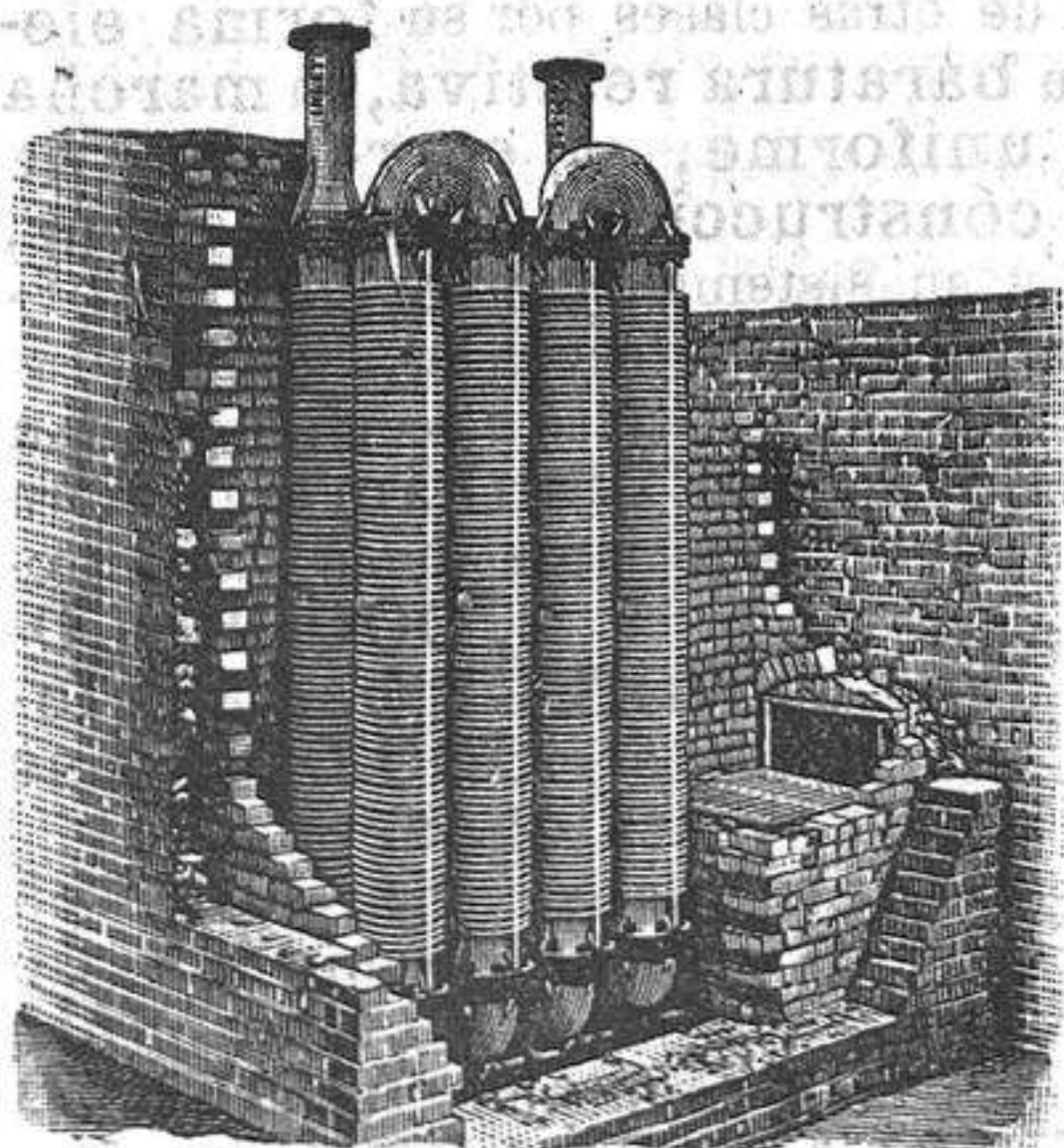
Acero **BESSEMER** (primera y única en España) y acero **SIEMENS MARTÍN** en las dimensiones usuales para el comercio y construcción.—Fabricación de chapas.—Especialidad en viguería para construcciones desde 8 centímetros de alto hasta 32.—Fabricación de rails ligeros para minas y otras industrias y pesados para ferrocarriles.

Construcción de vigas armadas para puentes y edificios.

Fundición de columnas, calderas para desplatación y otros usos y grandes piezas hasta 20 toneladas.

RECALENTADOR (SURCHAUFFEUR) SCHWÆRER

Con patente de invención en todos los países.



Se obtiene con él hasta un 30 por 100 de economía. Funcionan actualmente más de 2.000 aparatos. Entre otras casas, lo han adquirido:

Siemens et Halske, de Viena (65 aparatos); Sociedad de *Forges et Aciéries*, de Rothe Erde, cerca de Aix-la-Chapelle (58 aparatos); Sociedad de Hilados de Lana, en Vöslau, junto a Viena (28 aparatos); Sociedad anónima de Alumbrado Eléctrico del Sector de la Plaza Clichy, en París (10 aparatos).— Para más detalles dirigirse al inventor: M. Emilio Schwærer, ingeniero, á COLMAR (Alsacia).

PIANOS 200 PIANOS

Siempre existentes en los Salones
para elegir de diferentes modelos y sistemas tanto
NACIONALES como **EXTRANJEROS**

— VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS —
PIANOS DE ALQUILER

Pianos á louer

Pianos for hire

Pianos zu vermieten

Pianoforti da affittare

R. MARISTANY—Barcelona, Plaza de Cataluña, 18.—Teléfono 1.390.

RUBINAT-LLORACH

Purgante natural por excelencia.

Combate maravillosamente todas las enfermedades del aparato digestivo.

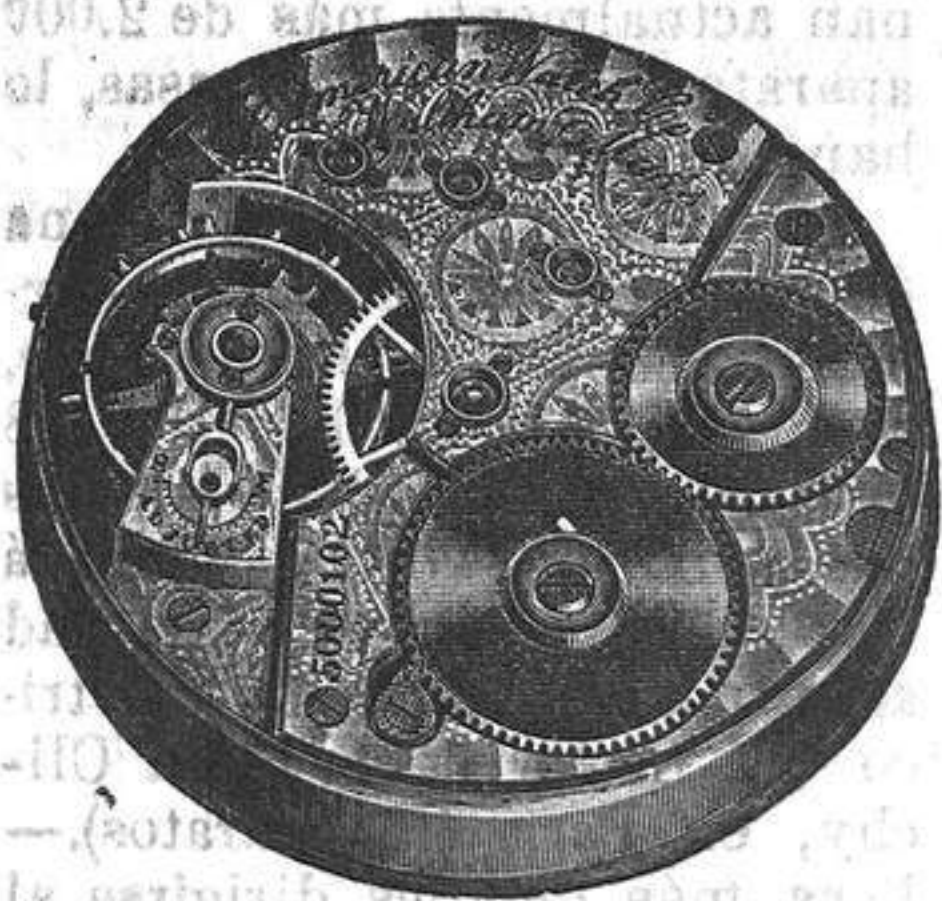
Desconfíese de otras aguas que se entreguen como substitución ó imitación de la legítima, antigua y universalmente admitida por las Academias y las eminencias médicas, conocida con el nombre de

Rubinat-Llorach.

Exigir siempre en las botellas la etiqueta amarilla, llevando el escudo encarnado con el nombre de **Rubinat**, y la firma y rúbrica del Dr. LLORACH en el cuello de las mismas.

Administración: Cortes, 288, entresuelo.—BARCELONA

WALTHAM



Este reloj, producción mecánica, se distingue de otras clases por su forma elegante, su baratura relativa, su marcha uniforme, su corrección de construcción, por ser mecánica, y su sistema de intercambiabilidad, por el cual las composuras resultan perfectas y económicas. La **Compañía Waltham** es la fábrica mas importante de su clase. Producción diaria, **2.000 RELOJES. VENDIDOS** hasta la fecha más de **7.000.000**. Los nuevos catálogos, con descripción é historia de dicho reloj de bolsillo, se facilitan y remiten franco por los depósitos de la **Compañía Waltham**, y por el agente general de la Compañía, **ALBERTO MAURER. 12, CALLE SEVILLA, 12, MADRID.**